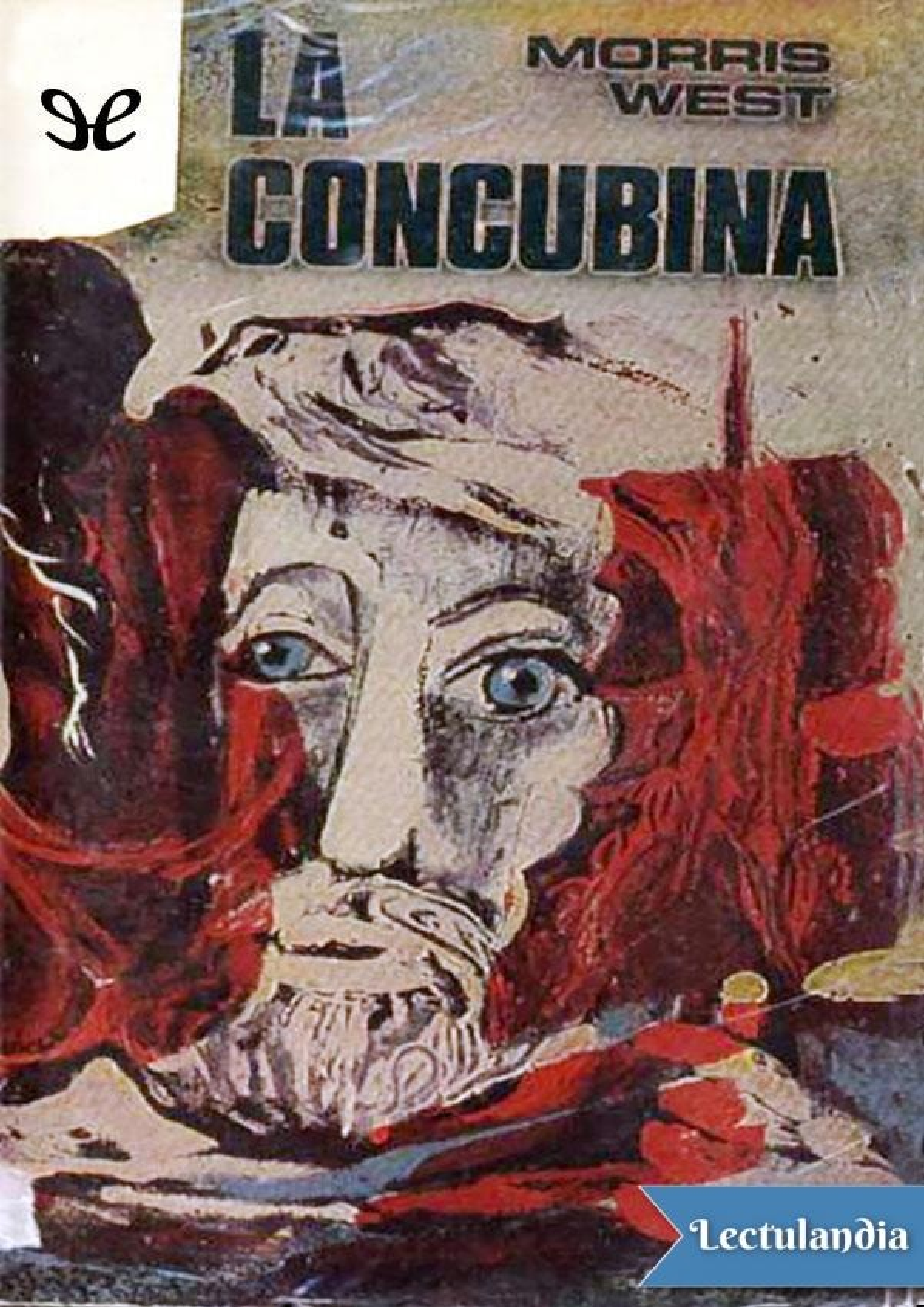

LA
CONCUBINA
MORRIS
WEST
Lectulandia

Mike McCreary es un aventurero irlandés que trabajaba con perforación de pozos de petróleo lo quieren trasladar a Indonesia, pero Rubensohn un, especulador sin escrúpulos, le propone trabajo para abrir un pozo petrolífero. Sin opción de elección, acepta.

Lisette es amante y compañera de Rubensohn aunque no siente amor por él. McCreary y Lisette se enamoran y pasan a vivir su amor de manera furtiva. En un momento dado, Rubensohnun entrega a vender Lisette al Monarca de Karang Sharo a cambio de la concesión de petróleo en su isla volcánica. McCreary traza un plan bien elaborado para vengarse de Rubensohn y rescatar a de su amada…

Lectulandia

Morris West

La concubina

ePub r1.0
Titivillus 18.02.2019

Título original: *The Concubine*
Morris West, 1958
Traducción: Carlos Vega

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

I

Cuando despertó era pasado el mediodía. Lo primero que vio fue el anticuado ventilador que giraba lenta e inútilmente en la pesada atmósfera. No formaba ninguna corriente de aire, sólo daba vueltas con un movimiento somnoliento como si su eje estuviera roído y necesitara lubricación. Luego captó la luz del sol que penetraba a través de las hendiduras de las persianas de junquillos.

Esto era suficiente para un comienzo.

Estaba en cama, en una habitación con ventilador. El resto podía esperar hasta que tuviera las energías necesarias como para enfrentarse a ello. Cerró los ojos nuevamente. Tenía la boca seca y un sabor amargo, metálico en la lengua. Sentía la piel pegajosa y olía fuertemente. Cuando trató de moverse, notó que sus músculos estaban flojos y se negaban al menor esfuerzo.

Recordó que había sufrido un ataque de fiebre.

Se preguntó cansadamente cuánto habría durado el ataque y si alguien habría venido a ayudarle. Tenía que haber venido alguien. Le habían quitado la ropa y estaba desnudo bajo las sábanas de algodón. Recordaba unas voces vagas y unas manos que le humedecían la frente, que le sostenían mientras otras manos le acercaban un vaso a sus labios temblorosos. Recordaba las voces y las manos, pero ningún nombre o rostro.

Abrió los ojos cuidadosamente y volvió la cabeza. Vio una mesita de noche de madera roja tallada, un jarro de cristal medio lleno de agua y un vaso. Se sentó trabajosamente y se sirvió agua. Le tembló la mano y el jarro repiqueteó ruidosamente contra el vaso y derramó un poco de agua sobre la cubierta de madera de la mesilla.

La bebida le decepcionó. Estaba tibia y sin sabor y no le quitó el gusto amargo de la boca. Depositó el vaso sobre la mesilla e hizo un inventario de la habitación: una puerta ventana grande cubierta por una persiana de bambú; muros blancos; una alacena, un armario, una mesa para escribir, todo de la misma madera de color rojo; una silla de mimbre; dos puertas, una de las cuales llevaba un rótulo.

Ahora recordó el resto.

Estaba en un hotel… en el *Hotel Tanjil* de Yakarta. Había llegado en avión desde Pekanbaru, Sumatra. Le atacó la fiebre una hora después de llegar… Una agonía de estremecimientos y retortijones que terminó sumiéndole en la oscuridad. Se llamaba Mike McCreary. Era un petrolero sin trabajo.

Bebió otro vaso de agua, retiró las sábanas y se deslizó fuera de la cama. Tuvo que apoyarse en la mesilla hasta que se le pasaron los primeros mareos de debilidad. Luego se dirigió lentamente hacia el cuarto de baño atravesando el pulido suelo de la habitación. Desde el espejo le devolvió la mirada un rostro enjuto y amarillento: un

rostro irlandés de ojos brillantes, astutos y hundidos en grandes ojeras; una nariz ancha e inquisidora; una boca de labios finos que sonreía francamente cuando estaba alegre y que se cerraban como una trampa cuando estaba malhumorado, como ahora.

Porque McCreary estaba totalmente arruinado.

Se afeitó con indecisión, temblándole el pulso pero con cuidado y luego se restregó el rostro con un masaje. Estuvo largo tiempo bajo el chorro de la ducha enjabonándose y limpiándose hasta que el sudor de la fiebre desapareció de su piel y se sintió fresco nuevamente. Volvió a la habitación y se secó bajo el desganado ventilador. En cuanto estuvo seco, el calor insoportablemente húmedo le hizo sudar otra vez; al cabo de unos momentos dio por inútil la tarea y comenzó a vestirse, silbando una versión desentonada de *El pequeño zorro rojo Raftery*, canción escrita en Kerry por el propio Raftery, un vago incansable.

Escuchó unos golpes a su puerta. McCreary cesó de silbar y gritó que entraran. La puerta se abrió y entró en la habitación el capitán Raka.

Era un javanés pequeño, compacto, con una sonrisa oblicua y voz suave. Llevaba un traje gris tropical de corte militar y un fez negro inclinado sobre la cabeza en un ángulo increíble. Cerró la puerta tras él y se inclinó con tiesura.

—Buenas tardes, señor McCreary.

McCreary dijo «Buenas tardes», y siguió anudándose la corbata. El capitán Raka sacó un cigarrillo y golpeó un extremo contra la uña del pulgar. Lo encendió. Sonrió a McCreary a través de una bocanada de humo.

—Ha estado muy grave. ¿Cómo se siente ahora?

McCreary se encogió de hombros.

—Aún no lo sé. Acabo de levantarme de la cama.

—¿Se siente débil?

—¿De qué otra forma podría sentirme?

El capitán Raka sonrió, chasqueó la lengua y se llevó nuevamente el cigarrillo a los labios.

—Mañana se sentirá mejor.

—Así lo espero —dijo McCreary, sin mucha convicción.

—Entonces vendré a buscarle al mediodía y le escoltaré hasta el aeropuerto.

McCreary giró rápidamente y se enfrentó al hombrecillo.

—Tiene prisa por librarse de mí, ¿verdad?

—La orden de extradición ha estado suspendida algunos días —dijo Raka suavemente—. Soy el encargado de ponerla en ejecución en cuanto sea posible. Entretanto… —Se miró el dorso de sus manos morenas—. Entretanto, preferiría que no abandonara el hotel. Un europeo no debe andar por la ciudad cuando sus papeles no están al día.

—Ya lo creo que no debe hacerlo —dijo McCreary.

—Entonces, ¿hasta mañana al mediodía?

—Le estaré esperando.

—Buenas tardes, señor McCreary.

—Lo mismo a usted, capitán —dijo McCreary suavemente.

Raka se inclinó una vez más y salió de la habitación caminando silenciosamente sobre la punta de los pies, como una bailarina. McCreary esperó a que se cerrara la puerta y luego estalló en una oleada de maldiciones y juramentos. Raka era un policía, el representante de la ley y del orden… pero la ley actuaba en forma muy extraña en esta República diseminada y esparcida de 3000 islas y setenta y nueve millones de almas. Trabajaba mejor si se lubricaba adecuadamente. Pero la única posesión de McCreary era un billete de avión para Singapur, el salario de un mes pagado en rupias de Indonesia y… la consabida suerte del irlandés.

El billete de avión le llevaría de una playa a otra. Las rupias disminuirían en un veinte por ciento una vez que pasaran por las manos de los cambistas. Y, al parecer, la suerte del irlandés estaba agotada.

McCreary se puso la americana, bajó al bar y ordenó una ginebra con limón y un ejemplar del *Straits Time*. Pensó que había llegado la hora de buscar un empleo en Singapur.

Incluso antes de abrir las páginas del periódico supo que estaba perdiendo el tiempo. Singapur, Saigón, Bangkok, Hong Kong… eran puertos sin importancia, pueblos de mercachifles. Allí no había nada para él.

No había nada para él en ninguna parte, fuera de los lugares donde los grandes esqueletos de acero surgían hacia el cielo y los potentes taladros penetraban a través del subsuelo y la roca en busca de las arenas negras en las entrañas de la tierra. Era un petrolero, no un empleado o un comerciante. Era un taladrador y su lugar estaba aquí, en las Islas, en las Américas, o en Nueva Guinea, o en los límites del desierto australiano.

Pero el negocio del petróleo era un asunto sucio… era un negocio político. Las grandes compañías dependían para sus concesiones del favor de los gobiernos extranjeros y de la costosa cooperación de los técnicos locales. Estaban dispuestos a sacarle el pellejo a un hombre que no supiera mantener las manos en los bolsillos y la lengua tranquila entre los dientes. Después del asunto de Pekanbaru, su nombre estaría en la lista negra y tendría que recurrir a las compañías pequeñas que luchaban por su subsistencia en los territorios marginales… en caso que pudiera llegar hasta allí.

No siguió leyendo los anuncios y se fijó en una ampliación a media página de la nueva bailarina de los abanicos que recién iniciaba la temporada de actuaciones en el «Dragón Dorado». Pero incluso una bailarina *eurasiana*[1] no era capaz de competir con las bebidas, la atmósfera sofocante y el zumbido de los ventiladores. La fotografía impresa bailó ante sus ojos y toda la prosa insinuante del periodista de Singapur no tuvo ningún sentido.

Luego sintió una voz que le hablaba. Una voz que le hablaba en inglés, pero en tono agudo y delgado como el chillido de un murciélago.

—¿Es usted McCreary?

Alzó la vista sorprendido y vio un hombrecillo rechoncho, achaparrado, que llevaba un traje de tusor. Tenía el cabello negro; sus ojos eran gris verdoso, su nariz como el pico de un ave de rapiña y su boca pequeña y rojiza como la de una mujer se destacaba sobre la barbilla cuadrada. Su rostro tenía un color blanco de muerte excepto en los lugares donde brotaba la barba bien afeitada. Sus manos eran cortas y gruesas y cubiertas de vello negro y abundante. Era muy difícil conjugar su aspecto con su voz delgada y aguda. McCreary le observó y estudió unos instantes antes de responder.

—Yo soy McCreary. ¿Quién es usted?

—Rubensohn. ¿Le importa si me siento?

—Puede hacerlo.

Se sentó y se enjugó el rostro y las manos con un pañuelo de seda. Extrajo una cigarrera de gruesos habanos y le ofreció uno a McCreary.

—No, gracias. Fumo cigarrillos.

Rubensohn volvió a guardar la cigarrera en el bolsillo. Apoyó sus manos chatas sobre la mesa, se echó hacia atrás en la silla y después sonrió a McCreary.

—He oído que está metido en un lío, amigo.

—¿Lo sabe? —preguntó McCreary humildemente—. ¿Qué ha oído decir… y dónde?

—Usted trabajaba con Palmex en Pekanbaru. Golpeó a un muchacho javanés quien le acusó a la Policía. La compañía se desentendió de toda responsabilidad y la Policía obtuvo una orden para su extradición. Ha estado enfermo durante tres días. Debe salir de Yakarta mañana a la una, en el vuelo a Garuda. ¿Está bien?

—Ésa es parte de la historia.

—¿Y el resto?

—Si es asunto suyo —dijo McCreary con su tono suave de Kerry—, rompió un equipo nuevo y treinta pies de enfundaduras por simple y maldito descuido. Retrasó la operación más de un mes. Le había advertido una docena de veces antes. Esta vez le pegué.

—Una indulgencia costosa.

—Así es, pero es mía. ¿Por qué se preocupa usted?

—No me preocupo, señor McCreary. Me intereso.

—¿Por qué?

—Me gustaría ofrecerle un empleo.

McCreary le observó sin reflejar nada.

—No comprendo.

—¿Le interesa?

—Desde luego que me interesa. Pero, ¿qué clase de empleo? ¿Dónde?

—Tomemos un trago, ¿quiere? —dijo Rubensohn con su voz alta y chillona.

Palmoteó las manos un par de veces y un muchacho malayo, con una gorra de bufón y vestido con un *sarong*[2], se apresuró a atender el pedido. Mientras esperaban las bebidas, McCreary fumó un cigarrillo y Rubensohn le observó con irónica diversión. Preguntó abruptamente:

—¿Qué edad tiene, McCreary?

—Treinta y ocho.

—¿Casado?

—No.

—¿Vicios?

—Los usuales.

—¿Temperamento incierto?

—No me gustan los estúpidos y el trabajo descuidado.

Rubensohn asintió con aprobación.

—Eso es algo que cuenta en su favor. Ahora bien, dígame, ¿cuál es su ambición?

—Creo que no la comprendería si se lo dijera.

—Puede intentarlo.

Los ojos de McCreary se ensombrecieron. Con un gesto brusco aplastó el cigarrillo en el cenicero y se apoyó en la mesa.

—No sé quién es usted, Rubensohn, ni qué desea. No lo sé ni me importa demasiado. Pero aquí lo tiene. Soy un irlandés estúpido, de pies muy inquietos y llevo la casa como un caparazón sobre la espalda. Mi único y verdadero talento es cavar agujeros en el suelo para extraer petróleo. Mi única y verdadera ambición es ganar el dinero suficiente para comprar un buen terreno cerca de Dublín y dedicarme a criar el ganador del Gran Premio Nacional.

—Entonces, ¿le interesa el dinero?

—¿A quién no? —dijo McCreary encogiéndose de hombros.

Llegó el muchacho con las bebidas. Rubensohn pagó y esperó a que estuviera a cierta distancia. Alzó el vaso.

—Buena suerte, McCreary.

—*Slainte*[3]!

Rubensohn sorbió de su vaso y se limpió los rojos labios. Dijo deliberadamente:

—El dinero es lo que tiene menos importancia en este mundo.

—Cuando se tiene —dijo McCreary.

—Exactamente. Cuando se tiene, se sabe realmente lo que es: un puñado de papel inmundo o de metal gastado, una simple muestra de algo muchísimo más importante… el crédito. Por ejemplo, yo mismo —se golpeó el amplio pecho—, jamás llevo más de lo necesario para los gastos del momento. Sin embargo, tengo crédito en todas partes… Hong Kong, Yakarta, Nueva York, París, Londres. Con ese crédito puedo hacer negocios en todo el mundo… como de hecho lo hago. Puedo ganarme cincuenta mil libras con sólo hablar por teléfono. Puedo especular en caucho en Singapur y en pimienta en las Célebes. Puedo hacer que las acciones de Palmex

bajen tres puntos en una tarde. Y puedo hacer que sus bonos suban en la misma forma.

—No tengo acciones —dijo McCreary.

—Puede tenerlas —dijo Rubensohn con su voz chillona e incongruente—, si acepta el empleo.

—¿De qué se trata?

Rubensohn sonrió y meneó la cabeza.

—Aquí no, McCreary. La gente habla mucho y los muros oyen. Los mejores negocios son privados. Escuche, por su propia descripción, usted es un hombre de pies inquietos y que lleva la casa a cuestas. Le ofrezco tres mil dólares americanos por hacer un viaje conmigo y estudiar este empleo. Si no le satisface, se queda con cierta ganancia. Si lo acepta, se queda con el dinero y hará… mucho más. ¿Qué me dice?

—¿Dónde hay que ir?

—Queda lejos de aquí, en las Célebes.

—Eso continúa siendo parte de la República de Indonesia. Estoy bajo una orden de extradición. La Policía se ha quedado con mi pasaporte y no puedo tenerlo hasta que esté en el avión de mañana.

Rubensohn sonrió gentilmente y buscó algo en su bolsillo interior de la americana. Extrajo un pequeño libreto con el símbolo de la República de Eire en la cubierta y lo depositó entre ambos encima de la mesa.

McCreary le miró estupefacto.

—¡Ése es mi pasaporte! ¿Cómo demonios pudo…?

Rubensohn blandió una mano despectivamente.

—¡El crédito, mi querido amigo! Es útil en todos los niveles. El capitán Raka lo comprende.

Está mucho menos interesado en usted que en una súbita alza de su cuenta bancaria. Está dispuesto a permitir que se le embarque en otra forma sin hacer muchas preguntas sobre su destino.

—¿Y…?

Si usted acepta, zarpará conmigo esta medianoche.

McCreary movió la cabeza negativamente.

No alcanzo a comprender, Rubensohn. No comprendo una maldita palabra de todo esto. Usted es un hombre de negocios. Desea ganar. No se dedica a la caridad. ¿Por qué tengo que ser yo? Soy un simple taladrador que está sin trabajo. ¿Cómo puede esperar sacar alguna ganancia de mí?

—En este momento —dijo Rubensohn lentamente—, necesito un hombre que atienda ciertos asuntos en la parte oriental de la República. Le necesito con urgencia. Tenía a uno contratado en Singapur. Ahora no puede venir. Usted está disponible y yo estoy dispuesto a arriesgarme con usted. La única pregunta es: ¿está usted dispuesto a arriesgarse conmigo?

—¿Por tres mil dólares americanos?

—Y la posibilidad de muchos más.

McCreary le observó unos instantes y luego su rostro enjuto se abrió en una amplia sonrisa.

—Uno de los dos es un gran estúpido, Rubensohn. Y creo que soy yo.

—¿Por qué no llamarlo la suerte del irlandés?

McCreary se encogió de hombros y estiró su mano.

—¿Por qué no? Está bien, Rubensohn, ya tiene a su hombre.

El apretón de manos de Rubensohn fue suelto y fláccido, pero sus ojos gris verdoso brillaban de profundo interés. Dijo en tono cortante:

—Bien. Lo daremos por arreglado. Vamos a mi habitación y hablaremos del negocio.

McCreary, movido por un extraño capricho, miró su reloj. Eran las cuatro y treinta. La fecha era el diez de julio. Si había algún presagio en ello, no lo captó. Salió del bar junto con Rubensohn.

La habitación de Rubensohn era amplia, fría, en madera de teca. Los ventanales franceses se abrían a un balcón enrejado y los muros estaban cubiertos de telas de pintores javaneses: picachos envueltos en nubes, amplios arrozales hormigueantes de personas, largas playas doradas entre los cerros y el sol implacable.

Pero las telas eran pálidas y sin vida al lado de la muchacha.

Era pequeña y de altos senos. Su cabello era color azabache. Su piel tenía el cálido color de miel de las *métis* —el exótico capullo que florece en base al injerto de Oriente y Occidente—. Su cuerpo estaba disimulado por un vestido verde jade de cuello alto. Tenía joyas en los dedos de las manos: diamantes y un rubí color sangre. Sus pies estaban apenas cubiertos por unas sandalias de alto tacón hechas a mano por un artesano chino.

Cuando entraron, estaba observándose en el espejo. Se volvió y les miró curiosamente, pero no dijo nada. McCreary le sonrió pero no se reflejó la menor nota de interés en sus ojos oscuros. Rubensohn les presentó superficialmente.

—Ésta es Lisette… Lisette, un nuevo colega, McCreary. Viajará con nosotros.

—Es un placer, señora —dijo McCreary, ruborizándose.

La chica no dijo nada. Rubensohn sonrió ligeramente. McCreary se sintió un poco ridículo.

Rubensohn hizo una seña con el pulgar hacia uno de los ventanales.

—Fuera, Lisette. Espéranos.

La chica se encogió de hombros y se apartó del espejo. Caminó hasta la puerta-ventana y la abrió. McCreary vio una silla de playa bajo las verdes enredaderas. La muchacha salió y cerró la puerta tras ella.

—Es muy hermosa —dijo McCreary.

—Es mía —dijo Rubensohn, sin énfasis—. Me gustan las mujeres decorativas.

—Tiene suerte de poderlas pagar.

Rubensohn se encogió de hombros indiferentemente y se aproximó a un gabinete, abrió un cajón y extrajo una pequeña maleta de piel de cerdo. La abrió y sacó un largo tubo de papel transparente que extendió cuidadosamente sobre una mesa.

—Observe esto, McCreary.

McCreary se inclinó sobre el dibujo. Silbó por lo bajo. Era un plano de reconocimiento de tierras efectuado por una conocida agencia americana de investigaciones geológicas. El plano estaba firmado por el apoderado. Ambos eran conocidos para McCreary. Rubensohn lo estudió de cerca.

—¿Puede leerlo?

—Por cierto.

—¿Qué es?

—Un reconocimiento de tierras petrolíferas.

—¿Qué le dice?

—Si es genuino…

—Es genuino. Me costó veinte mil dólares.

—Es barato por ese precio —dijo McCreary—. Huelo petróleo; mucho petróleo.

El dedo corto y grueso de Rubensohn indicó un punto en el mapa.

—¿Cuánto tardaría en cavar un pozo aquí?

—¡Espere un momento, Rubensohn! —McCreary se enderezó y le enfrentó—. Pongamos algunas cosas en claro. Un reconocimiento es una cosa. Cavar un pozo es algo totalmente distinto.

—¿Cómo es eso?

—Un investigador —dijo McCreary—, es un hombre, no un topo. Vive en la superficie de la tierra. No puede ver bajo ella. La ciencia y su habilidad pueden ayudarle a decir muchas cosas sobre el tipo de suelo y las formaciones rocosas. Puede demostrarle, como ha hecho con usted, que existen condiciones muy favorables y dónde debería existir petróleo. Pero no puede decirle si allí hay o no petróleo. Existe un riesgo… el riesgo del que financia, el riesgo del taladrador.

Rubensohn asintió. Pareció satisfacerle la respuesta. Hizo una nueva pregunta.

—Estoy dispuesto a correr ese riesgo. Pero aun así, quisiera que respondiera a mi pregunta. Supongamos que existe petróleo en el anticlino[4]. Dada la profundidad de este reconocimiento, ¿cuánto tardaría en llegar allí abajo?

McCreary consideró la pregunta.

—¿El terreno está despejado?

—Sí.

—¿Cómo es su equipo?

—El mejor.

—Entonces, diría entre una semana y quince días para construir las torres y comenzar a taladrar. Luego otro mes. Si este tipo está en lo cierto encontraríamos arena entre los trescientos y quinientos metros de profundidad. En seis semanas le daremos la respuesta… positiva o negativa.

—¡Bien! —La palabra salió en un largo suspiro de alivio.

McCreary le observó agudamente.

Comprenda, Rubensohn, no puedo prometer nada. No puedo darle un seguro contra los errores humanos y la voluntad de Dios.

No espero que lo haga. ¿Cuánto personal necesita?

—En primer lugar, un ingeniero… un hombre que sea capaz de tener la planta en orden y que lleve a cabo las reparaciones del equipo y las herramientas. El resto puede ser mano de obra local y puedo arreglármelas con ellos, siempre que se me dé libertad de acción.

—Tengo al ingeniero. Y donde vamos tendrá la mano de obra… y la libertad de acción.

—¿Dónde vamos?

Rubensohn sonrió y sacudió la cabeza negativamente.

—Órdenes selladas, McCreary, hasta que estemos a tres días de Yakarta.

McCreary hizo un ligero gesto de indiferencia.

—Es igual para mí, Rubensohn. Pero, hay algo más.

—¿Sí?

—Una vez que se comience a trabajar, yo estoy al mando. Conozco mi trabajo y no me gustan las interferencias. ¿Está claro?

—Perfectamente.

Rubensohn enrolló el mapa, lo introdujo nuevamente en la maleta que metió dentro del gabinete. Se volvió hacia McCreary. Sus ojos brillaban de satisfacción y su boca encarnada estaba sonriendo suavemente.

—Usted me gusta, McCreary. Creo que deberíamos recorrer un largo camino juntos.

McCreary se introdujo las manos en los bolsillos y se apoyó, contra la mesa. Dijo en tono suave:

—Antes de ir a ninguna parte, Rubensohn…

—¿Sí?

—Me gustaría saber cuánto se me va a pagar, fuera del adelanto.

Sin vacilar un segundo, Rubensohn estableció los términos.

—Tres mil dólares de adelanto, trescientos a la semana durante el período de perforación, una bonificación de diez mil dólares si extrae… petróleo o el equivalente en acciones de cualquier compañía que formemos. Todos los gastos pagados durante su empleo y viaje gratis a cualquier puerto del mundo una vez que termine. A no ser, por cierto, que decida continuar trabajando para mí. ¿Qué le parece?

—Bien —dijo McCreary.

—¿Desea tenerlo por escrito?

McCreary sacudió la cabeza.

—Me bastará con su palabra.

Rubensohn le observó en forma extraña y frunció el entrecejo.

—McCreary, nunca acepte la palabra de un hombre en cuestiones de dinero.

McCreary insertó un cigarrillo en un extremo de su boca. Sonrió a Rubensohn a través de las primeras espirales de humo.

—Si la palabra de un hombre no sirve, tampoco sirve su firma. Pero, si desea extender un contrato, hágalo. La chica puede servir de testigo.

—Lo prefiero así —dijo Rubensohn sin tonalidad alguna—. Dígale que entre, McCreary, y que nos prepare algo de beber. Y… McCreary… —A medio camino de la puerta-ventana, McCreary se volvió. Rubensohn le estaba sonriendo, pero sus ojos eran tan duros como la roca—. Lisette es mía. Recordará eso, ¿verdad?

—¿A qué preocuparse con todo su dinero? —dijo McCreary.

Abrió el ventanal y se quedó observando a la muchacha. Pensó que era como una avecilla; como una avecilla brillante y dorada bajo las verdes ramas de la vid.

II

Ese mismo día, a las ocho de la noche, McCreary hizo sus maletas, pagó la cuenta y salió del hotel adentrándose en la cálida oscuridad.

Las estrellas pendían a baja altura de un cielo de terciopelo y las luces de la ciudad se extendían bajo él. Diez millas de luces que brillaban intermitentemente: en el distrito nuevo, donde las casas de los chinos adinerados se ocultaban tras los suntuosos parques, reflejándose amarillas y vacilantes en los kampongs, esparcidas y distantes en las trampas para peces en la bahía de Tanjung Periuk.

Incluso desde aquí podía oler la ciudad, desde las tierras altas lejanas a las planicies y los canales del viejo pueblo donde la gente de tez morena deambulaba, regateaba y derramaba los desperdicios en los perezosos canales. Era un olor extraño, exótico, compuesto de especias de vegetación descompuesta, de pescado al sol y agua estancada, y de la exhalación de dos millones de cuerpos que sudaban bajo la lánguida atmósfera. Se introducía en las narices y empalagaba el paladar y se pegaba a la ropa. Uno jamás podía deshacerse de él. Incluso cuando uno se alejaba era algo que de alguna forma seguía y persistía en su acción.

McCreary dejó su bolsa y se apoyó unos instantes en el tronco de una gran higuera de Bengala para encender un cigarrillo. Antes de que apagara la llama de su mechero, tres *betjaks* llegaron pedaleando y haciendo sonar sus campanillas furiosamente. Los tres conductores saltaron de sus vehículos y comenzaron a tironearle de las mangas, alardeando en malayo sobre la velocidad y limpieza de sus medios de transporte. McCreary sonrió y les apartó de su lado y puso el bolso en el asiento del primero que había llegado. El conductor rió y se burló de sus rivales con palabras groseras y gestos aún más groseros. Un minuto después descendían por el camino con las plumas ondeando y las campanillas repicando y el aire zumbando en las bandas de goma bajo el asiento.

En el pueblo nuevo el tráfico era apacible y McCreary se reclinó en su asiento y dejó que el viento le acariciara el rostro. Las escuálidas piernas del conductor se alzaban y bajaban como pistones en los pedales y cantaba y gritaba, y reía y tocaba su campanilla en cada intersección de calles y a cada coche que pasaba.

Éste era un pueblo extraño, pensó McCreary: extraño como el irlandés. Eran simples, corteses, amantes del color y de la música. Caminaban como bailarinas de *ballet* y hablaban como poetas. Pero siempre existía esa pequeña levadura de demencia que fermentaba bajo sus cráneos tostados, y como irlandés, estaban dispuestos a enloquecer por el alcohol o el amor o la menor frustración en sus vidas. Le llamaban «amok». Y cuando un hombre sufría este *amok* con un machete o blandiendo un *kris*[5], era eliminado rápidamente en un rincón oscuro o en una celda de la Policía, porque ya no había ninguna esperanza de curación.

Cuando llegaron al pueblo viejo su marcha se hizo más lenta.

Las casas de los antiguos colonizadores holandeses quedaban ocultas por los árboles, pero ahora, cuatro familias javanesas dormían en cada una de sus habitaciones y sus jardines estaban repletos de chozas desde las cuales la vida se desparramaba hacia las calles: niños que peleaban entre sí, las cestas de los mercaderes, gallinas que picoteaban el suelo incansablemente, buhoneros con sus cestas de habichuelas, arroz cocido, pescado seco y especias de fuerte aroma.

Los rollos de *batik*[6] se extendían bajo los resguardos de lona. Un tallador de madera estaba tendido entre sus avecillas talladas y sus pequeñas muchachas de altos senos. Desde una puerta abierta llegó el sonido metálico de la música típica y en su interior McCreary pudo ver a los muñecos grotescos de una sombra por encima de las cabezas del auditorio sentado en el suelo.

El conductor tocaba la campanilla, evitaba y apartaba a patadas a los niños que saltaban en todas direcciones y diez minutos después entraron en el amplio espacio circular de la bahía de Tanjung Periuk. McCreary pagó al *betjak* y se dirigió al muelle para observar el puerto sobre sus aguas sucias.

Aquí se encontraban las naves de todo el mundo: petroleros de Balikpapan, viejos guardacostas del mar de la China, un gran barco de pasajeros italiano con todas sus luces encendidas que volvía de Sydney con los turistas de verano, juncos de altas popas, un mercante de Yokohama y los pequeños y bien acondicionados barcos de la flota de la nueva República, con su ave Garuda de alas abiertas en las enseñas.

Además del despliegue de luces estaba el ruido de las grúas y el tosido de la inmensa draga que chupaba el lodo de los canales. Se veía el ondulado rastro de la estela de una lancha de la Policía y el lento avanzar de un pesquero y se escuchaba el sordo golpeteo de los remolcadores contra las planchas de acero de una nave recién llegada.

Luego vio lo que andaba buscando.

Estaba anclado en uno de los muelles abastecedores de combustible, a unas doscientas yardas de la curva oriental de la bahía: su casco era blanco y esbelto, como el de una corbeta, lo que probablemente era. Tenía sus luces encendidas de proa a popa y pudo ver las siluetas apresuradas de los malayos que tendían las mangueras negras que llevaban el combustible a los grandes depósitos.

Leyó su nombre en la proa: *Corsair*, Panamá.

Recogió el bolso y caminó lentamente por el muelle.

Un contramaestre malayo le hizo señas cuando subía la pasarela y al llegar arriba le saludó militarmente un joven oficial de cubierta que luego le preguntó en buen inglés qué buscaba.

—Soy McCreary…

—Le esperan, señor. Entiendo que navegará nosotros. Arturo Caracciolo, segundo oficial.

—Encantado de conocerle, Arturo. ¿Dónde se encuentra el señor Rubensohn?

—En el salón, señor. Le espera.

Cogió el bolso de McCreary y le guió por el pasillo. McCreary notó que los mamparos estaban recién pintados y que el pasillo estaba cubierto de un nuevo piso de caucho. Arturo abrió la puerta de una cabina y se apartó para permitirle el paso. McCreary silbó ante la sorpresa. Los muros estaban pintados en brillantes colores acuosos en esta cabina casi tan grande como una magnífica habitación. Había una cama, un escritorio y una cómoda silla aseguradas al piso. Unas cortinas de modernos dibujos ocultaban el lecho y los ojos de buey. La ducha estaba en un pequeño compartimiento y los armarios eran amplios.

—Bien —dijo McCreary—, parece que el viaje será muy agradable.

Arturo sonrió con infantil satisfacción.

—Fue construido en Inglaterra, señor, y se transformó en Génova. Estamos muy orgullosos de la nave.

McCreary le estudió. Se veía un buen muchacho. Al parecer, recién salido de la academia de oficiales. Le preguntó inocentemente:

—¿Por qué «estamos»?

—Me refiero al personal, señor. El capitán es holandés. Los oficiales son italianos.

—¿Y la tripulación?

—Los hombres de cubierta son malayos. Los de la sala de máquinas son lascares y chinos en la cocina.

McCreary asintió. Rubensohn entendía su oficio: dividir para gobernar. Con una tripulación así, las posibilidades de riñas y disgustos eran menores. Tiró la bolsa sobre el lecho y entró en el pequeño recinto de la sala de baño a fin de prepararse para la cena. Luego, Arturo le condujo hasta el salón y le anunció suntuosamente:

—Capitán Janzoon, señor Rubensohn, el señor McCreary.

Se pusieron de pie para darle la bienvenida: un gigante rubio de cráneo anguloso y barba bien cuidada, el propio Rubensohn y la chica.

Rubensohn le recibió con estudiada afectación. La chica le saludó con un movimiento de cabeza distante. El capitán Janzoon le estrujó la mano dentro de un puño tan grande como un jamón, le golpeó amistosamente la espalda y dijo en su inglés asmático y de grueso tono:

—McCreary, ¿eh? El irlandés indomable. Eso nos transforma en una Liga de las Naciones. Holandés, italiano, inglés y una hermosa mujer que es…

La voz aguda de Rubensohn interrumpió el monólogo.

—Capitán, traiga algo de beber a McCreary.

Janzoon tomó el color del tomate pero no dijo nada. Sirvió un par de dedos de *whisky* en un vaso y se lo alargó a McCreary, quien le agregó un poco de agua y brindó. Janzoon y Rubensohn bebieron con él. La muchacha fumaba un cigarrillo en una larga boquilla de oro y extremo de jade. Rubensohn depositó su vaso bruscamente.

—Hay algo que debe recordar, McCreary. Nosotros cuatro somos los únicos que tienen que ver con… con esta empresa. El resto está empleado a hacerse cargo de la nave y para que se preocupen de sus propios asuntos. ¿Está claro?

—Tan claro como mi conciencia —dijo McCreary—. ¿Algo mas?

—No, por ahora. ¿Le gusta mi barco?

—Me fascina, lo poco que he visto.

—Veinte nudos —dijo Janzoon con su voz gruesa—. Tres mil millas marinas en combustible. Debiera conocer mi puente de mando. ¡El último grito! ¡Lo mejor!

—Siempre adquiero lo mejor —dijo Rubensohn.

—Es una suerte para todos nosotros —dijo McCreary y sonrió.

Por primera vez brilló una nota de interés en los oscuros ojos de Lisette; pero McCreary no la captó. En esos momentos entró un camarero chino. Janzoon le habló en dialecto *cantonés*. Al salir, le escucharon golpear su pequeño gong de bronce por los pasillos y luego en cubierta.

Rubensohn miró su reloj y dijo cortante:

—Señores, la cena estará en quince minutos. Ruego me excusen. ¡Vamos, Lisette!

Giró y salió del salón. La muchacha le siguió sin articular palabra, sin mirar a McCreary o a Janzoon. La observaron alejarse con mirada especulativa. Si había coquetería en su forma de caminar, no la captaron. Era hermosa y fría, como una muñeca de cera.

McCreary y Janzoon se miraron. McCreary sonrió y Janzoon emitió su risa entrecortada.

—¿Qué piensa de ella, McCreary?

—No pienso —dijo McCreary—. Ya se me advirtió antes.

Janzoon le lanzó una mirada astuta y rápida bajo sus cejas espesas.

—Es una medida inteligente. Debiéramos conocernos más. Creo que podríamos ser buenos amigos.

—Estoy seguro de eso.

Janzoon sirvió más *whisky* en los vasos. Le dio uno a McCreary y preguntó en tono casual:

—¿Hace mucho que conoce a Rubensohn?

—Cuatro… o cinco horas. ¿Por qué?

—Habla favorablemente de usted.

—Muy gentil de su parte.

—¿Qué sabe de él?

—Nada fuera de lo que él mismo me ha dicho.

Janzoon bebió de un trago el contenido de su vaso y se limpió los labios con el dorso de la mano. Dijo lisa y llanamente:

—Tiene mucho que aprender, amigo.

McCreary sonrió ligeramente y dijo en su tono más gentil:

—Aprendo con rapidez. Especialmente cuando se me paga por ello.

—Es un pez gordo —dijo Janzoon deliberadamente—. Sabe lo que desea y lo persigue. Su riqueza es inmensa. Su nombre abre puertas en Roma, en París, en Génova y en Nueva York. Este barco… lo compró a los salvadores de buques en treinta mil libras y gastó otras cincuenta mil en ponerlo en las actuales condiciones. Piensa en grande. Gasta en grande. Paga muy bien los buenos servicios.

—¿Cuál es su verdadero negocio? —preguntó McCreary.

Janzoon se encogió de hombros.

—Un hombre como él se interesa en cualquier cosa que produzca beneficios, en cualquier parte del mundo. Hoy es el petróleo. Mañana pueden ser las armas, el oro o el algodón. Juega en los mercados. Crea una compañía nueva aquí y compra otra vieja en otra parte. Tiene el toque mágico en sus manos.

—¿Ha estado con él mucho tiempo?

—Desde que el *Corsair* salió a navegar hace tres años. Con anterioridad, me dedicaba a llevar barcos cisterna para la «Bataafse Petroleum». Esto es lo mejor que he tenido. Buena paga y mejores cosechas.

—Parece que algo del oro se escurre, ¿eh?

—Algunas veces.

—Es una idea promisoria.

—Para el hombre adecuado —dijo Janzoon suavemente—, es una idea más que promisoria: es una certeza.

McCreary sonrió y hundió la nariz en su bebida. Janzoon estaba buscando algo, pero estaba fresco si creía que iba a levantar la presa. Hay hombres que han sentido demasiadas veces los anzuelos cerca de la boca. Se limitaría a hacer su trabajo, recogería el dinero y volvería a casa, y al diablo con este bucanero rubio y su resonante risa y sus ojos fríos y calculadores.

Luego se le ocurrió pensar en que no tenía hogar, sólo el sueño vago de una casa de piedra gris y una extensión de verdes praderas donde los potros corrían mientras él, con su chaqueta abierta a ambos lados y pantalones de montar, caminaba como debe hacerlo un buen criador de caballos de carrera y charlaba suavemente con el preparador y los muchachos.

El humor reflejado en este sueño le cogió de sorpresa y rió de buena gana, ahogándose con el *whisky*, mientras Janzoon le observaba con desconcierto y hostilidad.

—¿He dicho algo muy gracioso?

—¡Nada! Nada en absoluto —dijo McCreary, mientras se secaba la boca y la pechera de la camisa—. Un pequeño chiste privado, sin malicia.

Janzoon sacudió la cabeza.

—Hay algo que debe recordar, amigo. Al señor Rubensohn no le gustan los chistes, especialmente los que no comprende.

—Entonces, lo siento por él —dijo McCreary—. La vida es sumamente triste si no hay risa en ella.

—Su vida es mejor que la suya o la mía —dijo Janzoon amargamente—, con dinero, con una mujer como ésa y con el poder suficiente para aplastar una docena de hombres en el mismo número de minutos.

—Pero si no goza de la vida, ¿cuál es el objetivo?

McCreary se encogió de hombros e insertó un cigarrillo en el extremo de su boca.

Janzoon se inclinó hacia delante con un mechero en la mano. Aún estaba desconcertado, pero se reflejaba admiración en sus ojos; un cierto respeto hacia este individuo enjuto de sonrisa torcida. Dijo calmadamente:

—Me gusta el hombre que puede reírse de algo superior a él. Pero, acepte un consejo. No se ría jamás de Rubensohn. Nunca se cruce ante sus mujeres. Es un pez gordo, es cierto, pero debe sentirlo todo el tiempo. Obsérvele durante la cena. Obsérvele en cualquier momento que tenga compañía. Tiene que ser la luz, el punto principal del escenario.

McCreary se encogió de hombros y chupó el cigarrillo.

En lo que a mí respecta, puede serlo. En todo caso, gracias por el consejo.

No me lo agradezca, McCreary. Sólo trato de ayudar. Como le dije, creo que debiéramos ser amigos… buenos amigos. Ahora vamos a cenar. Y esto es algo que no hay que olvidar: a Rubensohn le gusta la puntualidad.

McCreary observó a su alrededor desconcertado. La mesa estaba dispuesta en el salón y un camarero chino esperaba junto a la puerta que conducía al pasillo.

—Creí que cenaríamos aquí.

—¡Oh no, amigo mío! —rió nuevamente Janzoon y le guió hacia la puerta opuesta—. Esto es para los oficiales. Nosotros… nosotros somos los invitados del gran hombre. Cenamos en su *suite* y acompañados de la hermosa Lisette.

—¿Quién es ella?

—¿Lisette? Una *métis* de Saigón, según lo que se puede adivinar de su piel y su acento. Pero nadie sabe de dónde viene, si de un palacio o de las cloacas. Lo que es ahora se lo debe a Rubensohn. Es su producto y su propiedad.

—Así me lo dijo —comentó McCreary suavemente—. Me gustaría saber si la chica piensa de la misma forma.

Janzoon se detuvo, cogió a McCreary de un brazo y le hizo girar bruscamente arrinconándole contra el mamparo de acero. Su aguda barba se adelantó hacia el rostro de McCreary. Su voz salió en su susurro furioso.

—Escúcheme. Entre Yakarta y Dilli hay diez millones de mujeres hermosas. Puede tenerlas a todas con mi bendición. Pero ésta, no la toque. Le pertenece. Le mantiene feliz. Y mientras esté feliz todos estaremos seguros y ganaremos dinero. Si llega a sonreírle, nada más, tendrá dos cuchillos junto a su precioso cuello… el suyo y el mío. ¿Comprendido?

La sonrisa de McCreary fue inexpresiva.

—Sí, comprendo. Pero, ¿por qué podría fijarme en un témpano como ése? Soy un hombre de sangre cálida y me gusta una sonrisa y quizás una palabra gentil cuando

hago el amor.

—Sólo quería que comprendiera —gruñó Janzoon amargamente y soltó la presión de su mano en el brazo de McCreary.

McCreary se le enfrentó. Su boca aún estaba distendida en esa sonrisa torcida, pero sus ojos brillaban de furia.

—Quisiera decirle una palabra, capitán.

—¿Sí?

—En el futuro, no saque sus manos de los bolsillos. La próxima vez que me coja en esa forma, le parto el cuello.

Sin decir una palabra, Janzoon giró y emprendió la marcha hacia las habitaciones de Rubensohn.

Cuando entraron, vieron a Lisette sentada lánguidamente en un canapé bajo un resplandeciente desnudo de D'Arezzo. Su cuerpo pequeño y perfecto estaba cubierto de un vestido plateado y sus ornamentos eran de jade y esmeralda. Fumaba un cigarrillo y ojeaba indolentemente las páginas de una revista de modas francesa. Alzó la vista cuando entraron, murmuró un saludo y volvió su atención a la revista.

«Podríamos ser el lechero —pensó McCreary con amargura—, o el basurero o los que limpian los desagües. Pero dame media hora, morena, y te enseñaré a ser diferente».

Luego recordó las advertencias que se le habían hecho y volvió su atención a Rubensohn.

Vestía meticulosamente, como si se tratara de la cena del capitán en una travesía por el Pacífico; sin embargo, la primera impresión era la de un sapo chato apresado en las vestimentas de un gran señor. Su rostro presentaba un aspecto mucho más blanco ahora que estaba afeitado y recién untado de loción y su boca pequeña y roja destacaba aún más bajo la prominente nariz. Les saludó tercamente.

—Tomen asiento, señores. Disponemos de pocos minutos antes de que llegue el próximo invitado. Tengo algunas cosas que decirles antes de su llegada.

Janzoon le miró sorprendido. Estaba claro que, al menos él, no esperaba otros visitantes antes de zarpar. Dijo con voz cortante:

—Espero que no tendremos más líos.

—¿Líos, capitán? ¿Por qué podríamos tener líos? Zarpamos a la medianoche. Nuestros papeles están al día y el piloto está en su puesto. A no ser, por cierto, que haya usted olvidado alguna cosa.

—¡No, no! ¡Nada! Fue un comentario desafortunado. Por favor, olvídelo.

Janzoon se ruborizó y se enjugó el rostro con el pañuelo. Rubensohn sonrió cruelmente ante su estado de confusión. Luego dijo:

—Nuestro siguiente invitado es un amigo del señor McCreary. El capitán Raka.

McCreary casi dio un salto en su silla.

Rubensohn hizo un gesto de menosprecio con la mano.

—Es una simple transacción de negocios. El capitán Raka viene a cobrar unos servicios prestados.

—Por cierto, es su barco —dijo McCreary, sin entusiasmo—. Si fuera mío no dejaría que ese pequeño bastardo se aproximara a una milla de él. Le daría su dinero en un rincón oscuro y les despediría de una patada en los dientes.

—¿Para que luego le patearan sus propios dientes en la cárcel de Yakarta? —sonrió Rubensohn desdeñosamente—. Créame, McCreary, mis métodos dan mejores resultados.

McCreary sonrió fácilmente y abrió los brazos en señal de derrota.

—Oh, sí le creo. Tiene el dinero para probarlo.

—Bien —dijo Rubensohn vivamente—. Ahora vamos a los negocios. El capitán Raka vendrá a que se le pague. Desgraciadamente… —Bajó la vista y estudió sus manos cortas y velludas—… Desgraciadamente, ahora pide más dinero que la cantidad acordada; más dinero del que estoy dispuesto a pagar. Por lo tanto, tendré que hablarle en privado. La cena será abundante y descansada. Luego, después del café, usted, capitán, tendrá algunos asuntos que atender en el puente de mando. Usted, McCreary, llevará a Lisette al salón de cubierta. Cuando haya terminado mis negociaciones con el capitán Raka enviaré a buscarles. ¿Está claro?

—Parece que la velada va a ser agradable —dijo McCreary, preguntándose si Rubensohn no le estaría sometiendo a una prueba al otorgarle la posibilidad de estar a solas con Lisette. Se preguntó todavía más si sería capaz de pasar airosamente la prueba.

—Esperémoslo así, por su bien —dijo Rubensohn.

McCreary le observó con curiosidad.

—¿Y qué significa eso?

Rubensohn se alzó de hombros y sonrió sin alegría.

—Si no llego a un acuerdo con el capitán Raka, usted, McCreary, tendrá que volver a tierra.

—¿No quiere que le tire en la bahía? —preguntó McCreary.

—Quizá más tarde. Por ahora, limítese a cuidar de Lisette y deje en mis manos al capitán Raka.

—Como dije antes, será un placer.

Se volvió y se inclinó profundamente, con cierta ironía, ante Lisette. Pero ella ni siquiera alzó la cabeza para mirarle. Todavía seguía ojeando las brillantes páginas donde todas las mujeres tenían un rostro como el suyo: frío, hermoso y muerto.

Cinco minutos después llegó el capitán Raka y todos se sentaron a cenar.

Fue una cena bastante intranquila. El pequeño javanés estaba inquieto y suspicaz, respondiendo a las preguntas más simples con una sonrisa torcida y un chasquido de su lengua. Janzoon se notaba claramente disgustado. Era un capitán holandés en un país que había sido propiedad de su pueblo, pero ahora, se les trataba con animosidad y algunas veces con abierta violencia. Tenía un barco de cien mil libras bajo su

mando y no estaría contento hasta sobrepasar los canales iluminados y estar a gran distancia de los límites territoriales.

Lisette no contribuyó en nada a la conversación y McCreary no pudo dejar de sentir la céltica tentación de cebar al pequeño policía que estaba allí sentado, sonriendo y conteniendo su animosidad hacia los occidentales que tenían que pagarle incluso por el más insignificante de los servicios.

Sólo Rubensohn estaba en pleno dominio de sí mismo y de la situación. Les condujo como una orquesta de cámara a lo largo de los movimientos de la cena.

Su voz tan delgada y aguda eligió, se extendió, brindó y expuso cada tema de conversación de forma que, fuera de la atmósfera de hostilidad y conflicto, se sintió cierta armonía ilusoria y temporal, pero suficiente para que se prolongara hasta el café y la primera copa de coñac.

Luego, sin énfasis alguno, Rubensohn les despidió.

—Lisette, señores, les ruego nos disculpen, el capitán Raka y yo tenemos ciertos asuntos que discutir.

Salieron de la habitación y cerraron la puerta tras ellos. Janzoon partió sin decir palabra y McCreary y la muchacha se dirigieron por el pasillo hacia la cubierta de popa.

La atmósfera se sentía pesada y cálida con el olor de la ciudad y de la selva, pero Lisette se estremeció cuando McCreary la cogió de un brazo galantemente.

Mientras la conducía hacia la barandilla, sus sandalias emitían un sonido claro y metálico en las planchas de la cubierta. Se apoyaron juntos en la barandilla y observaron el gran despliegue de luces en las aguas sucias y aceitosas. McCreary sintió el contacto de la piel de su brazo, pero no había pulso allí; no había respuesta a la tentativa presión de sus dedos. Preguntó suavemente:

—¿Tiene frío?

—No, gracias. No tengo frío en absoluto.

Su voz tenía la cadencia interrogante y ondulante de las *métis*, pero allí tampoco había vida. Era como el tintineo de las campanillas de cristal que se agitan en el exterior de las tumbas de los dioses antiguos.

McCreary se preguntó cómo sería su timbre de voz al reír y desde cuándo no habría cedido a la pasión o a las lágrimas. Nuevamente le preguntó con su tono suave y meloso de los habitantes de Kerry:

—Parece que estaremos juntos largo tiempo. ¿No podría sonreírme de vez en cuando o decirme una palabra que me hiciera aliviar la pesadez del día?

—¿Por qué podría interesarle que yo sonriera o no?

—Me sentiría mejor —dijo McCreary ligeramente—. Me haría sentir más hombre, quizá, y menos como un gitano vago sin hogar para calentarme los pies y sin mujer para calentarme la cama.

—Ahora se me paga para que haga esos deberes con un solo hombre; dos sería demasiado.

Lo dijo simple e indiferentemente, sin apartar la vista de las luces encendidas de un petrolero que pasaba a cierta distancia.

—No se trata de pagar o no —dijo McCreary con una sonrisa—. Soy tan pobre como el mendigo del pueblo. Por lo tanto, lo que obtengo debo conseguirlo por amor y lo que doy es de pleno corazón y sin interés. Entonces, estoy fuera del mercado. ¿Es ésa una razón para que no me pueda complacer con una sonrisa o dos? ¿Es que el mundo es un lugar tan triste que no se pueda encontrar nada de lo cual reírse? Mire… —señaló un sitio en la bahía donde los remolcadores conducían a la gran motonave italiana hacia el canal—. Eso es algo que debe observar. ¿Sabe dónde se dirige? Primero a Singapur, luego a Colombo y a Nápoles…

—He estado en Nápoles. —Su voz carecía de la menor nota de interés.

—¿Ha estado? Sin duda en un lujoso hotel junto al puerto y en la mejor habitación que pudo pagar el dinero de Rubensohn.

—Así fue.

—Y tuvo a todos los camareros de cabeza para atenderla y a todos los mercachifles tratando de venderle algo.

—Así fue.

—¿En qué otras partes ha estado últimamente?

Se encogió de hombros y enumeró los lugares.

—Oh, en muchas partes… En Nueva York, en Londres, en París, en Cannes, en Madrid, en Viena.

—Y cada lugar fue igual que el anterior, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, ¿no se da cuenta que no ha vivido ni una hora, ni un instante de todo eso? No sabe qué es el mundo o qué sabor tienen los momentos felices.

—¿La felicidad? —Saboreó la palabra como si se burlara de ella—. La felicidad, no… no la conozco. ¿Pero el mundo? Lo conozco mejor que usted, McCreary, mucho, mucho mejor.

—Bien, yo he vagado por el mundo desde que tenía dieciséis años.

—Yo no tuve necesidad de vagar. El mundo vino hacia mí.

—¿Y por qué no? Y a usted con toda esa belleza secreta y misteriosa.

Su mano, yacía inmóvil y sin respuesta en la suya. Dijo con amargura:

—En el pabellón Peacock no existen secretos. Todas las puertas estaban abiertas para los hombres de dinero.

—¿Dónde fue esto? —La voz de McCreary surgió seca y dura.

—En Saigón.

—¿Cómo llegó hasta allí? ¿Fue allí donde la encontró Rubensohn?

—Sí. Parece que tuve el talento suficiente para agradarle; y es un hombre difícil de satisfacer. Más que esto, a él le complace presentarme ante personas respetables, que los hombres se inclinen ante mi mano y que las mujeres admiren mis vestidos y joyas, y saber todo el tiempo que soy una mujer que recogió de las cloacas de Saigón.

—¿Y usted?

—¿Yo? Estoy contenta. ¿Por qué habría de estar de otra forma? En el pabellón Peacock hay doscientas mujeres. Aquí soy la única, y mejor pagada que cualquier otra.

—Hasta el día que Rubensohn se canse de usted.

—McCreary, ¿podría ofrecerme algo mejor?

—Su voz no denotaba enfado, sólo un deje de fría ironía.

—Podría —dijo McCreary—, si me lo propusiera y usted aceptara, proponerle nos alejáramos para comenzar una nueva vida.

Entonces, y por primera vez, la escuchó reír. Pero no había alegría en su risa.

—Es un tonto, McCreary.

—Es algo que sé desde hace mucho tiempo.

—¿Por qué se reunió con él entonces?

—Porque me ofreció una buena cantidad de dinero por el único trabajo que conozco… buscar petróleo.

—¿Eso es todo?

—¿Qué otra cosa podría existir?

—Tenía miedo del capitán Raka.

—¿Le temía? Lo único que podía hacer era dejarme en el avión para Singapur. Ya estaba preparado a eso. No tenía nada que temer. Entonces llegó Rubensohn, me hizo un ofrecimiento y me dijo que tenía arreglado a Raka para que permitiera mi extradición en el *Corsair*. Ni siquiera era un acto ilegal, a pesar de que no dudo que Raka lo ha hecho aparecer como una gran concesión y habrá cobrado suficiente dinero.

—Entonces, ¿por qué ha venido Raka esta noche si no es a buscarle?

—Cualquiera que sea la razón y diga lo que diga Rubensohn, no ha venido a buscarme.

—¿Por qué ha venido entonces?

Le inquietó la extraña nota en su voz, pero tenía los ojos inexpresivos como una muñeca y su rostro era tan hermoso como la misma. McCreary se apoyó de espaldas contra la barandilla y se burló de ella.

—¿Debiera importarle? ¿Debiera importarme a mí? Es asunto de Rubensohn y es su dinero. En tanto nos paguen, ¿a quién le importa? Hay algo de lo que puede estar segura de ello. Raka lo está haciendo mejor que ambos… excepto yo…

La cogió entre sus brazos y la besó hasta que el hielo se fundió en ella y sus labios le buscaron con tanta avidez como los suyos propios.

III

Les pareció que había pasado mucho tiempo antes de que decidieran sentarse sobre la cubierta de lona de la escotilla. McCreary fumaba pacíficamente y Lisette reparaba el daño sufrido en su peinado y en la pintura de sus labios.

McCreary dijo con voz suave:

—Bien, ahora lo sabemos.

El rostro de ella quedaba oculto por las sombras, de manera que no pudo ver si sonreía o estaba seria, pero cuando respondió, su voz ya no era frágil pero sí baja y tensa.

—Ahora sabemos… ¿qué? ¿Que usted es un hombre que se apasiona rápidamente por una mujer?

—¿Y usted, una mujer que puede sentir pasión por mí?

—Eso también. Pero, ¿a qué nos conduce esto?

—A lo que quiera —dijo McCreary—. Nos puede conducir hacia la pasarela y de vuelta a la ciudad. Podemos comenzar allí.

Ella sacudió la cabeza negativamente.

—¿Y usted con una orden de arresto de la Policía y sin un centavo en los bolsillos?

—Entonces, nos quedamos aquí, yo esperándola a usted y usted esperándome a mí. Yo, tratando día y noche de mantener mis manos y ojos apartados de usted y usted en el lecho de otro hombre porque tiene más dinero que yo. ¿Es eso lo que quiere?

—No es lo que quiero, McCreary. Es lo que tengo. Y pretendo mantenerlo hasta que alguien me ofrezca algo mejor.

—¿El amor no es algo mejor? ¿Incluyendo los riesgos?

—¿A esto le llama amor? ¿Cree que es el único hombre por quién he experimentado este sentimiento? Usted cree que yo pienso que soy la única mujer que ha sido capaz de llegar a su corazón. ¡Vamos, McCreary, sea honrado!

—De manera que Rubensohn la posee después de todo.

—Posee aquella parte por la que ha pagado y nada más. Escuche, McCreary… —Su voz se animó súbitamente y puso su pequeña mano sobre la de McCreary—. En otros tiempos, en otro lugar, habría existido esperanza para nosotros. Pero aquí no. No con Rubensohn. Si supiera lo que ha sucedido ahora, simplemente nos destruiría.

—Se necesitaría de un hombre más grande que Rubensohn para hacer eso —dijo McCreary.

—McCreary, es usted más tonto de lo que cree —dijo ella.

Y antes de que tuviera tiempo de negarlo, un camarero chino llegó silenciosamente por la cubierta a anunciarles que Rubensohn les esperaba.

Lo primero que vieron al entrar en la habitación de Rubensohn fue el cuerpo del capitán Raka apoyado en la mesa y roncando ruidosamente. Junto a un codo tenía el tapón de una botella de champaña y una copa estaba volcada frente a él. Unas gotas de licor caían lentamente por el borde de la mesa sobre sus pantalones. El propio Rubensohn estaba junto a un ojo de buey, fumando uno de sus gruesos cigarros.

Lisette observó a Raka con asombro. McCreary maldijo en voz baja. Rubensohn sonrió y blandió el cigarro en un amplio gesto.

—Un buen musulmán jamás bebe licores fuertes. Raka se olvidó de sus creencias… y éste es el resultado.

—¿Llegó a algún acuerdo con él? —preguntó McCreary.

—Oh sí, y satisfactorio para ambas partes. Saqué el champaña para sellar el trato. Podría haberlo ahorrado.

—No tardó mucho en quedar en este estado. Sólo estuvimos fuera una media hora.

Rubensohn le lanzó una mirada rápida y aguda.

—Estos tipos no saben beber —dijo sin entonación alguna—. Ahora se nos presenta otro problema: cómo llevarle a casa.

—Es muy simple —dijo McCreary alegremente—. Llame un *betjak*, le meten dentro y se le dice al muchacho que le lleve a la Jefatura de Policía.

—No es tan simple como parece, McCreary.

—Oh, ¿por qué no?

Rubensohn hizo un gesto de impaciencia.

—Porque su visita aquí no era conocida por sus superiores, debido al hecho de que negociaba un soborno. Si llamamos un *betjak* al barco, el conductor sabrá de dónde salió. Será interrogado y nosotros también… y debemos zarpar dentro de una hora.

—No está en condiciones de caminar —sonrió McCreary.

—No, pero puede ayudársele a salir de la nave y llevarle hasta el mercado. Allí se le sube a un taxi y se le envía a casa.

—Es verdad.

—Entonces —dijo Rubensohn fastidiosamente—, sugiero que usted le saque cuanto antes de aquí. Ya ha ensuciado bastante el lugar.

—Espere un minuto. ¿Por qué tengo que ser yo? ¿Por qué no uno de sus hombres de cubierta o uno de los *lácares*[7]?

Rubensohn le sonrió blandamente.

—Porque en estos momentos están todos ocupados alistando la nave para zarpar. Porque son sujetos ignorantes que no podrían explicar sus razones para cuidar de un policía borracho. Porque, usted, McCreary, está en deuda conmigo y yo le pido este pequeño favor… —Rió entrecortadamente y continuó con su agudo chillido de ave —. Y porque ahora, por fin, se le presenta la oportunidad de tirarle en la bahía, si así lo desea.

—Rubensohn, me ha enumerado cuatro razones y la única fundada es que le debo algo. Lo haré por esta última.

Se inclinó sobre el capitán Raka, que continuaba roncando, y le pasó un brazo bajo el hombro, luego le alzó de la silla sin mucho esfuerzo. Todo el peso de Raka descansó sobre él como un saco de carbón.

—Póngale el fez, Rubensohn y sosténgale mientras le cojo bien. Necesitaré ayuda en el pasillo y en la escalinata.

Rubensohn colocó el fez en la cabeza de Raka que colgaba inerte y McCreary medio le arrastró hasta la puerta, como un viejo amigo que lleva a otro en muy mal estado después de una fiesta.

Lisette se apartó para dejarle libre el paso y le observó caminar vacilante por el pasillo y subir la escalerilla, mientras Rubensohn gruñía y respiraba sofocado ayudando a que ambos llegaran a cubierta sanos y salvos.

—Llévele a bastante distancia del muelle —dijo Rubensohn—. Si le estorba demasiado, tírele al canal.

—Yo mismo he estado borracho —dijo McCreary—. No podría hacer eso con mi peor enemigo.

Y mientras silbaba una cancioncilla popular, bajó la pasarela con pasos vacilantes y acompañado del aliento fétido y ruidoso del capitán Raka que le daba en el cuello.

La tripulación estaba demasiado ocupada desacoplando las mangueras como para concederles más de una mirada de soslayo y muy pronto estuvieron fuera del *Corsair* y en pleno muelle que estaba totalmente desierto. Pero siempre existía la posibilidad de encontrarse con una patrulla de vigilancia, por lo tanto, McCreary decidió introducirse de inmediato en la maraña de almacenes y hacer un camino más largo hasta los confines de la zona del mercado, donde los *betjaks* tenían su parada.

Al comienzo trató de hacer caminar a Raka pero las piernas del hombrecillo colgaban inertes como las de un muñeco y sus cuidados zapatos se arrastraban por el polvo mientras McCreary le llevaba hacia las sombras de las rampas de cargamento entre los almacenes. Tuvo que detenerse más de una vez y reclinarse contra un muro de madera o un pilón de cemento para aliviar unos instantes el peso que cargaba en su hombro. Sus ojos y oídos estuvieron siempre alerta en previsión de la llegada de la Policía del puerto y se preguntó qué podría responderles si le interrogaban.

Finalmente, salió del recinto de los almacenes y se encontró en un estrecho pasaje entre la selva, al final del cual divisó la forma de un puente de bambú y el brillo del agua del canal y un grupo de luces amarillas. A juzgar por el olor y el clamor distante de voces y los ladridos de los perros, el mercado nocturno estaba en pleno apogeo.

Decidió que sería más seguro acabar con toda pretensión de ayudar a caminar al capitán y que sería más fácil llevarle sobre los hombros; más fácil también que arrastrar un peso muerto como había hecho en los últimos quince minutos.

Se detuvo al abrigo de una gran higuera de Bengala y dejó que el cuerpo del capitán se deslizara hasta el suelo. Se tomó unos momentos para recuperar la

respiración, flexionar los músculos y aflojarse el nudo de la corbata. Se dio cuenta de que su ropa estaba empapada en sudor y que se le adhería al cuerpo. Luego se dio cuenta de algo más.

Raka ya no roncaba; tampoco respiraba.

Se arrodilló rápidamente y aplicó el oído al pecho del hombrecillo. No escuchó los latidos del corazón. Buscó el pulso y no lo encontró. Las manos estaban frías, a pesar del calor y la humedad. McCreary hurgó en los bolsillos hasta encontrar el mechero, lo encendió y acercó la llama al rostro de Raka. Tenía los ojos abiertos y fijos. La boca estaba entreabierta y tenía un rastro de saliva seca en la barbilla.

Según todos los exámenes más elementales, el capitán Raka estaba muerto.

McCreary le revisó los bolsillos con rapidez. En el bolsillo interior había una cartera y en los pantalones un rollo de billetes de poco valor. Tenía un pañuelo, un paquete de cigarrillos americanos y un mechero japonés barato. McCreary abrió la cartera y la revisó con dedos ágiles: cartas, la cédula policial, la fotografía de una mujer y un niño, quinientas rupias en billetes… nada más. Limpió la cartera con su propio pañuelo y la volvió a introducir cuidadosamente en el bolsillo interior de la americana. Siguiendo un impulso súbito, se guardó el mechero y los cigarrillos en su bolsillo.

Luego alzó el cuerpo de Raka cogiéndole bajo los hombros y le arrastró tras el tronco de la higuera de Bengala. El fez rodó por el suelo durante esta operación. Lo recogió, lo limpió, cuidadosamente de polvo y se lo encasquetó en la cabeza al muerto, inclinado sobre los ojos de fija mirada. Luego se limpió las manos en su propio pañuelo, se apartó del sendero y volvió a paso rápido por el mismo camino que había recorrido.

Una vez que llegó al abrigo de los almacenes, se detuvo, se ocultó tras un ángulo protegido de una construcción y encendió un cigarrillo: un cigarrillo de un muerto con el mechero de un muerto. Sus manos temblaban y la pequeña llama amarilla vaciló ante su nariz. Sintió un estremecimiento interior como si alguien hubiera caminado sobre su tumba. El sudor se le enfrió súbitamente en el cuerpo como si le volviera de nuevo la fiebre. Se apoyó en las tablas del muro, aspiró profundamente y luchó por ordenar sus ideas.

«Piensa en ello, McCreary. ¡Piensa, piensa! No te quedes allí como un idiota. Un hombre ha muerto. Murió en tus brazos. Estás metido en un lío. Raka está muerto, pero un hombre no muere a causa de media botella de champaña. La mayoría de los hombres ni siquiera se emborrachan por esto, al menos no hasta el punto de roncar. Ésa es una mentira que se puede achacar al señor Rubensohn. Y aquí hay otra. Raka vino a que se le pagara. Según Rubensohn, se le pagó. Pero todo lo que tenía en sus bolsillos eran unos cuantos billetes de poco valor… no lo suficiente, ni siquiera la mitad de lo que tendría que haber cobrado por arreglar una orden de extradición o cualquier otro servicio que Rubensohn podría haberle encargado. ¿Otros servicios? ¿Cuáles? Tendrían que ser importantes para que Raka pensara en arriesgarse.

Rubensohn trabaja en petróleo. El petróleo es un negocio sucio. Se necesitan amigos en las oficinas gubernamentales…

»Un policía no tiene amigos. Pero sí tiene poder… mucho poder en una república de títeres como ésta, donde el soborno y la extorsión están a la orden del día. De manera que se arriesgó. Y Rubensohn le mató. Puso veneno en su bebida o simplemente le obligó a beberla amenazado con una pistola en la nuca; porque es más fácil para un hombre morir inconsciente que sentir una bala que le atraviesa los tejidos. El resto es sólo escenografía: champaña derramado en la pechera de su camisa y continuar hablando hasta que un irlandés estúpido le saque de entre las manos. Si se presenta cualquier problema, McCreary es el hombre. Le mató para recuperar su pasaporte. En Pekanbaru se ha extendido un cargo de violencia contra él. Si no hay problemas, también se tiene a McCreary… para cavar el pozo y entregarle un millón de dólares en bandeja de plata. Muy hábil este Rubensohn… Y como dijo la dama, McCreary, eres más tonto de lo que realmente crees». El cigarrillo se había consumido casi totalmente y le estaba quemando los dedos. Lo dejó caer al suelo y lo aplastó con el tacón de su zapato. Encendió otro. Sus manos estaban más seguras y su mente más despejada.

Podría alejarse de Rubensohn, en este mismo instante; volver a la ciudad y coger el avión de las dos de la tarde del día siguiente para Singapur y esperar que, entretanto, la Policía no le cogiera. Pero, probablemente le cogerían, le meterían en una celda y le «trabajarían» con sus bastones de ratén en la forma despiadada y cruel que conocen los asiáticos, hasta matarle o arrancarle una confesión; después de lo cual le matarían de todas maneras.

No, esto no conducía a ninguna parte. Pero quizá fuera ventajoso continuar con Rubensohn. Si podía mostrarse alegre y volver rápidamente al barco y decirle a Rubensohn que Raka continuaba roncando en su camino a casa, Rubensohn le creería, porque así lo había planeado, ¿y entonces…? Entonces haría el trabajo por el cual se le pagaría. Y vigilaría y estudiaría la situación hasta que un día tuviera a Rubensohn donde deseaba: al otro extremo del cañón de una pistola mientras gimoteaba y se arrastraba pidiéndole misericordia. Cogería a Lisette y el dinero y le recordaría a Raka entregándole el pequeño mechero como obsequio.

Sabía que la idea era difícil de llevar a cabo. Pero le daría algo en qué trabajar y algo por qué luchar (lo que es primordial para un celta de pura sangre).

Fumó el resto del cigarrillo lentamente y ya calmado. Luego se arregló el nudo de la corbata, se alisó la americana y con paso vivo se dirigió al *Corsair*, silbando la marcha de Brianna-Kopple, que era el mejor luchador de Kerry de los Reyes.

Encontró a Rubensohn paseándose por cubierta, con un cigarro apretado en sus labios femeninos y rojos y sus manos entrelazadas a la espalda, en la misma actitud pensativa de Napoleón. McCreary se acercó a él y Rubensohn le interrogó ávidamente.

—Ha vuelto antes de lo que esperaba. ¿Tuvo algún problema con Raka?

—Ninguno. Le metí dentro de un *betjak* y le pagué al conductor para que le paseara hasta que volviera en sí. Le dije que recibiría una paliza si le dejaba en casa antes de que presentara un aspecto respetable.

Rubensohn balbuceó sin dejar de morder el cigarro y rompió a reír en su tono agudo y desagradable.

—¡Magnífico, McCreary! Cuando despierte ya estaremos saliendo del canal y enfilaremos proa a Oriente.

—Espero que estemos mucho más distantes que eso —dijo McCreary. La ironía no fue captada por Rubensohn quien había acelerado sus pasos y con cabeza adelantada parecía embestir hacia una nueva conquista. Se sacó el cigarro de la boca y lo lanzó por la borda.

—McCreary, nos esperan grandes posibilidades, mucho mayores de las que jamás haya soñado. ¿Sabe por qué estoy aquí, en estas aguas fétidas del extremo más perdido del mundo? ¿Por dinero? Estoy ahogado en él. Desde ahora hasta el día de mi muerte podría tener lo mejor sin trabajar un minuto más. Pero un hombre necesita más que eso. Necesita desafiarse a sí mismo, satisfacer la urgencia de ejercitar el poder que existe dentro de uno. Y aquí… —hizo un gesto amplio y teatral con un brazo—, aquí, en este mar de las tres mil islas, está uno de los pocos lugares del mundo en que puedo lograrlo. Aquí llegó la riqueza europea por intermedio de los portugueses, los holandeses y los británicos. Pero ahora Europa está en decadencia, ahogada en el legalismo, la diplomacia y los controles que los hombres se imponen a sí mismos como una ilusión de seguridad. ¿Sabe qué soy yo, McCreary?

—He estado buscando la palabra adecuada —dijo McCreary en voz baja.

—Entonces yo se la diré. Soy un aventurero un corsario; lo más semejante a los antiguos príncipes comerciantes que alquilaban sus mercenarios y cebaban sus propios cañones y acosaban los puertos del mundo bajo sus propias banderas. Estas islas y quizá la América del Sur son los únicos lugares en la Tierra donde un hombre como yo puede respirar y construir su propio imperio con su cerebro, valor y dinero. ¿Puede comprender esto?

—Me parece que sí. Se necesita tiempo para lograrlo.

Rubensohn lanzó su risa chillona, como un relincho.

—Tendrá tiempo, McCreary. Le mostraré cosas que reducen a un tamaño ínfimo las mil y una noches de Harún al Rashid. Le haré conocer un príncipe cuyos ríos son de joyas, que come en platos de oro y mantiene a quinientas mujeres para su propio placer. Le mostraré las rutas de esclavos donde las bellezas del mundo llegan para su venta. Le enseñaré a multiplicar el dinero como en el sueño de un jugador…

Se detuvo e interrumpió su discurso, como embriagado por su propia elocuencia. La luz del puente de mando le daba en pleno rostro y cuando McCreary le observó, vio los ojos muy brillantes de un visionario y la boca cruel y torcida de un califa. El hombre creía en cada palabra que estaba diciendo y McCreary estaba a punto de caer en lo mismo.

Entonces, abruptamente, pasó el momento de exaltación y Rubensohn volvió a ser el mismo de siempre, el hombre de negocios, de mirada dura y astuta, instruyendo a sus empleados.

—McCreary, no tiene más que cavar un pozo. Cávelo rápido y jamás se arrepentirá. En las bodegas va todo el equipo. Puede comenzar a trabajar al día siguiente de nuestra llegada.

—¿Y dónde será esto?

—Se lo mostraré en el mapa en tres días más.

—No confía mucho en sus hombres, ¿verdad? —dijo McCreary.

—En asuntos de mujeres y de dinero, no confío en nadie.

—¿Espera que sus hombres confíen en usted?

McCreary no estaba dispuesto a dejarse aplastar por este Napoleón de juguete.

La respuesta de Rubensohn llegó fría como la hoja de un cuchillo.

—Me importa un pepino que confíen en mí o no, McCreary. Espero que den el mismo valor que reciben. Si no lo hacen, se lo arranco de la piel… ahora o diez años después. Mi memoria es excelente. ¿Ha quedado suficientemente claro?

—Por cierto —dijo McCreary sin inmutarse—. Bastante claro. Sólo que soy un novato aquí. Me gusta conocer las reglas. No ando en busca de líos, pero no me gusta sentir que otros me los busquen a mí.

Rubensohn alzó los hombros y se alejó. La discusión estaba próxima. El tema era trivial. Ya no se interesaba en él. McCreary tragó su furia y se quedó apoyado contra la barandilla observando el escaso movimiento en el muelle a estas horas.

Observó que el personal retiraba las mangueras y se alejaba. Vio las pequeñas figuras morenas junto a las amarras para soltarlas. Vio subir a bordo al piloto; un javanés bajito y compacto que se parecía extrañamente al capitán Raka. Vio que retiraban la pasarela y los hombres de cubierta esperaban las órdenes junto al oficial de guardia.

Sintió un ligero estremecimiento al ponerse en marcha los motores, escuchó las notas agudas del silbato del contramaestre y el agitamiento de las aguas al ponerse en movimiento las hélices.

Y muy pronto estuvieron adentrándose lenta y precavidamente en el canal, más allá de los oscuros esqueletos de las trampas para peces, más allá de las luces bamboleantes de los faros, enfilando proa hacia Oriente donde nacía la luna, hacia una isla sin nombre en un mar sin nombre.

La atmósfera estaba tan pesada como una nube de incienso, pero McCreary se sintió súbitamente desnudo y con frío. Y cuando un marino pasó caminando descalzo y silencioso por su lado, fue como si alguien hubiera caminado sobre su propia tumba.

IV

El cielo tenía un color azul deslumbrante; el mar era como un espejo, roto sólo por la estela dejada al paso del barco. Java había quedado muy al Sur ahora, cercana al noveno paralelo. A babor se divisaba un cúmulo de islas borrosas por la cálida bruma. Sus nombres eran un misterio exótico: Pulau-Pulau, Kemudján y el alto picacho que se destacaba sobre las aguas se llamaba Karimunjawa. Con los binoculares podía verse la frondosidad verde y plumosa de su vegetación, la franja dorada que era la playa y las formas pequeñas de avecillas que eran los botes de los isleños.

Se dirigían directamente hacia Oriente por el paralelo seis, hacia los estrechos de Makassar y el extremo sur de las Célebes. El golpeteo firme y continuo de los motores no se interrumpía jamás y los días constituían una monotonía brillante, pero lánguida. Se había extendido una lona sobre la cubierta de popa y bajo ella se dispuso una piscina del mismo material.

McCreary y Lisette pasaron gran parte del primer día tendidos en sus toallas bajo la protección de la lona, cubiertos sólo con sus bañadores; pero Rubensohn no se movió de su silla playera, inmaculado con su camisa de seda y pantalones de lino, como temeroso o avergonzado de exponer al sol su piel blanca de gusano. Un camarero chino servía continuamente cerveza fría y Arturo, al no estar en servicio, llegaba también a reunirse al grupo bajo la lona con su bañador.

Estudió con franca admiración el cuerpo perfecto y esbelto de Lisette y al comienzo intentó impresionarla con sus cumplidos latinos. Pero cuando sintió los ojos fríos de Rubensohn clavados en él, se ruborizó y continuó charlando en forma vaga y confusa. Lisette se mantenía fría y compuesta y McCreary estaba consciente de la secreta animosidad que se escondía en ella por su infantil cortejador y por el propio Rubensohn.

Desde el breve intermedio de la noche anterior, no habían tenido un momento de intimidad o de contacto. Incluso mientras nadaban juntos en la piscina, la mirada de Rubensohn les perseguía y al estar tendidos bajo la lona protectora, Rubensohn dominaba la conversación, entrometiéndose e interrumpiendo cada tema que era incapaz de compartir y anulando cada incidencia con una historia propia. La grosería de este hombre irritaba a McCreary, pero rápidamente aprendió a controlarse. Deseaba mantener a Rubensohn feliz y sin que sospechara nada. También necesitaba a Lisette, pero sabía que la tendría una vez llegado el momento oportuno.

Entretanto, se dedicó abiertamente a las relaciones diplomáticas con los oficiales italianos: el joven Arturo, de ojos brillantes y cándidos y anteponiendo su orgullo a todo; Agnello, el florentino de rostro anguloso encargado de los motores, un individuo triste que se paseaba por cubierta para tomar aire con un trozo de tela de

algodón en sus manos y el mono manchado de aceite y de sudor; Guido, el pequeño y compacto napolitano de ojos chispeantes y rostro moreno de árabe.

Guido era el oficial de comunicaciones y McCreary se esforzó especialmente en él, sufriendo con paciencia sus primeras historias de subido color y agregando una o dos de su propia cosecha. Guido experimentaba todo el sabor napolitano por las intrigas lascivas y McCreary proyectaba sus ideas al día en que podría desear hacer una visita a la cabina de comunicaciones del *Corsair*.

Con Alfieri, el primer oficial, tuvo menos éxito. Alfieri era un veneciano alto, enjuto, que gobernaba el barco con fría eficiencia y se mantenía al lado de los deseos de Rubensohn y Lisette. McCreary le catalogó como un individuo ambicioso que se abriría camino en el mundo sin importarle mucho los rostros que aplastaría en su camino de ascenso.

El propio Janzoon hacía todo lo que podía por anular la brecha existente entre ambos. En la tarde del primer día, se disculpó balbuceante y luego llevó a McCreary al puente de mando para enseñarle a *grosso modo* el manejo del instrumental. Luego le condujo hasta su propia cabina y le sirvió un *whisky* doble con soda.

—Me parece que ahora comienza a comprender cómo marchan las cosas aquí, ¿eh?

McCreary se encogió de hombros y le sonrió por encima del borde del vaso.

—Estoy aprendiendo, un poco aquí y otro poco allá. ¿Comprende?

—Sí que comprendo —dijo Janzoon—. Está entendiendo que el gran hombre sigue su propio camino y le importa un pepino el resto. Está aprendiendo que siente celos de su orgullo y de esa muchacha. Fuera de esto, ¿qué otra cosa le importa?

—Yo diría que nada más.

—¡Exacto! —dijo Janzoon con su vozarrón grueso y categórico—. Entonces cumpla con su deber por el cual se le paga y el resto se hace a un lado simplemente, ¿eh?

McCreary hizo una mueca con la boca.

—Janzoon, jamás he sido buen comerciante. De otra forma sería mucho más rico que ahora. Mi bisabuelo era un ladrón de caballos en Kerry, pero, parece que el talento desapareció antes de llegar a mí.

Con un gesto de su mano, Janzoon cambió de tema.

—No se requiere talento, sólo saber cómo actuar. Mire, se lo demostraré.

Se puso de pie y abrió un armario tras la silla de McCreary. De la parte superior extrajo una media docena de fajos de billetes y los blandió ante la nariz de McCreary.

—¿Sabe qué es esto?

—Dinero —dijo McCreary—. Puedo olerlo.

—¡Papel! —dijo Janzoon con desprecio—, a no ser que se sepa dónde gastarlo. Son rupias de Indonesia. En Singapur no alcanzarían para comprar un vaso de cerveza. En Londres sería mejor usarlas para limpiarse el trasero. Pero allí, en las Islas, se puede comprar oro y jade con ellas si se sabe dónde buscar; y también se

pueden conseguir diamantes arrastrados por los ríos desde el interior de las islas. Y estos objetos se pueden vender por dólares firmes y seguros o por francos suizos. ¿Comprende ahora?

—Seguro —dijo McCreary—. Pero no veo para qué necesita un socio. Además, mi trabajo con Rubensohn no durará mucho. Después de lo cual me largo.

Janzoon se inclinó hacia delante, bajó el tono de su voz hasta convertirlo en un susurro confidencial y con un dedo musculoso tocó la rodilla de McCreary.

—¿Por qué otra razón podría revelarle las oportunidades y el mercado que aquí existen si no fuera para demostrarle que debe quedarse?

—Eso depende de Rubensohn, ¿no es verdad?

—Depende de usted —dijo Janzoon—. Rubensohn necesita hombres. No lo dice, pero es así. Si comprende que usted juega en su propio estilo, que mantiene la lengua inmóvil y las manos fuera de la chica, no hay nada a lo cual no pueda llegar.

Se irguió nuevamente y esta vez extrajo del armario una bolsa de piel de camello más grande que su puño y esparció el contenido sobre la mesa. McCreary vio una miscelánea de piedras, cortadas y en bruto, que lanzaban reflejos a la luz del sol que penetraba por el ojo de buey. Janzoon las tomó en sus manos y las dejó resbalar lentamente sobre la mesa.

—Dos bolsas más como ésta, McCreary, en un solo viaje. Cien por ciento de ganancia hecha regateando en los bazares y recortando el porcentaje en los mercados de monedas.

—¿Para qué compartirlo entonces?

Janzoon respondió a la pregunta como si ya hubiera estado preparado para que se la hiciera; al menos esto fue lo que pensó McCreary. Dijo rápidamente:

—Porque dos hombres pueden hacer tres o cuatro veces más que uno. Es cuestión de tiempo, ¿comprende? Yo soy el capitán de una nave. El tiempo del cual dispongo en los puertos para mis negocios privados es la mitad del que dispone un oficial o un marino. Con alguien como usted, libre de moverse de un lado para otro para establecer toda clase de contactos, podríamos hacer grandes negocios, realmente grandes.

McCreary sonrió y se sirvió otra medida del *whisky* del capitán.

—Me gusta la idea, Janzoon, pero no sé cómo voy a tener el tiempo necesario para dedicarme al comercio cuando se supone que debo dedicarme a la extracción de petróleo.

—El petróleo es para seis semanas, dos meses, tres. Debe pensar en lo que pueda venir después.

—Haré eso —dijo McCreary—. Pensaré en ello cuidadosamente. Y gracias por el dato.

—No es nada —dijo Janzoon—. Le ayudaré para que usted me ayude a mí. ¡Salud!

—¡Por los irlandeses!

Bebieron juntos como un par de conspiradores y McCreary salió al sol abrasador de la cubierta con dos nuevas ideas que le zumbaban en el cerebro. La primera era que Rubensohn estaba tratando de comprarle a través de Janzoon y transformarle en miembro permanente del club. En ambos hombres era antinatural y fuera de sus caracteres el ofrecer dinero y riquezas fáciles de conseguir.

La segunda idea, y la más importante, era que el asunto del petróleo tendría una duración breve… seis semanas, dos meses, tres. Esto, en sí, era objeto de sospechas. El petróleo no se llevaba en esta forma. El negocio del petróleo era en grande y pedía un cierto desarrollo. Después del primer pozo se intentaba cavar otros más. Se pensaba en términos de oleoductos y extenderse a nuevas zonas con instalaciones de almacenaje. Se pensaba en términos de contratos con barcos cisterna, derechos de desembarco en puertos y protección política e inversiones de capital. El petróleo era un negocio para toda la vida, incluso para aquellos que jamás habían proyectado algo en sus vidas más allá del día siguiente. Sin embargo, aquí se hablaba de cavar un pozo en un par de meses y luego dedicarse al comercio de piedras y monedas en los bazares de los puertos. Nada de esto tenía sentido. ¿O lo tenía? Algunos hombres debían sus fortunas al petróleo sin que antes hubieran visto más de una lata de gasolina. Otros habían terminado en callejones oscuros con una bala en la cabeza.

Otros habían adquirido una colección de arte y una larga lista de presidencias en diferentes firmas. Era cuestión de suerte, buen juicio y una conciencia flexible.

Se apoyó en la barandilla y estuvo largo tiempo mirando el hipnotizador remolino de agua y espuma que se formaba en los flancos del *Corsair*. Pensó que de cierta forma se le estaba adulando.

Era un irlandés tozudo, invadido de las ansias de viajar y amante de la vida fácil y sin preocupaciones. Pero no se le compraría por un puñado de billetes y pensó que podía ver un agujero en el muro tan claro como el próximo hombre.

Pensó también que comprendía por qué había muerto el capitán Raka.

Tiró la colilla del cigarrillo por la borda y observó cómo caía y desaparecía en las aguas verdosas.

Luego se dirigió lentamente a popa para reunirse con Rubensohn y Lisette bajo la lona.

Para sorpresa suya, encontró que Lisette estaba sola, sentada en una silla playera y ojeando una revista.

Sus ojos quedaban ocultos por unas gafas oscuras muy a la moda. Se sentó en la silla vecina y dijo en voz baja:

—¿Dónde está Rubensohn?

Sin apartar la mirada de la revista, ella dijo:

—Fue a su camarote. No soportó el calor y dijo que descansaría hasta la hora de cenar.

—Bien. Entonces podremos charlar un rato.

—No demasiado. Bajará dentro de poco.

—¡Escucha! —Su voz tuvo un tono urgente y furioso—. Ya hemos estudiado esta parte, ¿recuerdas? Me conozco las palabras de memoria. Éste es un nuevo acto… otro escenario, otra época, nuevas complicaciones. Y tú estás en ello, lo quieras o no.

—Ya te lo he dicho antes, McCreary. No me interesa. Me niego a verme envuelta en ello y ya he dado mis razones.

—Eso es suicidio —dijo McCreary suavemente.

Podría haberle dicho la hora y la reacción habría sido la misma. Con toda calma, ella dio vuelta a otra página de la revista y continuó observando las fotografías y los títulos. Sus pequeñas manos sostenían con firmeza el lustroso papel. Dijo simplemente:

—Sea lo que sea, no me importa.

—¡Escucha, Lisette! Anoche…

—Es mejor olvidar lo de anoche.

—Me dijiste que era un tonto y…

—¿Y ahora lo has descubierto? Entonces, por favor no me hagas tomar parte en tu locura. Ahora bien, McCreary, ¿te marchas o me voy yo?

—Yo me marcho. —Se alzó de la silla y estuvo unos instantes observándola—. Lisette, has sufrido mucho y temes perder lo poco a lo cual te aferras con desesperación. Pero aún te queda mucho por sufrir y descubrirás que Rubensohn no te ayudará. Te tirará a los tiburones y observará mientras te comen. Cuando llegue el momento recordarás mis palabras. Quiero ayudarte, pero no puedo hacerlo, a no ser que tú me ayudes también.

Entonces, por primera vez, se quitó las gafas de sol. Le miró prolongadamente y meneó la cabeza con lentitud.

—Nadie puede ayudarte, McCreary. Tampoco nadie puede ayudarme a mí. La única diferencia que existe entre nosotros es que yo lo sé y tú aún no. Ahora, déjame sola, por favor.

Se volvió y se alejó maldiciendo en voz baja. Ella le observó mientras caminaba por la cubierta y luego ascendía los escalones que le llevaban a la cabina de comunicaciones.

Entonces, la revista resbaló de sus manos y se quedó sentada largo rato, inmóvil y con la mirada fija, mientras un temor frío se apoderaba de ella.

Guido, el operador de radio, estaba reclinado en su silla en espera del boletín informativo de Singapur transmitido en inglés. Cuando McCreary introdujo la cabeza en la cabina, alzó la vista y su rostro atezado se abrió en una amplia sonrisa de acogida.

—¡Entre, *amico*! ¡Entre! *S’accomodi*. Por favor, acomódese. ¿Desea un trago?

—Me gustaría uno, Guido. —McCreary se sentó en la litera mientras Guido abría una botella de cerveza y le servía la bebida espumosa en el vaso de dientes—. ¿Estás seguro de no estar ocupado?

—¿Ocupado? —Guido hizo un gesto de ópera y cogió otra botella de cerveza—. Nada importante… el boletín inglés desde Singapur. Después, nada hasta los informes meteorológicos a las siete y su confirmación a las once. A no ser que alguien desee enviar un cable o llamar por teléfono a su chica.

—Yo no —dijo McCreary—. He dejado a un lado a las mujeres. ¡*Salute*, Guido!

—¿Qué ha hecho? —La botella de cerveza de Guido quedó a mitad de camino de su boca—. ¿Ha dejado a un lado a las mujeres? Imposible. No es natural. Yo lo he intentado. No se puede hacer. La única forma en que puedo ahorrar energías es en alta mar. Incluso entonces tengo que acordarme que aún soy un hombre. ¡Mire!

McCreary giró en su asiento para admirar la doble fila de llamativas actrices de cine fijadas en el mamparo a los pies de la litera.

—¿Le gustan?

—Al menos así presentan pocos problemas —dijo McCreary.

—Pocos problemas, es verdad, pero también poco placer. *Non é vero*?

McCreary rió. Después de su disputa con Lisette, la charla cómica de este pequeño napolitano era un cambio refrescante.

Guido inclinó la cabeza de costado y le observó como un papagayo curioso. Luego indicó con el pulgar hacia la cubierta de popa.

—Hablando de mujeres, *amico*, esta que tenemos aquí… ¿Qué piensa de ella?

—Es un témpano —dijo McCreary.

Guido asintió vigorosamente y restregó el pulgar contra el índice en el familiar gesto napolitano que significa «dinero».

—Eso es lo único que puede sacarla de su frialdad, *amico*. Por eso no sirven para personas como usted o como yo que les gusta vivir honradamente sin tener que pagar por cada beso y cada caricia. Una vez había una chica en Reggio…

—Quizá… —dijo McCreary apresuradamente—, ¿no debiéramos escuchar las noticias de Singapur?

—Es verdad. ¿Le gustaría escucharlas también?

—Sí, me gustaría.

Guido pulsó el conmutador y al cabo de unos momentos se escuchó la voz apagada del locutor:

—… y no se ha informado de otras demostraciones estudiantiles. Un último mensaje de nuestro corresponsal en Yakarta informa que las autoridades policiales indonesias buscan a un hombre, anteriormente empleado de una firma petrolera, Michael Aloysius McCreary, en relación con el asesinato del oficial del Departamento de Policía de Yakarta. McCreary, quien debía cumplir una orden de extradición por un acto de violencia en la región de Pekanbaru, ha desaparecido. Se mantiene vigilancia constante en el aeropuerto y en el muelle, por si McCreary tratara de abandonar el país…

McCreary estiró la mano y cortó el comunicado.

Guido estudió a McCreary y con mirada brillante y astuta. Dijo:

—Hablaba de usted, ¿verdad?

—De mí, Guido.

—Mató a un policía, ¿eh? ¡Es grave! —Interiormente, la mitad de los napolitanos son bandidos, y los ojos de Guido se agrandaron de admiración—. ¿Qué sucedió, *amico*? ¿Le robó su chica? ¿Le…?

—Yo no le maté, Guido.

Guido le golpeó paternalmente en el hombro.

—Lo que usted diga, *Compar'*. Es asunto suyo, no mío. Puede confiar en Guido.

McCreary giró sobre sí mismo para enfrentarle.

—¿Puedo hacerlo? Bien. ¿Puedo confiar en que no digas una palabra de lo escuchado durante un par de días?

—¿Confiar en mí? *Senz'altro*[8]! Lo juraría sobre el cadáver de mi madre, si supiera quién fue.

—Confiaré en tu palabra, Guido —dijo McCreary, sonriendo ampliamente—. Pero tengo que decirte que yo no le maté.

Se puso de pie y se golpeó la palma de una mano con el puño cerrado de la otra. Ya estaba metido en el baile. Su nombre había sido transmitido a cada Jefatura de Policía de Occidente como el hombre que había apretado el gatillo. Le gustara o no, formaba parte del Club de los Fuera de la Ley. Había llegado la hora de aprender las reglas del juego y comenzar a aplicarlas… con energía.

V

En la mañana del tercer día, Rubensohn convocó a McCreary en su habitación. El capitán Janzoon estaba allí con Lisette, y la figura chata de Rubensohn se encontraba inclinada sobre un mapa extendido en una mesa.

Alzaron la vista cuando entró, con su aspecto tranquilo y su figura enjuta y la sonrisa torcida y los ojos brillantes y astutos. Rubensohn le recibió cálidamente y le indicó el mapa:

—El gran día, McCreary. Ha llegado el día de las revelaciones. Acérquese y observe.

Los tres se inclinaron sobre el mapa y el corto dedo de Rubensohn trazó el último recorrido del viaje.

—Aquí estamos ahora. Al norte de Sulawesi. Sumbawa está bastante al Sur. Hacia delante… esta isla prolongada… es Selajar, la puerta por donde se penetra en el mar de Banda. El capitán Janzoon me dice que pasaremos junto a su extremo Sur en la medianoche de hoy. Desde allí… —Su dedo se desvió ligeramente hacia el Norte y trazó una línea que sobrepasó el cúmulo de islas al sur de Sulawesi y se detuvo casi en el centro mismo del mar de Banda. Rodeó la zona con un círculo dibujado a lápiz y McCreary vio que se trataba de un pequeño archipiélago en cuyo centro yacía una isla de regular tamaño. Se esforzó por leer las pequeñísimas letras del cartógrafo, pero Rubensohn se adelantó con el nombre—… avanzaremos hasta nuestro destino… la isla de Karang Sharo.

—Está muy apartada de cualquier lugar —dijo McCreary.

—Una ventaja que no he pasado por alto —dijo Rubensohn—. Técnicamente, la isla es territorio indonesio. Para todos los objetivos prácticos está controlado por un sultanato hereditario cuyo poder es absoluto en Karang Sharo y las islas vecinas.

—¿Y aquí efectuaron el reconocimiento de tierras petrolíferas?

—Exactamente.

—¿Y cómo se enteró de la existencia de petróleo en esa zona?

Rubensohn respondió sin vacilar.

—Debo esa información al capitán Janzoon, aquí presente. Hacia 1930, la isla estaba señalada como un lugar promisorio por la «Bataafse Petroleum Maatschappij», pero con la guerra y la posterior restricción de sus franquicias por parte de la República Indonésica, no se adelantó nada más. El informe fue apartado y olvidado. Cuando Janzoon me lo trajo a la memoria, entablé conversaciones con el sultán, me aseguré un permiso para efectuar un reconocimiento y, más tarde, logré obtener una concesión de explotación extendida por el Gobierno de Yakarta, en términos muy favorables.

—Ésa es la parte que me interesa —dijo McCreary humildemente—. ¿Cómo la consiguió? Recuerde, soy una persona dedicada al negocio del petróleo y conozco las dificultades para conseguir una concesión; incluso es difícil para las grandes firmas.

La boca encarnada de Rubensohn se torció en una sonrisa oblicua y sus ojos se agudizaron con interés.

—Un asunto de influencia, McCreary. Amigos en la Corte, ¿comprende?

—Seguro —dijo McCreary suavemente—. En todo caso, fue una pregunta estúpida. A propósito, ¿cómo es la bahía de este lugar?

Rubensohn le observaba ahora, alerta y suspicaz.

—¿A qué viene esa pregunta?

McCreary se encogió de hombros.

—Estaba pensando en el futuro: las instalaciones en la playa, el almacenaje de los depósitos, lugar de anclaje para los barcos cisterna. Una cosa es bombear el petróleo y sacarlo de la tierra, pero aún queda el hecho de llevarlo al mercado. En un lugar como ése… en el extremo más apartado del mundo, es un proyecto de gran desarrollo.

Rubensohn frunció el entrecejo y dijo tensamente:

—Ése no es asunto que deba preocuparle a usted o a mí. Nuestro trabajo es sacar el petróleo.

—Entonces lo venderá a un intermediario, ¿eh?

—Es usted un tipo listo —dijo Rubensohn en tono suave—. De hecho, muy listo. Parece que hemos escogido al hombre adecuado, ¿eh, Janzoon?

Janzoon rió asmáticamente y golpeó afectuosamente a McCreary en la espalda.

—Se lo dije la primera vez que le conocí, ¿verdad, Rubensohn? Un tipo listo, inteligente, de visión.

—Me gusta saber dónde me dirijo —dijo McCreary—. ¿Quién es el comprador, Rubensohn? Obviamente, tendrá uno, de otra forma no se habría tomado todas estas molestias.

Rubensohn ya no sonreía. Su boca formaba una línea delgada. Sus ojos no expresaban nada y estaban recubiertos de una película como los de las aves. Su voz de murciélago chilló furiosa.

—Eso es asunto mío, McCreary.

—¡No! —La palabra sonó como el restallido de un látigo—. También es mío, Rubensohn. Deseo saberlo.

Rubensohn y McCreary se enfrentaron, tensos y graves, por sobre la mesa. Finalmente, Rubensohn habló. Midió las palabras cuidadosamente, con deliberación, como quien deposita las fichas sobre el tapete de juego.

—Usted es un taladrador, McCreary. Se le paga para cavar agujeros en el suelo. El control de cualquier empresa pertenece a los financiadores y a los directores. Si tiene cualquier otra idea me gustaría conocerla ahora.

—Muy justo, Rubensohn. Se lo diré. Usted me empleó como taladrador. Yo hago el trabajo y usted deja el dinero en mi cuenta y no hay preguntas. Eso está muy bien. Pero me ha metido en otros asuntos sin preguntármelo. Me parece que necesito otro contrato.

—No comprendo qué quiere decir.

—¿Quiere oírlo ahora —preguntó McCreary gentilmente—, o prefiere que hablemos en privado?

—Quiero oírlo ahora, aquí mismo.

—Bien. El hombre que negoció su concesión en Yakarta fue el capitán Raka. No sé cuáles documentos le habrá conseguido. No sé si serán verdaderos o falsos, pero me imagino que bastarán para que pueda obtener la firma del contrato de los compradores y luego largarse. Raka trató de subir el precio y usted le envenenó. Yo le saqué del barco y murió en mis brazos. Le abandoné bajo una higuera a una milla del muelle. Por último, mi nombre se ha transmitido en la Radio de Singapur como probable sospechoso de su muerte. Eso no me gusta. No me gusta que me apunten estando indefenso. Creo que debiera romper mi anterior contrato y redactar uno nuevo.

Los ojos de Rubensohn no se apartaron del rostro de McCreary.

—¡Lisette, fuera! Espera en la cubierta hasta que te llame.

Lisette salió rápidamente. McCreary le abrió la puerta y la cerró a sus espaldas. Al volverse vio que Rubensohn sostenía un arma en su mano. El cañón le apuntaba con su ojo negro directamente al corazón.

—Ahora está siendo apuntado por un arma, McCreary. La muerte está muy cerca. ¿Tiene algo más que decir?

McCreary sonrió.

—Guarde su arma y hablemos de negocios. Cometió un error, Rubensohn. ¿Por qué no lo admite y comenzamos otra vez?

—¿Y si no lo hago?

—Entonces, probablemente me volará la tapa de los sesos. Pero —señaló el mapa—, tendrá que recorrer un camino muy largo para buscarse otro hombre.

Janzoon se enjugó el rostro con el pañuelo y dijo con voz gruesa:

—Tiene razón, Rubensohn. Le necesitamos, si no queremos cambiar todos nuestros proyectos. ¿Qué perdemos con hablar?

Lentamente, Rubensohn dejó el revólver sobre la mesa y se sentó en una silla. Luego Janzoon también se sentó y por último lo hizo McCreary. Se reclinaron en los respaldos con las manos apoyadas sobre la mesa, cada uno en espera del que abriera las apuestas. Fue Janzoon el primero en hablar. Su voz cascada sonaba temblorosa y confundida.

—Quizá McCreary desea establecernos sus términos. Luego podremos partir de allí.

—¿Bien, McCreary? —dijo Rubensohn.

—En primer lugar, deseo una información completa del proyecto, revisar todos los documentos de concesión, la correspondencia y los cables. A partir de ahora, podrán suponer que no trabajaré en tinieblas. Luego, quiero una participación en la compañía o en la sociedad que exista al momento para controlar la concesión y sus trabajos.

—¿Cuánto? —preguntó Rubensohn.

—¿Cuál es la participación de Janzoon?

—El veinte por ciento.

—Quiero el treinta. Y eso aún le deja en el control de todo, Rubensohn.

—¿Algo más?

—Sí. Intervendré en todas las negociaciones de venta y cogeré mi parte por pago directo de los compradores.

—¿Y cómo espera hacer cumplir sus derechos?

—Es muy simple. Si usted no está de acuerdo, no obtiene el petróleo. Si más tarde no cumple, le contaré a los compradores una pequeña historia sobre un policía que fue sobornado y después asesinado. Quizá no me crean al comienzo, pero probablemente tomarán la precaución de comprobarlo más tarde en el departamento judicial de Yakarta. Entonces, se encontrará con que no tiene nada que vender. Me imagino que no desea que suceda esto, ¿verdad?

—Se olvida de un detalle. Usted está fuera de la ley. Se le busca por asesinato.

—Y a usted también —dijo McCreary—, sólo que se tardará un poco más en probarlo.

—¡Es demasiado! —explotó Janzoon en un ataque de furia gutural—. Llega el último, sin más posesión que una amenaza y desea obtener más que yo… la persona que…

—¡Cállese, Janzoon! —le interrumpió la voz perentoria de Rubensohn—. McCreary es un buen negociante. Comprende que siempre hay que apuntar más alto. Digamos el veinte por ciento, McCreary, y cerramos el trato.

—El veinticinco y me olvidaré del cruel daño que ha sufrido mi reputación.

—¡No! —Janzoon adelantó su cabeza rapada por sobre la mesa.

—Trato hecho —dijo Rubensohn—. Es mi parte, Janzoon, no la suya.

Janzoon se replegó en hosco silencio.

—¿Traigo los informes y documentos?

Rubensohn asintió.

—Le daré una cartera llena de ellos. Puede revisarlos en su tiempo libre.

—¿Y dejaremos constancia por escrito?

—Sí, antes de tocar tierra en Karang Sharo. ¿Algo más?

—No, creo que eso es todo.

—Bien —dijo Rubensohn apresuradamente—. Ahora podremos entrar a discutir lo que nos trajo aquí, en primer lugar: lo que sucederá cuando apenas lleguemos a la isla.

Y mientras Rubensohn continuaba exponiendo la próxima operación, McCreary escuchó sólo a medias. El resto de su atención estaba absorbida por una pregunta curiosa e inquietante: ¿por qué Rubensohn había cedido una fortuna al hombre que podía destruirle? Rubensohn no había pronunciado ninguna amenaza. Ni siquiera intentó un regateo. Esta fácil capitulación no correspondía a su carácter.

La inferencia era evidente. Rubensohn estaba jugando con el tiempo, simplemente. Adulaba a McCreary y le preparaba para el momento de tener que matarle cuando ya no le necesitara. Pero, exactamente, ¿cuándo y cómo…?

Incluso Janzoon pareció comprenderlo en un momento dado. Durante el resto de la sesión, se dedicó a estudiar su barba y no dirigió más la palabra a McCreary.

Rubensohn, por otra parte, tenía mucho que decir. Su exposición fue tajante, concisa y precisa, y McCreary no pudo dejar de admirarle por su fría apreciación y su estrategia imaginativa.

—En primer lugar, hemos obtenido nuestra concesión por intermedio del Gobierno indonesio. Tal como señaló McCreary astutamente, éste es un documento dudoso arrancado a un oficial cuyo oscuro expediente estaba en manos del capitán Raka. Sin embargo, es bastante genuino, a pesar de que sospecho que el ministro de justicia nada sabe de su existencia y el hombre que lo redactó será feliz al olvidarse del asunto durante un tiempo y aplazarlo cuando llegue el momento de ponerlo en cuestión; y entonces, ya tendremos los beneficios en las manos y podremos dejar el problema legal a nuestros sucesores. Nuestro problema inmediato lo constituye el sultán de Karang Sharo. Como ya les advirtiera, su autoridad es absoluta en su propio territorio. Los oficiales de Yakarta no podrían controlarle incluso si lo intentaran. Y por ahora tienen suficiente trabajo con los rebeldes de Sulawesi como para mantenerles ocupados durante diez años.

»Cuando visité la isla por primera vez, el sultán estaba muy bien dispuesto. Nos otorgaría una concesión por un determinado precio y contaríamos con la mano de obra necesaria para llevar a cabo los trabajos. Considerando el valor de la concesión, el precio es despreciable e infantil: joyas, aparatos de radio, todo tipo de novedades europeas, incluso un pequeño automóvil, aun cuando prácticamente no existan caminos en la isla donde pueda usarlo. El punto más importante es que se trata de un déspota primitivo. Se le debe tratar con toda ceremoniosidad. Debemos llegar como extranjeros que rinden tributo al hombre cuyo título (y esto les divertirá) es “Ombligo del Universo”. Eso es lo que haremos y en la mejor forma posible. Le recibiremos a bordo y seremos recibidos en su palacio. Luego, después de esta introducción, esperamos poder sacarle un documento con el sello de palacio que nos garantice una concesión en su propio nombre. Después, si tenemos suerte, podremos comenzar a trabajar.

—¿Cuánto espera que duren los preliminares?

Rubensohn se encogió de hombros dubitativamente.

—Uno o dos días, máximo. Después se puede comenzar a descargar y establecer un campamento permanente de trabajo. A propósito, entre los documentos que le entregaré, hay una lista completa del equipo y los suministros. Puede revisarla cuando disponga de tiempo. Yo mismo la hice con la ayuda de expertos y creo que no encontrará nada a faltar.

—Estoy seguro que así será —dijo McCreary, y en realidad lo decía como un cumplido—. Bien, entonces comencemos a trabajar y esperemos obtener petróleo. ¿Cuándo llegará el comprador y desde dónde?

—El comprador es Scott Morrison. ¿Le conoce?

McCreary emitió un silbido. Scott Morrison era un nombre importante en los negocios independientes de petróleo. Era un especulador que intervenía en las operaciones de los pequeños concesionarios, siempre dispuesto en el momento oportuno a entrar a formar parte de un equipo que estaba corto de capital, pero que prometía mucho. Compraba en el mismo terreno, efectuaba las instalaciones, hacía subir el mercado y luego se retiraba con un triple beneficio y ningún riesgo fuera de la inversión original. Y las posibilidades de ganar estaban muy en su favor. Tenía el mejor consejero y un olfato único para los buenos negocios.

McCreary rió entrecortadamente y Rubensohn frunció el entrecejo con irritación.

—¿Hay algo que le hace gracia, McCreary?

—Sí. Se me acaba de ocurrir. Morrison es un tipo hábil. Me gustaría presenciar cómo se las arregla usted.

—Cómo nos arreglamos —le corrigió Rubensohn—. Ahora somos socios, McCreary, ¿o no lo recuerda?

—No se me ha olvidado. Sólo que estoy gozando del momento mientras la vida sea fácil. Después la cosa se pondrá seria.

—Me alegro que se dé cuenta de ello.

—¿Dónde está Morrison ahora? ¿Cuándo aparecerá?

—Se encuentra en un crucero —dijo Rubensohn, con una cierta nota de diversión —. Tahití, Bougainville, Nouméa, Sydney. Luego a Nueva Guinea a inspeccionar unas nuevas operaciones en el río Fly. De aquí a seis semanas podría aparecer en Karang Sharo. Si le necesitamos antes, le enviamos un cable. Insiste en llevar a cabo una inspección personal. Por esto debemos tener algo para mostrarle.

McCreary sonrió.

—Es un tipo muy hábil. Yo haría lo mismo. ¿Cree que aceptará los papeles de Yakarta por su valor mismo?

—Si se le pone sobre la pista del petróleo, ese hombre aceptaría un valor escrito en papel higiénico. Además, el solo hecho de que estemos trabajando abiertamente será prueba suficiente de buena fe. Por otra parte —la boca encarnada de Rubensohn se extendió en una sonrisa de sardónica satisfacción—, me gustaría ver la cara que pone cuando el Gobierno indonesio le ordene abandonar la isla.

—Parece que no le gusta este individuo.

—He tenido negocios con él antes —dijo Rubensohn—. Hace diez años, cuando yo no tenía suficiente para comprar un pedazo de carne de tercera clase. Me echó de su despacho. He esperado muchos años para arreglar este asunto. Y depende de usted, McCreary.

—Me alegra escuchar esas palabras —murmuró McCreary—. Me hace sentirme mejor.

Rubensohn le estudió con mirada fría y especuladora. Cogió el revólver de la mesa y lo sostuvo flojamente unos instantes en la mano, luego volvió a guardarlo en el bolsillo. Su tono fue elaboradamente casual.

—Ha hecho una buena jugada, McCreary. No le guardo el menor rencor. Pero no apunte demasiado alto. Podría ser peligroso.

McCreary alzó los hombros.

—Soy una persona modesta, Rubensohn.

Pero en todo momento estaba pensando en la realidad de este juego: su vida contra la mujer de Rubensohn, el dinero de Rubensohn y (lo mejor de todo) la vida de Rubensohn. El ganador arrastraba con todo…

VI

McCreary pasó las dos horas siguientes en su cabina revisando una cartera llena de documentos y correspondencia que Rubensohn le había puesto sobre las rodillas. La correspondencia le dijo poco más de lo que ya sabía. Scott Morrison estaba interesado en comprar la concesión de Karang Sharo después de comprobar que el primer pozo daba buenos resultados. Se le aseguraba que dispondría de toda la documentación y se había fijado un tiempo límite para encontrarse y reunirse en el sitio mismo de trabajo.

En primer lugar, lo que interesó a McCreary fue el hecho de que la correspondencia no estaba firmada por Rubensohn. Toda ella estaba franqueada por un tal Joáo da Silva, director general de la «Southeast Asia Mineral Research Limited», cuya dirección registrada estaba en Singapur. Rubensohn tuvo la inteligencia suficiente para incluir una copia del memorándum y de los artículos de esta compañía, que demostraban su incorporación en Singapur doce meses antes y cuyos directores eran John Mortimer Stavey, Wilhelm Kornelis Janzoon y Joáo da Silva, cada uno de los cuales tenía su parte en el capital autorizado de cincuenta mil libras esterlinas.

Pero aún no aparecía Rubensohn: aunque esto no significara nada. Los nombres eran de muestra, usados por los solicitantes para cumplir las formalidades de la incorporación. La verdadera información estaría contenida en la lista de directores y en el registro de accionistas; pero no había señales de ninguno.

El siguiente documento era más prometedor, como una medida de la confianza de Rubensohn y como evidencia de su necesidad de un acuerdo rápido. Era el documento de venta con la «Southeast Asia Mineral Research» como vendedor y «Scott Morrison Entreprises Incorporated» como comprador. Incluía los derechos de la venta de la concesión de petróleo de Karang Sharo junto con todos los proyectos determinados hasta el momento de la firma. En todas las copias se había dejado un espacio para la inclusión de las cifras monetarias y tanto el documento como los espacios libres habían sido firmados en nombre de la compañía por Joáo da Silva y como testigo, por Elisabeth Mary González.

Otro espacio en blanco dejaba lugar para la firma de un segundo director el día del acuerdo definitivo. Su interés aumentó al ver que este segundo director no sería Rubensohn, sino Janzoon.

La cláusula más significativa del contrato era la final: que la venta se haría efectiva una vez que se recibiera la notificación cablegrafiada de que el cheque del comprador había sido depositado y traspasado a la cuenta del vendedor en el Banco Chase Manhattan, en Nueva York.

Una vez que se llegara a un acuerdo sobre la cifra, todo el trato quedaría concluido de inmediato y se podrían enviar los radiomensajes a Nueva York para la confirmación y el pago.

Cuando estuviera hecho, Rubensohn podría levar el ancla y enfilar proa al mar, enriquecido en varios millones de dólares y dejando a Morrison y a sus abogados para que se enfrentaran a una lucha de diez años con las intrincadas leyes internacionales y las responsabilidades de las firmas incorporadas registradas en territorio extranjero. Incluso entonces, serían los firmantes quienes pagarían los platos rotos y no el propio Rubensohn. Al parecer, consideraban que estaban bien pagados y que valía la pena arriesgarse. Era un fraude en gran escala, pero las posibilidades de ganar estaban de parte de Rubensohn.

Por cierto, las posibilidades quedaban determinadas por el último documento: la concesión garantizada por la República de Indonesia a la compañía de Singapur. Se trataba de una obra de quince páginas escrita en malayo con una traducción al inglés certificada, redactada en Manila y estampada con el macizo sello de la República: la simbólica ave Garuda con diecisiete plumas en sus alas extendidas y ocho plumas en su cola abierta en abanico.

No cabía la menor duda sobre la autenticidad del documento. El verdadero problema residía en sus orígenes y en las firmas que lo acompañaban.

Cualquier empleado con acceso a los archivos podría extender un contrato fidedigno, poner las firmas necesarias y tomarse la libertad de usar el sello del Gobierno. Pero si carecía de la autoridad, las firmas y el sello no tendrían valor para nadie fuera de él mismo. El hombre a quien se lo vendiera estaba arriesgando toda su empresa por un trozo de papel sin valor. Rubensohn, por otra parte, haría una fortuna en base a un documento falsificado. Vendería una concesión que no poseía.

Sin embargo, su jugada estaba apoyada en dos simples bases psicológicas: la primera, estaría trabajando abiertamente y con la aprobación personal de la autoridad local. La segunda: sabía que todos los hombres de negocios desconfían de todos los gobiernos. Están resentidos por las restricciones impuestas a ellos por los administradores y temen constantemente a los recaudadores de impuestos y a los políticos. Si se les entrega un documento firmado, sellado y redactado, generalmente, lo único que desean es guardarlo en sus archivos cuanto antes y olvidarse del asunto.

McCreary sonrió con franca admiración por la audacia y la astucia de Rubensohn. El hombre era amoral, valeroso. Y como muchos de su calaña, se enfrentaba a la posibilidad de morir con una bala en la espalda o terminar como coleccionista de arte y reputado de filántropo.

A propósito de balas, McCreary en sí mismo y en su fácil victoria obtenida sobre Rubensohn poco antes. Introdujo nuevamente los papeles en la cartera, encendió un cigarrillo y se tendió en la litera para considerar su propia posición.

Se había servido una cuarta parte del pastel, pero ahora formaba parte de una sociedad cuya empresa era criminal. Éste era el primer sabor amargo que sentía en su

boca. Era un hombre que había llevado una vida dura, pero, hasta ahora al menos, se las había arreglado para mantener las manos limpias. Deseaba coger a Rubensohn… cogerle lo suyo y a su chica. Pero, al parecer, no podría hacerlo si no descendía hasta ponerse a la misma altura y nivel de ese hombre. No había respuesta inmediata para este problema, de manera que lo apartó momentáneamente con la esperanza de que el futuro le mostrara alguna salida.

El problema siguiente era más difícil de clasificar. Tenía que encontrar una fórmula para salvar el pellejo.

Estaba seguro hasta el momento de cavar el pozo, porque se le necesitaba. ¿Y después? No sólo sería innecesario, sino también un peligro en activo para Rubensohn y un cargo constante en los beneficios. Estaría solo en una isla. Su único medio de comunicación con el mundo exterior sería el propio barco de Rubensohn. Sus únicos amigos… recordó que no tenía amigos. A nadie le importaba un rábano si moría o continuaba viviendo.

Aún continuaba dando vueltas en torno a esta triste verdad cuando se abrió la puerta de su camarote y entró Lisette.

Cerró la puerta cuidadosamente tras ella y echó la llave. Luego se acercó rápidamente y se detuvo junto a la litera. Su rostro tenía el color de la ceniza, le temblaban las manos y su voz vibraba de temor y furia cuando le habló en duras palabras:

—¿Por qué lo hiciste, McCreary? Sucediera lo que sucediera, aun cuando supieras todos sus trucos, ¿por qué no te los guardaste para ti mismo? ¿No sabes que jamás te perdonará lo que acabas de hacerle?

McCreary se extrajo el cigarrillo de la boca y sonrió.

—En realidad, yo creía que era feliz por lo sucedido. Me ha dado una cuarta parte de la participación en su negocio y libertad de acción.

—¡Dios mío! ¿Es que tu estupidez no tiene límites? ¿No sabes aún qué clase de hombre es? Esperará y esperará y un día te clavará un puñal en las costillas y retorcerá la hoja hasta que chilles pidiendo clemencia. Pero no la habrá. ¿Por qué no me escuchaste?

—¡Por san Patricio! —McCreary juró en voz baja—. ¡Entonces te importa! ¡Te importa! ¡Gracias a Dios!

Se puso de pie de un salto y la estrechó contra su cuerpo, mientras sus labios le rozaban el cabello y la tranquilizaba como a un niño en su tono suave y meloso.

—¡Vamos, querida! Llora si eso te ayuda, pero no transformemos a Rubensohn en un elefante imbatible. No es Dios Todopoderoso para dictaminar quién puede vivir o quién debe morir. Nada puede hacernos a ninguno de los dos, si tenemos el valor suficiente para enfrentarle.

Las palabras aún no habían terminado de salir de su boca cuando ella le apartó bruscamente.

—¡No hables así! Te digo que no le conoces como yo. ¡Mira! —Se desabotonó el vestido de alto cuello y dejó que resbalara de sus hombros.

McCreary observó con disgusto que su espalda y sus senos estaban surcados de pequeñas señales.

—Me lo hizo anoche. Y no dejó de reír mientras lo hacía. Me dijo que esto era para enseñarme que mi cuerpo era para su placer y no para que otros hombres lo admiraran en cubierta. ¿Comprendes ahora qué clase de hombre es? ¿Lo comprendes?

Durante largos segundos, McCreary la observó con ternura y compasión. Luego el estómago se le anudó y la ira le subió por la garganta como la bilis. Se inclinó gentilmente y le besó los hombros, luego los cubrió con el vestido y comenzó a abotonarlo, mientras ella le observaba con mirada interrogante. Después hizo que se sentara en la litera y le habló con voz deliberadamente suave, en un tono que ella jamás había escuchado antes.

—Lisette, voy a matarle. Ahora no, aún no, porque en este barco estoy tan indefenso como tú lo estás. De forma que sonreiré, comeré y beberé con él y le dejaré soñar con todas las cosas que me va a hacer una vez que ya no me necesite. Entonces, un día, le cogeré. Le desnudaré poco a poco, hasta que quede sólo su cobarde alma y su cuerpo blanco de gusano. Y luego le mataré en tu nombre.

Ella le miró con cierta ternura y abandono y meneó la cabeza.

—No puedes, McCreary. Ya lo han intentado otros y terminaron de la misma forma. Usa su dinero y su poder como una armadura. Es demasiado poderoso para derribarle. Antes de que puedas acercarte a él te matará.

McCreary le sonrió torcidamente.

—No conoces a los irlandeses, cariño. Pertenecen a un pueblo muy antiguo que tiene poderes ilimitados para sobrevivir. Vieron morir a *Herodes el Grande* con gusanos en el cuello y a Nerón que sollozaba por un esclavo que le matara y al Lord Protector de Inglaterra enterrado en su tumba con calabazas y frutas descompuestas. A un hombre como Rubensohn pueden engullírselo de desayuno y aún tener apetito para comer huevos con tocino.

La obligó a ponerse de pie y la besó nuevamente, con fuerza y pasión. Luego la hizo entrar en su cuarto de baño para que se enjugara las lágrimas del rostro y estuviera presentable cuando Rubensohn la mandara llamar.

Al salir del pequeño cuarto, su rostro era la misma máscara de muerte que le había conocido el primer día, pero sus ojos brillaban de calor.

McCreary abrió la puerta para asegurarse de que el pasillo estaba libre de curiosos y luego le indicó que se marchara rápidamente.

Su perfume aún impregnaba la cabina y sus ropas, pero no le prestó atención. Se tendió en la litera con el mechero del capitán Raka en las manos y pensó en la forma de matar a Rubensohn.

Poco después de almorzar, cuando todos se habían retirado para huir del sofocante calor de la tarde, con excepción del guardia de tumo, subió a la cabina de comunicaciones para charlar con Guido. Encontró al pequeño napolitano vestido sólo con su ropa interior, tendido en la litera, un vaso de cerveza al alcance de la mano, un cigarrillo entre los labios y una revista de llamativas mujeres apoyada en las rodillas.

Recibió a McCreary con una alegre sonrisa y un gesto teatral de bienvenida.

—Entre, *amico*. ¡Sírvase una cerveza! Siéntese y comparta mis mujeres.

McCreary sonrió y le arrebató la revista de las manos.

—¡Espera a que lleguemos a tierra, Guido! He oído de muchos hombres que se volvieron locos con lecturas como ésta.

—¡Pero si yo no leo! —protestó Guido—. Sólo miro, sueño y me muerdo las uñas.

McCreary rió esta vez y se sentó en la silla de Guido. Apoyó los pies en la litera, encendió un cigarrillo y observó a Guido con interés.

—¿Has tenido nuevas noticias de Singapur, Guido?

—Nada. —Guido sacudió la cabeza negativamente—. He cogido todas las transmisiones, pero no ha salido nada nuevo. ¿Cree que habrán podido atrapar al asesino?

—Lo dudo.

McCreary tenía que confiar en alguien y el pequeño operador de radio parecía el mejor y el más útil. Pero, si cometía un error, estaba perdido. Sus posibilidades de sobrevivencia estaban casi reducidas a cero.

Guido le observó con mirada brillante e inteligente. Dijo con astucia:

—*Compar'*, tiene algo en la mente. Quiere hablar de ello, pero no está seguro de confiar en Guido. Ésa es la verdad, ¿eh?

—Ésa es la verdad, Guido —dijo McCreary sin vacilar—. Si me pongo en las manos que no debo, soy hombre muerto.

Los labios de Guido emitieron un silbido silencioso.

—Tan malo como eso, ¿eh?

—Así es, Guido.

Guido pasó los pies por el borde de la litera y se sentó en ella. Habló rápida y calladamente, acompañado de elocuentes gestos latinos.

—Escúcheme, *amico*. Trataré de explicarle algo. Usted ya sabe qué soy yo… ¡Un *napoletano*! Y ya sabe lo que se dice de nosotros… que somos mentirosos, tramposos y que venderíamos a nuestra propia madre por un paquete de cigarrillos. No es verdad. Si no nos gusta… *sicuro!*… le estrujamos y le sacamos todo lo posible. Pero si usted nos cae *simpático*, le hacemos nuestro *Compar'*… nuestro compañero. Compartimos con usted nuestra cama, nuestra pasta y nuestro vino. Le ocultamos de la Policía y del esposo furibundo. Si hay cuchillos que le amenazan, nuestros

cuchillos también salen a relucir. Debe comprender esto. Usted me es simpático. No ha llegado aquí mirando de reojo para sacar una tajada como un árabe. Llegó con una sonrisa. Ha bebido de mi cerveza; yo he fumado sus cigarrillos. Usted me llama Guido. De manera que puede confiar en mí, ¿eh?

—Gracias, Guido —dijo McCreary agradecido.

Luego le relató todo, desde el comienzo en Pekanbaru hasta la última hora en su cabina, con Lisette. Le dijo cuáles eran sus proyectos y sus posibilidades de éxito. Una vez que hubo terminado, el rostro de Guido estaba ensombrecido por la ira y sus ojos oscuros tenían un reflejo siniestro.

—*Mamma mia! Che covo di ladri*! ¡Qué cueva de alimañas! Está metido en un lío mayor del que me imaginaba. Pero, ya sabe, haré lo que quiera.

—No hay nada que puedas hacer todavía, Guido. Sólo vigila la radio e infórmame de todo lo que se transmite. Yo estaré trabajando cuando estemos en Karang Sharo. Pero quiero que te mantengas en contacto conmigo… y que cuides de Lisette. Cuando tenga oportunidad de hacerlo, le hablaré de ti. Sólo que me gustaría tener un arma.

—Yo tengo una, *amico*. No la he usado desde la guerra, pero siempre la llevo conmigo en caso de que me equivoque de chica y de casa, ¿eh?

Se dejó caer de la litera y hurgó en una destartalada maleta. Sus manos aparecieron con una pistola automática y dos cargadores. La pistola estaba engrasada cuidadosamente. McCreary probó su mecanismo, pasó una bala a la recámara y aseguró el gatillo. Luego se introdujo la pistola en el bolsillo del pantalón. Sus ojos estaban llenos de gratitud al extender su mano hacia Guido.

—Gracias, Guido. No me olvidaré de esto. Y cuando hayamos sacado los beneficios del pellejo de Rubensohn, tú tendrás tu parte.

Guido se alzó de hombros.

—Olvídese de los beneficios. Es mejor que se cuide y que cuide de esa chica. —Su rostro se iluminó con una sonrisa de alegre lascivia y tocó a McCreary en el pecho con un dedo—. ¡Se nota, *amico*! Uno nunca puede adivinarlo. Una mujer fría como ésa y de pronto se enciende como el coñac en el fuego.

—Tienes una mente sucia, Guido —rió McCreary. Luego alzó en vilo al hombrecillo y le dejó en su litera y salió bajo el sol despiadado y tropical. Estuvo unos momentos junto a la barandilla observando el verdoso bulto de Selajar que se perdía hacia Occidente. Y cuando se introdujo la mano en el bolsillo, la pistola se acomodó con agrado a la palma de su mano.

VII

La noche antes de llegar a Karang Sharo, Rubensohn convocó a reunión al personal.

Allí estaban McCreary, Lisette, el capitán Janzoon con todos los oficiales del barco, excepto Arturo que hacía la guardia de turno. Se sentaron en círculo en la cubierta de popa, bajo un cielo sembrado de estrellas fulgurantes. Rubensohn estaba de humor. Sirvió champaña y ofreció cigarrillos y habló con más encanto y consideración de lo que McCreary estimara posible.

Luego, cuando todos estuvieron a sus anchas, se lanzó directamente al grano.

—Señores, mañana tocamos tierra… Karang Sharo. Allí esperamos pasar un tiempo; seis u ocho semanas, posiblemente. Todos deberán tomar parte en el trabajo que allí se llevará a cabo. Todos tendrán ciertas responsabilidades en la continuación de las buenas relaciones con los isleños; y a través de ellos, con su gobernante. Ahora bien… —Rubensohn accionaba teatralmente con su cigarro y todos se acercaron para escucharle mejor—. Anclaremos a cierta distancia de tierra porque no hay la profundidad suficiente. Tenemos que descargar cincuenta toneladas de equipo… una parte se llevará en los botes salvavidas y el resto se transportará a tierra en balsas de pontones que nos estarán esperando.

McCreary alzó la mirada atentamente. Era la primera noticia que tenía sobre un representante de Rubensohn en la misma isla. Rubensohn captó su mirada, rápida, interrogante, y sonrió.

—¿Alguna pregunta, señor McCreary?

—No, no. Sólo que estoy muy interesado. —McCreary hizo a un lado la ironía—. Me he estado preguntando cómo podría desembarcar un par de generadores y dos mil pies de tuberías y recubrimientos.

—Tenemos a alguien encargado de estos detalles —dijo Rubensohn—. Se llama Pedro Miranha. Es un mestizo portugués de Timor y está casado con una muchacha de la isla. En Karang Sharo tiene un comercio. Habla el dialecto local, un poco de inglés y se lleva bien con las autoridades de palacio. Le he pedido que me sirva de intérprete, de negociador y de reclutador de la mano de obra local. McCreary, si usted o cualquiera de ustedes tiene problemas, llévenselos a él, ¿entendido?

Se escuchó un murmullo de aprobación en el reducido grupo.

Rubensohn continuó. Su voz chillona estaba teñida de un tono de irónico humor.

—Algunos de ustedes ya conocen la isla. Saben que los isleños son una mezcla de emigrantes de Gali y de Lombok, de Sulawesi y de Ceram. Las mujeres son hermosas y los hombres temperamentales. También saben que cualquier arreglo para obtener mayor comodidad se hace mejor a través de Miranha y que las ofensas contra el código familiar pueden tener resultados desastrosos. Por esta razón, todos los no-

europeos tendrán que volver al barco antes de la medianoche, excepto aquellos que estén en el campamento a las órdenes de McCreary. No se permitirá que ninguna mujer suba a bordo, en ningún momento. Éste es un barco y no un burdel. La responsabilidad de la ejecución de esta orden recaerá sobre el oficial de guardia. Cualquier violación de esta norma será informada de inmediato al capitán.

—¿La orden también incluye a los oficiales? —Fue Alfieri quien hizo la pregunta con su voz fría y fastidiosa.

—A todos los oficiales —dijo Rubensohn—. Pueden llegar a cualquier acuerdo que deseen, siempre que sean hechos en tierra y que estén siempre en sus puestos y cumplan con su deber. A propósito de arreglos, no tenemos médico a bordo y tampoco existe uno en la isla. La malaria es una enfermedad endémica aquí. De manera que antes de bajar a tierra se les proporcionará las tabletas adecuadas y tanto los que bajen a tierra como los que permanezcan a bordo usarán mosquiteros de noche.

Al observarle a la luz de las estrellas, escuchando sus órdenes precisas y razonables, McCreary sintió nuevamente ese declive de admiración por este hombre genial como administrador y estratega. Si ésta era su forma de llevar los negocios, no podría dejar de hacer dinero. Si su venganza era planeada con el mismo cuidado, sería muy razonable para el hombre que proyectaba apuntar con su arma… La voz de Rubensohn cogió el hilo nuevamente.

—Nuestro primer trabajo consistirá en llevar el equipo a tierra e instalar un campamento en el lugar de perforación que indique McCreary. A continuación, se deben construir las torres e instalar el motor y los generadores y construir los almacenes. En la isla no contará con muchos obreros capaces, McCreary, pero podrá contar con Agnello y el personal de la sala de máquinas para lo que desee.

—La instalación es lo más difícil —dijo McCreary—. Una vez que el personal esté marchando, el resto es sólo cuestión de mantención, si se excluyen los accidentes, por cierto.

—Espero que no tengamos ningún accidente —dijo Rubensohn fríamente.

—Yo también lo espero —dijo McCreary—. Pero suceden y es mejor estar preparados. Los motores marcharán día y noche. Me gustaría que Agnello los revisara cada tres días.

El florentino de largo rostro asintió.

—De momento me quedaré en tierra con usted. Después, sólo haré las visitas necesarias. ¿Qué distancia hay entre el campamento y la playa?

—Tres millas —dijo Rubensohn.

—Sin medios de transporte esa distancia es un maldito estorbo —dijo McCreary —. Cada vez que necesite algo del barco tendré que enviar a un emisario.

—Quizá yo pueda ayudar —dijo Guido.

McCreary le observó y captó su iluminada sonrisa.

—¿Cómo? —preguntó Rubensohn.

—Tengo dos juegos de transmisores de emergencia. Uno de ellos se puede instalar a bordo para mí o para el oficial de guardia. Si McCreary desea algo, llama al barco y lo organizamos. *Presto*!

—Me parece magnífico —dijo McCreary con entusiasmo.

Le venía mejor de lo que podrían creer. Le proporcionaba un medio de comunicación con Guido y con Lisette, ya que una vez comenzado el trabajo, ella estaría demasiado lejos de él como para sentirse tranquilo. Ahora no era tan importante, pero más tarde, su vida podría depender de ello.

Rubensohn asintió con aprobación y pasó rápidamente al otro objetivo que le interesaba.

—Señores, las formalidades. Se estima que llegaremos mañana por la mañana a eso de las diez. Esperamos recibir al mediodía al sultán y su comitiva. Todos los oficiales y la tripulación le recibirán como se debe. Uniforme de gala para los oficiales y ropa limpia para la tripulación. El capitán Janzoon saldrá al encuentro del sultán y le conducirá al salón. Luego el almuerzo se servirá en cubierta. Eso es para usted, Alfieri… diez, quince personas además de nuestro personal. A los visitantes se les servirá champaña; bebidas de frutas para el resto. —Les sonrió irónicamente—. Esto es sólo el comienzo. Aún queda la noche. No quiero que suceda ningún incidente hasta que haya terminado ciertas negociaciones con el «Ombligo del Universo». Entiendo que al atardecer seremos recibidos en el palacio… sólo los oficiales. Pero cada uno elegirá a un tripulante para que le atienda como sirviente personal. Deseo causar un gran efecto. El barco quedará a cargo de un oficial de guardia y la tripulación necesaria para la cubierta, la sala de máquinas y la cocina. Y eso es todo, excepto las palabras finales que estarán a cargo del capitán Janzoon.

Janzoon tosió sin dejar de morder el cigarro y comenzó a hablar con su grueso vozarrón.

—Esto no es de interés para la dama. Pero para todos los hombres es de importancia. No hablo en broma y mis palabras se limitarán a la estricta verdad. Hasta la guerra viví en estas regiones gran parte de mi vida. Conozco algo sobre esta gente… y sobre sus mujeres. Como el señor Rubensohn dice, no importa la clase de entretenimientos que se busquen en tanto no nos causen problemas. Pero les daré un consejo de amigo. Si así lo desean, busquen una chica. Pero no se transformen en su amante. En caso de ocurrir esto último, quizá descubran que llegado el momento de partir, no pueden hacerlo. Estarán tendidos en el piso de una choza con los intestinos retorcidos porque la muchacha ha envenenado la bebida o se ha cortado un mechón de cabellos y se lo ha agregado al *curry*. No hay curación posible. Se sufre el peor dolor de barriga que puedan imaginar, se comienza a hinchar y se termina en una peritonitis. Y no se acerquen a una mujer casada o tendrán otro tipo de dolor de barriga cuando el marido les abra en dos con su «kris».

La voz de Guido apuntó desesperadamente:

—Uno debiera quedarse junto a sus revistas.

Janzoon sonrió horriblemente.

—Debiera, amigo, pero no lo hace. De manera que éste es un consejo de amigo, ¿eh? Más tarde, un tiempo después, tendré que hacer navegar este barco y no me gustaría tener escasez de personal.

Se escuchó un rugido de risas en cubierta y Rubensohn indicó al camarero que trajera más champaña. Brindaron por la empresa y por cada uno. Luego, al cabo de un rato, Rubensohn y Lisette bajaron y el resto desapareció.

McCreary se acercó a la barandilla de estribor y encendió un cigarrillo. La luna aún no había aparecido y el barco semejaba una isla flotante en medio del oscuro mar, salpicado sólo por el toque poco familiar de las estrellas y una que otra fosforescencia. Ahora no había tierra a la vista; ninguna señal luminosa de los mercantes a su paso. Se dirigían hacia el Noroeste, fuera de las rutas comerciales y se adentraban en aguas antiguamente infectadas de piratas chinos y bugineses y por los mercaderes aventureros de Portugal. Ahora ellos eran los aventureros que navegaban bajo el pabellón de una República zaparrastrosa en una empresa bastante fuera de la ley.

Sintió pasos a su espalda y momentos después la figura abultada del capitán Janzoon estaba apoyada sobre la barandilla a su lado.

—Hermosa noche, amigo.

—Así es —dijo McCreary—. Una hermosa noche.

—Debiera sentirse satisfecho de sí mismo McCreary.

—¿Por qué?

Janzoon abrió ambos brazos en un gesto teatral.

—¿Por qué no? El gran juego… el gran beneficio. Logró una buena tajada de dinero.

—Si no llego a perforar el pozo, no habrá dinero para nadie.

—Quizá podría repartir algo del… de los riesgos.

McCreary se encogió de hombros.

—¿Cuál es el riesgo para mí? Sólo el tiempo y el esfuerzo. Eso no me cuesta nada.

—Está su vida —dijo Janzoon lentamente—. Y la vida de la chica.

McCreary apretó con fuerza la barandilla y no apartó la vista del mar. Los cuchillos habían salido a relucir nuevamente y buscaban sus costillas. A la primera señal de duda o de temor, se clavarían hasta el mango. Después de una larga pausa, dijo:

—Todos corremos riesgos, Janzoon… yo, Rubensohn, usted. No está mal si se tiene un seguro.

Janzoon se humedeció los labios e intentó otra forma de ataque.

—Escuche, McCreary, trato de decirle algo. En este asunto somos tres: Rubensohn, yo y usted. Rubensohn es el pez más grande, pero usted y yo juntos somos bastante grandes también. ¿Comprende? Debiéramos ser aliados, no enemigos.

McCreary giró rápidamente para afrontarlo cara a cara. Su voz fue suave, pero tensa y fría.

—Ya me ha dicho todo esto antes, Janzoon. El gran discurso. Amigos y buenos vecinos. Hermanos de armas. No me gustan los misterios y no me gustan las amenazas. Tampoco me gusta jugar a las cartas con cinco ases en la baraja. Si tiene algo que proponer, vamos al grano… lárguelo todo. Y es mejor que sea algo bueno, porque en estos momentos usted necesita más de mí que yo de usted.

Janzoon sonrió tras su barba aguda.

—¡Bien! ¿Desea que hable claro? ¿Con las cartas al descubierto? ¡Bien! Le mostraré lo que tengo… ¡Tres ases!

—Veamos.

—Primero, la chica de Rubensohn le gusta.

McCreary se alzó de hombros.

—Ése no es un as, Janzoon. No pasa de ser un dos. Me han gustado muchas mujeres y ninguna de ellas valía un cuarto de millón.

Janzoon abrió los brazos en un amplio gesto de incredulidad.

—Nadie le pide que pague tanto. Usted la desea. Si Rubensohn lo sabe, primero la matará a ella y después a usted. De manera que se transforma en un as de todas formas, McCreary… el as de corazón, si me perdona la broma.

—Continúe. —La voz de McCreary sonó sin matiz.

—El próximo es el as de diamantes. —Janzoon estaba gozando con su metáfora—. Usted pidió el treinta por ciento. Se le concedió el veinticinco; más que yo… y yo soy quien dio la idea a Rubensohn. Usted cree que ha logrado unas magníficas condiciones. Su parte del dinero tendrá que pagársele directamente. Rubensohn también aceptó esto. Cree que se ha apoderado del cuerno de la abundancia. ¡Maldito estúpido! Cree saberlo todo pero no sabe nada. Usted no tocará ese dinero hasta que llegue Morrison, y Scott Morrison no aparecerá hasta que Rubensohn le llame. Y no le llamará hasta que el pozo lance su primer chorro. ¡Y antes de eso usted estará muerto! Pero yo puedo salvarle… a un cierto precio.

—Ya llegaremos al precio dentro de un minuto —dijo McCreary tranquilamente—. Me interesa este último as.

—El as de espadas —dijo Janzoon—. El enterrador. ¿Leyó los documentos que le facilitó Rubensohn?

—Sí, los leí.

—¿Leyó el comprobante de venta?

—Sí.

—¿Y los artículos de asociación de la compañía? ¿Se fijó que el nombre de Rubensohn no aparece en ninguno de los dos?

—Me pareció una medida muy inteligente —dijo McCreary—. Se lleva el dinero, pero no corre ningún riesgo. Usted es el responsable de cualquier acción que efectúe

en esta parte del mundo, porque es su nombre el que aparece en el registro de Singapur.

Janzoon le miró ciertamente sorprendido.

—¿De forma que notó eso también? ¡Bien! ¿Pero llegó a la conclusión del paso siguiente? La firma de Rubensohn no es necesaria para la venta. Si se requiere cualquier alteración al documento redactado, puedo anularla a continuación de los artículos. De manera que es mejor si ambos quedamos vivos y muere Rubensohn, ¿eh?

McCreary maldijo en voz baja.

—¡No pensé en esto!

—Es una bonita jugada, ¿eh, McCreary? ¿Tiene mejores cartas para ganarla?

—Depende de la forma en que desee jugar —dijo McCreary.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Existen tres formas, Janzoon. Escoja. Primero, puedo retirarme y quedarme con las cartas que tengo… y que usted no conoce aún. De otra forma no habría venido a hablar conmigo. Segundo, puede comprar mi sitio en el juego, al contado… aquí y ahora. Me transformo nuevamente en un empleado a sueldo y no hay más preguntas; excepto que deseo un precio muy alto y una garantía de seguridad una vez que se termine el trabajo, y Lisette formaría parte de las adquisiciones. Por último, jugamos juntos en contra de Rubensohn y nos partimos el pastel mitad y mitad. Pero comprenda una cosa… no soportaré amenazas. Me gustaría salir de este asunto con la piel en perfecto estado y una buena suma; pero si no puedo hacerlo, les daré a ambos un duro trabajo para obtener el dinero. ¿Ha quedado todo claro?

—Muy claro. Creo que tengo una proposición, que le atraerá. Pero me gustaría pensarla primero, ¿eh?

—¿Eso significa que usted la pensará, o Rubensohn?

—¡No, por el mismo cielo! —Por primera vez se notó verdadero temor en la voz de Janzoon. Su mano se apoyó en el brazo de McCreary y sus dedos se clavaron en su carne—. Al principio, sí, vine por cuenta de Rubensohn. ¡Pero esta vez no! Esto es algo privado. Conozco la situación y no me agrada. Deseo una ganancia, pero quiero que los riesgos disminuyan. Si lo supiera Rubensohn…

—No lo sabrá —dijo McCreary—, en tanto usted juegue limpio conmigo. Y otra cosa…

—¿Sí?

—Rubensohn mintió en lo que se refiere al crucero de Scott Morrison, ¿verdad?

Janzoon le observó sorprendido.

—¿Cómo lo supo?

—Es bastante sencillo. Rubensohn dijo que se encontraba por el río Fly, en Nueva Guinea. Ése es un territorio de sociedades, en su totalidad. Allí no hay nada que le interese a un especulador independiente como Morrison.

Janzoon asintió lentamente.

—Siempre sucede lo mismo con Rubensohn. Se mete en un laberinto de pequeñas mentiras sin ninguna razón. A no ser que uno lo descubra por medios propios, él jamás dirá la verdad. Ésa es una de las cosas que me inquieta ahora. Estamos tratando de venderle una gran mentira a Scott Morrison. Estamos tratando de venderle un documento falso… una concesión que no poseemos. Y sin embargo, Rubensohn aún intenta venderme mentirillas a mí… su socio.

—¿Dónde está Scott Morrison ahora?

Janzoon dio una mirada por la cubierta desierta.

—Está en la bahía Darwin. Está inspeccionando unos pozos de petróleo en el norte de Australia y espera recibir noticias nuestras.

—¿Cuántos días tardaría en llegar aquí?

—Tres, cuatro como máximo. En esta temporada las aguas están tranquilas en esta región.

—Gracias —dijo McCreary, en su tono más genial—. Eso lo hace más fácil para todos. Pero aún no comprendo… ¿por qué Rubensohn miente en esta forma?

Janzoon se encogió de hombros y extendió sus inmensos puños en un gesto de impotencia.

—En parte, podría ser por su propia naturaleza. Por otro lado, le satisface confundir y embrollar los hechos, para atemorizar, ya que uno no sabe dónde está apuntando.

—Quizá sea una buena ventaja —dijo McCreary tranquilamente—. Usted le teme, ¿verdad?

Janzoon adoptó súbitamente un tono remoto y abstracto. Asintió vagamente y vaciló, como si tratara de expresar un pensamiento desagradable con sus palabras. McCreary encendió un cigarrillo y esperó. Al cabo de un tiempo, Janzoon dijo intranquilo…

—Creo que podremos hacer negocios, McCreary. Sé que debiéramos hacerlos. Pero… pero… hay ciertas promesas que no puedo garantizar.

—¿Tales como…?

—La chica. ¿Es muy importante para usted?

—¿Por qué?

—Porque… —Janzoon buscó torpemente la frase adecuada—. Porque no me gustaría estropear nuestros negocios… por lo que Rubensohn pudiera tener proyectado… tener en mente para ella.

—¿Sabe qué es lo que tiene en mente?

—No, pero…

La voz de McCreary adoptó un tono de aguda impaciencia.

—¿Qué está tratando de insinuar?

Janzoon gesticuló cansadamente.

—Estoy tratando de decirle que si la quiere, luche contra Rubensohn, no contra mí. Si pierde, culpe a Rubensohn, no a Janzoon. ¿Comprende?

—Seguro, comprendo. Las mujeres son un asunto privado. Ya me encargaré de eso llegado el momento oportuno.

—¡Bien! —Janzoon estaba obviamente aliviado—. En cuanto al resto, pensaré en una cifra y los términos y le haré una oferta, ¿eh?

—Tómese todo el tiempo que necesite —dijo McCreary—. No tengo prisa.

Pero cuando estuvo solo nuevamente, con la vista clavada en el mar tranquilo y en el límite fronterizo de las estrellas, su rostro se ensombreció.

Podría manejar a Janzoon jugando con su ambición y su temor por Rubensohn. Pero Lisette era un asunto totalmente diferente. Ahora sabía que estaba enamorado de ella y una amenaza a su persona era como si le pusieran un puñal junto a su propio cuello.

VIII

—¡Allí está, McCreary! Karang Sharo —la voz de Rubensohn tenía un tono más chillón que el acostumbrado debido a la excitación producida por la proximidad de la isla—. ¡Mike, observe con los binoculares!

Estaban en el puente de mando con el capitán Janzoon. Observaban la transformación sufrida por la isla, desde un bulto borroso en la distancia hasta distinguir sus contornos agudos. Entretanto Alfieri dictaba al timonel las nuevas marcaciones que les llevarían hasta la entrada sudoriental de la bahía.

McCreary cogió los binoculares y los enfocó cuidadosamente. Vio una cresta serrada de montañas que se alzaban lentamente hasta un alto cono truncado sobre el cual pendía inmóvil y negligentemente en el aire una pequeña nubecilla de humo. Silbó y se volvió hacia Rubensohn.

—Una isla volcánica, ¿eh? ¡No me había dicho eso!

—¿Es importante?

—Podría serlo. Se podría encontrar gas natural en vez de petróleo.

Rubensohn sonrió torcidamente y asintió con aprobación.

—Usted conoce su trabajo, McCreary. Continúa impresionándome. Es algo que ya había discutido con los expertos. Me dijeron que las posibilidades se inclinaban por el petróleo.

—Si ellos lo han dicho —dijo McCreary, con cierta ironía—. Sólo pensé que sería mejor mencionarlo.

Volvió a estudiar la costa que se aproximaba por momentos. Unos acantilados negros se alzaban desnudos desde el agua y después de los acantilados venían las montañas cubiertas de verde vegetación hasta los picachos, con excepción de una zona en torno a la boca del volcán.

—No hay nada por este lado —dijo McCreary—. ¿Cómo es el otro?

—¡Un paraíso! —dijo Rubensohn, con entusiasmo—. Las montañas ceden el paso a lomajes suaves y éstos se abren en un valle amplio, plano, dividido por plantaciones, y arrozales. Hay una playa de arena dorada y el círculo de la bahía está bordeado de palmeras y por chozas de los pescadores. Tenemos que dar toda la vuelta para entrar por el archipiélago.

McCreary alzó los binoculares nuevamente y vio un semillero de pequeñas islas, color jade y esmeralda, que se extendían más allá de la punta sur de Karang Sharo. Observó los cambios de colores donde el sol caía sobre las aguas poco profundas sobre capas de coral y las pequeñas formas de las velas de los pesqueros desplegadas como alas de gaviota.

—¿Ve esas montañas? —Rubensohn apoyó su mano en el hombro de McCreary y le hizo girar hasta enfocar a Karang Sharo de lleno.

—Sí, las veo.

—Sus faldeos están llenos de vertientes, McCreary… arroyuelos que corren vertiginosamente para alimentar los canales y regar los arrozales. De vez en cuando se encuentra un diamante que venden por tabaco u otros bienes. El propio Miranha ha comprado algunos para venderlos en Timor. Pero está demasiado lejos de los mercados para sacar un buen beneficio. Debiera pensar en ello mientras está aquí… es un asunto que deja muchas ganancias.

—Lo haré —dijo McCreary.

Entregó los binoculares a Rubensohn y se quedó observando cómo el timonel hacía girar la proa del Corsair en dirección a su nuevo rumbo.

Janzoon dijo insinuante:

—Quizás a Lisette le gustaría presenciar esto. Es algo nuevo para ella, ¿eh?

—Las mujeres no gustan de las bellezas naturales —dijo Rubensohn con indiferencia—, a no ser que les sirva como un segundo plano para exhibir su belleza.

—Bajaré a afeitarme —dijo McCreary—. Volveré para no perderme la entrada en la bahía. ¿No quiere que pase a decirle a Lisette dónde se encuentra?

—Como quiera —dijo Rubensohn por encima del hombro—. Y pídale que me traiga las gafas de sol. Las necesitaré dentro de poco.

—Así lo haré.

Esperó unos momentos, temeroso de que la impresión de prisa pudiera traicionarle, pero Rubensohn aún observaba por los binoculares las montañas de Karang Sharo, que habían tomado la forma de un espinazo de dragón. A continuación se dirigió rápidamente al pasillo y bajó por la escalinata.

Éste sería el primer momento de intimidad que tendrían desde aquel día en su cabina. Habían estado juntos durante las cenas en cubierta; pero era lo mismo que los hubiera separado un grueso cristal a pruebas de sonido: sus conversaciones no tenían el menor valor y sus gestos parecían mímica sin significado. Golpeó la puerta con los nudillos.

Respondió la voz de Lisette, fría e impersonal.

—¿Quién es?

—Soy yo… McCreary. Rápido, abre la puerta.

Hubo una pausa y luego se abrió la puerta.

—McCreary, ¿qué…?

Entró rápidamente, cerró la puerta y la cogió entre sus brazos, deteniendo su pregunta con un beso.

Luego aflojó la presión y le habló con urgencia.

—Rubensohn está en el puente de mando. Desea que subas. Llévale sus gafas de sol. Le dije que pasaría a avisarte antes de ir a mi cabina, de manera que tenemos pocos segundos.

Ella se le acercó nuevamente, con pasión, cogiéndole el rostro entre sus manos, presionando su cuerpo contra el suyo y luego soltándole con la misma brusquedad.

—Tengo miedo, McCreary. Hoy es el comienzo y tengo miedo.

—Yo también —dijo McCreary—. Debo hablarte. Y éste no es el lugar ni la ocasión de hacerlo. ¿Cómo podríamos reunimos?

—He estado pensando en lo mismo. Quizá cuando anclemos. Miranha subirá a bordo. Pueden querer hablar en privado. Si pudiera escaparme entonces…

—Estaré en mi cabina. Te esperaré.

—Haré todo lo posible.

—Bien. Ahora sube al puente de mando lo antes posible, y no te olvides de las gafas de sol.

—Bésame, por favor.

Cuando terminaron de besarse, su mano pequeña y marfileña, le acarició la mejilla y dijo suavemente:

—Sé que no es mucho que te ame una mujer del pabellón Peacock; pero, te amo, McCreary. Suceda lo que suceda, te amo.

—Yo también te amo —dijo McCreary en tono grave.

Con la misma rapidez que había llegado, la dejó y ella se quedó mirando la puerta, pensando en la forma que podría decirle el pacto que le había propuesto Rubensohn: la vida de McCreary contra su última posibilidad de ser feliz.

A dos pasos de la habitación de Rubensohn, McCreary tropezó con Guido que iba en busca de una taza de café.

El hombrecillo moreno silbó y blandió un dedo a modo de advertencia.

—Mamma mía! ¿Hasta dónde puede llegar la locura de un hombre? ¡En pleno día y con todo el barco en activo movimiento! ¿Qué sucedería si en vez de Guido fuera Rubensohn o Janzoon?

—Cállate, Guido. Acompáñame. Deseo hablarte.

—Tengo sed —gimió Guido penosamente—. Me levanté tarde y tengo un sabor a bota vieja en la boca. Necesito mi café.

—Lo tendrás en un minuto —dijo McCreary—. Quiero hablarte.

Guido suspiró profundamente y se sentó en el borde de la cama, mientras McCreary comenzaba a enjabonarse el rostro y le hablaba desde el cuarto de baño.

—¿Cuándo fue la última vez que enviaste un mensaje para Rubensohn?

—Antes de llegar a Yakarta.

—¿Cómo los envía? ¿En clave o directamente?

—En clave… sale más barato en esa forma.

—¿La clave es de tipo privado?

—No, usa la Bentley.

—¿Quién codifica los mensajes?

—Yo. —Guido sacó un cigarrillo del paquete de McCreary y lo encendió, sin saberlo, con el mechero de un hombre muerto—. ¡Escuche, Compar’! Quizá podríamos ahorrar tiempo si me dijera qué está buscando, ¿eh?

—Trato de establecer dos cosas, Guido. Primero si llega un mensaje en clave para Rubensohn, ¿podemos leerlo?

—Por cierto —dijo Guido confiadamente.

—Segundo, si yo deseo enviar un mensaje a nombre de Rubensohn, ¿puedo hacerlo sin que nadie lo sepa?

—*Senz'altro*! Puede que nadie lo sepa, siempre que recuerde dos pequeños detalles.

—¿Cuáles son, Guido? —McCreary asomó la cabeza por la puerta del cuarto, aún cubierto de jabón.

Guido hizo una serie de anillos de humo y sonrió a McCreary ampliamente como un pilluelo.

—¡Toda esta información que estoy dando y no recibo ni una miserable taza de café!

—Te compraré una botella de coñac a cambio. ¡Vamos, Guido, vamos!

Guido bajó la voz hasta un murmullo y se lo dijo.

—Me he fijado en estas cosas porque soy un tipo observador. Nadie me lo ha dicho. Lo he descubierto por las simples apariencias. Cuando envía un cable a Singapur, comienza: «Para Silva» y él mismo se firma «Rex». Cuando el cable es para Nueva York, comienza: «Para Mortimer» y él mismo se firma «Imperator».

—Rex… Imperator. Rey… Emperador. —McCreary escupió el jabón que se le introdujo en la boca—. Eso es demasiado, ¿no es verdad? ¿Quién se cree que es… Napoleón Bonaparte o Dios Todopoderoso?

—Por la forma en que trata a la chica —dijo Guido—, podría ser Nerón o Calígula.

—No creí que les conocieras —dijo McCreary con una amplia sonrisa.

Guido hizo un gesto airoso de condescendencia.

—Tengo un armario completo de libros sobre ellos, llenos de estampas pornográficas.

—No lo dudaría un instante. Ahora bien, dime otra cosa, Guido. ¿Has tenido algunos mensajes de Rubensohn a Scott Morrison?

—Sólo dos.

—¿Y cómo iban dirigidos?

—*Morrison… M. V. Melanie*.

—¿Y la firma?

—Asmin.

—Repítelo, Guido.

—Asmin… es la dirección cablegráfica para la compañía de Rubensohn, «Southeast Asian Mineral Research».

—¿Sin ninguna otra firma?

—Oh, sí. Siempre la de Janzoon.

—¿Janzoon?

Guido asintió con énfasis.

—A mí también me pareció extraño, al ver que Rubensohn escribía los mensajes y luego me los entregaba. Pero no se me paga para hacer preguntas. Envío los mensajes tal como llegan a mis manos.

McCreary habló con rapidez y su voz estaba cargada de tensión.

—Cuando lancemos los anzuelos no tendremos mucho tiempo para estar juntos, Guido. A partir de ahora, deseo una copia de todos los mensajes recibidos. Y no envíes ningún mensaje hasta que yo no te dé la orden de hacerlo.

—¡Por el cuerpo de Baco! —Los ojos de Guido se desorbitaron y el cigarrillo cayó de su boca—. ¿Sabe lo que me está pidiendo? Los mensajes que se reciban se los daré cuando quiera. Eso es fácil. ¿Pero lo otro? ¿Sabe cómo lo hace Rubensohn? Me trae los mensajes a la cabina y se queda allí mientras los pongo en clave y los transmito. ¡Trato de ayudarle, McCreary, pero esto que me pide es suicidio!

McCreary volvió a entrar en la cabina limpiándose los últimos restos de jabón. Su rostro estaba distendido en una amplia sonrisa y su voz tenía un tono de alegría.

—Aún podemos hacerlo, Guido, y escupir en el ojo a Rubensohn al mismo tiempo. Escucha, tú me entregarás un transmisor para llevar al campamento. También me proporcionarás una clave de Morse. En la mañana y en la tarde nos pondremos en contacto a una hora determinada. Si Rubensohn desea estar a tu lado mientras trasmites el mensaje… ¡Magnífico! Si parece un asunto normal, lo trasmites como un buen operador y me haces saber el contenido la próxima vez que nos pongamos en comunicación. Pero… y aquí debes usar tus sesos… si te parece algo extraño o urgente o peligroso para mí, entonces, eres lo suficiente buen profesional como para hacer que el transmisor se descomponga hasta que te hayas comunicado conmigo.

Guido comprendió de inmediato. Sus ojos oscuros brillaron.

—¡McCreary, si a las chicas les hablas como a mí, jamás tendrás necesidad de comprarte una cama! ¡En esa forma no hay problema… *Sicuro*!

—¡Magnífico! —McCreary cogió el paquete de cigarrillos y metió uno en la boca de Guido y luego otro en la suya—. Creo que tengo una idea clara del negocio que Rubensohn está tratando de hacer con Morrison. Pero con un hombre así, jamás se puede estar seguro de nada. Por eso tengo que intervenir cada mensaje que envíe. Ahora bien, hay algo más. Janzoon me ha hecho una proposición.

—¿Qué clase de proposición?

McCreary hizo funcionar el mechero y encendió ambos cigarrillos antes de responder.

—Creo que aún no la sabe él mismo. Pero puede reducirse a dos alternativas: comprar mi lugar al precio que él ponga a cambio de protección contra Rubensohn, o unirse con él en contra de Rubensohn y repartir las ganancias mitad y mitad.

Guido inclinó la cabeza de costado y lanzó una graciosa mirada que a la vez reflejaba incomprensión.

—¿Sabe por qué le hizo esta proposición McCreary?

—No estoy seguro, pero creo que es porque teme que Rubensohn le venda a mitad de camino.

—Estoy seguro que así es —dijo Guido.

—¿Y cómo demonios puedes estar tan seguro de una cosa así?

—He estado pensando. Usted conoce a Alfieri… que camina con tanto orgullo y con el pecho tan inflado como si se tratara del Dogo de Venecia.

McCreary asintió.

—Anoche estaba tan repleto de noticias que tuvo que compartirlas con alguien. Llegó a mi cabina con media botella de grapa y me dijo que Rubensohn le había tanteado para que remplazara al capitán. Le dijo que Janzoon podría retirarse al final del viaje, que se encargaría de sus propios negocios. Por cierto, no debía decir nada. Pero tenía que largarlo o reventaría dentro de su propio pellejo. En Nápoles lo llamamos *schiffo*. Se dice una pequeña verdad por aquí y una gran mentira por allá. Se invita a cenar a uno, se seduce la esposa de otro y se le escribe una carta al obispo para comentar la moral del Mayor… y a fin de cuentas, todos están contra todos y uno se marcha con el dinero y con la chica. ¡Eso es lo que hará Rubensohn, cuidado!

—¡Un cuerno que lo hará! —exclamó McCreary.

—Confiaré en su palabra —dijo Guido tristemente—. Ahora, por favor, *amico*, ¿puedo tomar mi café?

IX

Avanzaban lentamente por el anillo exterior de islas y la estela se alejaba de los flancos para mecer la pequeña embarcación que saliera de la playa y los praos que navegaban junto al borde de los arrecifes de coral.

Las playas estaban manchadas de mujeres de pechos desnudos y vistosos *sarongs*, niños revoltosos y hombrecillos morenos con llamativos turbantes y enormes peines en el pelo. Tras la muchedumbre se divisaban los techos de los kampongs entre los penachos de las palmeras y el verde frondoso de la vegetación inferior.

Karang Sharo yacía más adelante y a babor, pero la bahía quedaba oculta tras un brazo de montaña que se desprendía del volcán.

El cielo era claro y sin nubes y el sol se reflejaba cruelmente en el agua y formaba extraños arabescos de luz y sombra en los pliegues de la tierra.

McCreary, junto a Rubensohn y Lisette, dejó que la tibieza y el color le impregnaran. Lisette se demostraba fría y distante… sus ojos como un enigma tras sus gafas oscuras. Rubensohn estaba triunfante y voluble. Gesticuló ampliamente y habló en su tono chillón y agudo con un entusiasmo extraño e inquietante en un hombre de tan tortuosos pensamientos.

—McCreary, ¿comprende ahora lo que quería decirle? ¡La nueva tierra prometida! Nada de recaudadores de impuestos, nada de policías ni de burócratas sentados tras sus papeles como reyes de juguete. Sólo el sol, el cielo, el mar, la tierra… y todo lo que el hombre desea extraer de ello con sus propias manos. ¿Dónde se han metido los antiguos aventureros? Hay cientos de lugares como éste, esperando ser poseídos, como una mujer, pero los aventureros no llegan. ¿Dónde están?

—Es una pregunta interesante —comentó McCreary—. Por lo que he oído, algunos murieron de extrañas enfermedades, otros por la bebida, unos fueron devorados por los caníbales, otros perdieron la cabeza en manos del verdugo, los mejores murieron en la guerra y el resto está sentado en la calle Lombard con sus hígados hinchados y gruesos cigarros en la boca.

Rubensohn emitió un agudo graznido a modo de risa.

—McCreary, usted es un tipo que me divierte. Debería mantenerle siempre a mi lado.

—Se cansaría de mí —dijo McCreary simplemente—. Los irlandeses somos buenos compañeros de juego, pero resultamos unos compañeros de cama poco confortables.

—¿Son buenos amantes?

—No soy mujer —dijo McCreary suavemente. No sabría decírselo.

—¿Qué piensas tú, Lisette? —la voz de Rubensohn estaba cargada de malicia.

Lisette se encogió de hombros con indiferencia.

—No sé nada del amor.

Los labios encarnados de Rubensohn sonrieron, pero sus ojos no expresaban el menor sentimiento.

—Lisette es una mujer de cierta experiencia. Cuando la conocí, estaba…

La voz de Janzoon les llamó desde el puesto del timonel.

—Ahora dejaremos atrás el cabo. Dentro de poco podrán ver la bahía. La vista será mejor a babor.

Mientras pasaban bajo la cabina del piloto para tomar sus nuevas posiciones, Lisette pasó junto a McCreary y éste sintió la presión de su pequeña mano sobre la suya. El gesto fue más elocuente que las palabras.

—Lo supone, McCreary. Cuídate de él. No dejes que te incite.

Se adelantó para reunirse con Rubensohn a babor del puente de mando, pero McCreary se quedó con Janzoon.

Janzoon le lanzó una mirada rápida, de advertencia, y luego comenzó a observar atentamente el extremo del cabo que se les aproximaba lentamente.

—¡Diez a babor!

—¡Diez a babor! —respondió el eco del timonel.

Lentamente giraron en torno al dedo de tierra y luego, como el amanecer de una revelación, apareció la bahía de Karang Sharo.

Era un gran semicírculo de aguas tranquilas bordeadas de arena dorada. Tras la playa, el terreno comenzaba un ascenso lento, terraza tras terraza, hasta el pie de los montes. Los arrozales se veían interrumpidos por bloques de plantaciones y manchones de selva y por los espejos brillantes de los canales y los embalses del sistema de riego. Los kampongs se extendían a lo largo del borde de la playa y punteaban intermitentemente en las tierras más altas. Los techos de las chozas lanzaban destellos marrones y amarillos que contrastaban con el verde de la vegetación y las flores de los árboles de fuego eran como lunares rojos sobre la alfombra de las hojas.

Pero lo más sorprendente de todo era el palacio. Estaba construido sobre una amplia meseta al pie del volcán y la pendiente que lo circundaba caía en una serie de jardines colgantes rodeados de una empalizada totalmente tallada. A su espalda, se alzaba majestuoso el cono del volcán y los edificios mismos se desplegaban ante él como la cola de un pavo real, manchada de oro, turquesa y ámbar oscuro.

Sus ventanales y terrazas miraban directamente al sol naciente, pero, al atardecer, la sombra de la montaña comenzaría a cubrirlo con un manto protector del calor ecuatorial.

—¿Bien, McCreary? —Janzoon le observó y rió secamente—. ¿Qué me dice?

McCreary sacudió la cabeza.

—¿Qué me dice usted? Es algo maravilloso… y el hombre que lo diseñó era un genio.

—Únase a nosotros, McCreary —le llegó la voz chillona de Rubensohn, que le hizo volver a la realidad—. Le dije que le mostraría maravillas. ¿Ahora me cree?

—Jamás dudé de su palabra —dijo McCreary con sequedad—. Es algo grandioso y maravilloso, en realidad; como la obra de un orfebre.

—Y en su interior continúan las maravillas —dijo Rubensohn—. Existen habitaciones para cien concubinas y sus hijos. Hay salones de ceremonias para las fiestas de palacio y un pequeño teatro. Hay pintores, músicos y maestros para las bailarinas y los tesoros reales están acumulados en toneles que alcanzan la altura de la montaña misma.

Los ojos de Rubensohn centellearon tras las gafas oscuras, como si estuviera describiendo la plenitud de sus sueños, la cumbre misma de su carrera.

McCreary cambió el tema, más por resentimiento que por un interés inmediato. Dijo:

—¿Dónde comenzaré a perforar?

—Allí. —Rubensohn señaló hacia el Norte, hacia un punto alejado del palacio donde una segunda cadena de montañas rompía las terrazas y formaba una pequeña entrante en la cadena principal. Hay un camino que corre a lo largo de la bahía hasta la entrada del valle. Allí se desembarcarán su equipo y existencias. Como podrá ver, está apartado de la aldea principal. Tendrá cierta independencia.

—Me parece que la necesitaremos. —McCreary indicó la playa que parecía un hormiguero por la muchedumbre de color aglomerada. Unas canoas se estaban haciendo a la mar y unos cuerpos morenos trepaban a ellas, mientras algunos muchachos y muchachas se lanzaban al agua y comenzaban a nadar en dirección al barco. Una figura de pantalones blancos estaba de pie en el malecón y agitaba los brazos frenéticamente. Rubensohn hizo señas a su vez.

—Ése es Miranha. Vendrá a bordo en cuanto anclemos.

Mientras hablaba, escucharon a Janzoon dar la orden de detener los motores y al cabo de unos instantes continuaron avanzando por el propio impulso sobre las tranquilas aguas, mientras los hombres de proa esperaban la señal de bajar las anclas.

Janzoon gritó una orden y las anclas cayeron y los motores comenzaron a funcionar nuevamente para atirantar las cadenas. Se escuchó la campana una vez más… «Detener los motores»… y quedaron anclados en las aguas flojas con esa curiosa sensación, medio de sorpresa, medio de desilusión, que se experimenta al llegar al puerto de destino.

McCreary y Lisette se miraron. Rubensohn estuvo largo rato observando el palacio y la montaña con su penacho de humo. Al volverse hacia ellos, estaba sonriendo y se restregaba las manos cortas y gruesas.

—Ha terminado la obertura, ahora comienza la ópera. Espero que ambos gocen de ella.

—Estoy seguro de que así será —dijo McCreary—. Conozco al productor. Es un hombre muy competente. Además tiene una directora muy hermosa.

Rubensohn tomó un color encarnado e hizo restallar las palabras:

—Es muy impertinente, McCreary.

—Así es, lo sé —dijo McCreary alegremente—, pero también soy un magnífico perforador y un hombre que vale en su trabajo se puede permitir expresar lo que piensa.

Rubensohn abrió la boca para hablar, pero la volvió a cerrar. Pareció invadirle una furia infernal. Sus ojos se velaron y la prominente nariz aguileña se cernió sobre su boca pequeña y femenina. Deliberadamente le volvió la espalda a McCreary, pasó un brazo bajo el de Lisette y se quedó observando la figurilla blanca de Miranha que saltaba dentro de una canoa dotada de motor y conducida por un par de muchachos vestidos con *sarongs*.

McCreary se apoyó en el mamparo y encendió un cigarrillo. Luego, él también se volvió y se marchó en dirección a la sala de mapas donde Janzoon hablaba con Alfieri. En esos instantes sacaban la carta marina de la mesa de navegación y guardaban los instrumentos. Su trabajo ya estaba cumplido, al parecer. El suyo recién comenzaba.

La motora chocó torpemente contra las planchas del Corsair y momentos más tarde, Pedro Miranha trepaba por la escalerilla de cuerdas. Rubensohn y Janzoon le recibieron en el puente de mando, mientras Alfieri se quedaba junto a Lisette y McCreary esperaba en las inmediaciones y estudiaba al recién llegado.

Era un individuo esquelético, de rostro enjuto, con un ojo torcido y el cutis malsano. Tenía los dientes manchados de betel y el cabello ralo aplastado contra el cráneo debido al aceite de palma. Sus manos eran nudosas y manchadas y los pantalones gastados le quedaban inmensos y le colgaban como una bolsa. Su inglés era sorprendentemente bueno, pero su voz era como un gemido áspero y mientras hablaba se movía nerviosamente de un pie a otro.

—¡Buenos días, señores! Bien venidos a Karang Sharo. Es un gran día para la isla. Todo el mundo les espera, como podrán ver. Incluso les estarán observando desde el palacio. Todo está preparado para…

—¿Ha construido los pontones? —preguntó Rubensohn en tono cortante.

—Están todos construidos y listos para ser echados al mar. Son cuatro… hechos de troncos sólidos y cubiertos de bambú. ¡Con sus quince pies cuadrados pueden cargar cualquier cosa!

—Bien. ¿La mano de obra está reunida?

—¡Mano de obra! —Miranha rió tontamente y extendió su brazo descarnado—. ¡Mírela…! Hombres mujeres y niños. Sólo tiene que silbarles y vendrán como hormigas.

—¿Cuándo podemos comenzar a descargar?

—Oh, para eso —Miranha blandió un dedo como advertencia—, es mejor esperar a que hayan presentado sus respetos en palacio.

—¿Sucede algo?

—No, nada, sólo… —Su voz cayó en un susurro confidencial—. Pero usted ya sabe las formalidades de este lugar. Somos el «Ombligo del Universo». Nos gusta que se nos lisonjee para sentirnos mejor. ¿Ha traído…?

—Sí. He traído todo —Rubensohn le hizo callar con un gesto—. Hablaremos de eso abajo. ¿Janzoon?

—¿Sí?

—Baje con Miranha a mi cabina. —Y sin decir una palabra a Lisette o a McCreary, bajó por la escalerilla de comunicación. Miranha y Janzoon le siguieron, dejando a McCreary y Lisette con Alfieri.

McCreary dijo en voz baja:

—¡Vaya rata de muelle!

Alfieri dio un respingo y dijo fríamente:

—Miranha es una persona importante en la isla. El señor Rubensohn le tiene gran confianza. Tiene amistades en el palacio y…

—Siempre las tienen —dijo McCreary—, en la puerta de entrada de cada comerciante y en la puerta interior que lleva a la habitación de la mujer. Tiene cara de bandido y ojos de mercachifle. No me gusta.

—Por cierto, usted tiene mucha más experiencia que yo con esa clase de gente.

McCreary dejó pasar el insulto con una sonrisa.

—Debiera descansar más, Alfieri. He oído de hombres que han terminado ulcerosos al preocuparse tanto como usted. Todavía no es capitán y si no se lleva bien con sus amigos, jamás lo será.

Alfieri enrojeció de ira y tartamudeó:

—No… no comprendo lo que… lo que quiere decir.

—Me parece que sí comprende —dijo McCreary suavemente—. Usted es un tipo ambicioso. Cree que ya está comenzando a ascender los primeros escalones y por esto patea a las personas en el rostro. Fíjese sólo en no patear a los que puedan hacerle algún daño.

Entonces, mientras Alfieri se quedaba observándolo intranquilo, cogió del brazo a Lisette y la condujo por el pasillo hacia su propia cabina.

Una vez cerrada la puerta y asegurada se lanzaron uno en brazos del otro y permanecieron así durante largo rato. McCreary no pudo dejar de sorprenderse por la pasión que encerraba ese cuerpo pequeño y perfecto. Se calmaron lentamente y McCreary la hizo sentarse en la cama a su lado. Le cogió una mano y dijo:

—Tenemos mucho que hablar y eso es lo que haremos primero.

—Lo sé, Mike. —Era la primera vez que le llamaba por su nombre—. Pero antes deseo que me escuches.

—Sí, por cierto.

—Dame un cigarrillo, por favor.

Abrió un nuevo paquete y le ofreció uno que encendió en seguida. Ella fumó ansiosamente por algunos segundos y luego comenzó.

—Sabe lo de nosotros, Mike.

—Me lo imaginé en el puente de mando. ¿Te ha dicho algo?

—No en muchas palabras. Pero tú sabes que es… reservado, cauteloso, siempre en espera del momento oportuno para herir con mayor profundidad.

—Lo sé.

—Desea destruirte, Mike.

—Eso también lo sé —dijo McCreary—. Pero nada puede hacer hasta que no tenga perforado el pozo. Y antes de terminar esto, espero tener algunas cosas preparadas. De esto deseo hablarte. Voy a…

—¡Por favor, Mike! Déjame hablar primero. Quiero hablar de mí y que me comprendas. Si no es así, cometerás una locura que no será de provecho para ninguno de los dos.

—Lisette, antes de continuar… —la voz de McCreary tenía un tono extraño—. Te lo diré simplemente. Todo lo que te concierne a ti, también me concierne a mí. Si tengo que volar esta isla para salir de ella, lo haré y te llevaré conmigo.

—Lo sé, Mike. Lo sé. Pero por favor… ¡Por favor, escúchame! Ya te dije dónde me encontró Rubensohn… en el pabellón Peacock de Saigón. Jamás te he contado cómo llegue allí.

—Nunca te lo he preguntado.

—Pero quiero decírtelo. Yo no era de Saigón. Venía del Norte… de Haifong. Mi esposo era un empleado de la Administración francesa.

—¿Tu esposo?

Lisette se limitó a asentir con un movimiento de cabeza.

—Se llamaba Raoul Morand. Era un *métis* como yo: mitad francés y mitad *tonquinés*. De forma que al comenzar la guerra cuando el ejército de Ho-Chi-Min avanzó desde el Norte, no fuimos evacuados. Nos unimos a los refugiados que huían hacia el Sur. Lo logramos. Llegamos a Bin-Din e incluso encontramos una morada muy humilde en las afueras del pueblo. Raoul intentaba cada día ponerse en contacto con un empleado del Gobierno francés con poder suficiente para que le devolviera su antiguo trabajo. Entonces, una noche, llegaron los soldados… eran tres… del Bin Xuyen. Dijeron que estaban buscando unos espías. Pusieron a Raoul contra un muro y le obligaron a mirar mientras me desnudaban. Se burlaron de él todo el tiempo y le dijeron lo que me iban a hacer; y cuando trató de venir en mi ayuda, le mataron. Luego, cuando hubieron terminado, me llevaron a Saigón y me vendieron al pabellón Peacock, porque el Bin Xuyen recaudaba las ganancias de este tipo de casas para Bao Dai y sus tropas las controlaban. Estaba viva, aun cuando ya no lo deseaba. Pero, al cabo de un tiempo, llegué a agradecer incluso esta pequeña merced. Cierta noche

llegó Rubensohn, le gusté y pagó un alto precio para sacarme del pabellón. Me transformó en su amante y desde entonces he viajado con él.

—¿Eso es todo? —la voz de McCreary tenía una tonalidad sombría.

—¡No, no es todo! Mike, se puede desprender algo de mi historia y quiero que tú lo veas. En primer lugar, te diré que en el pabellón Peacock una puede estar agradecida de seguir viva. Y luego te diré que cuando Raoul murió por mí, su acto fue inútil. Si no hubiera tratado de ayudarme, si hubiera podido soportar lo que me estaban haciendo, quizás ahora estaríamos juntos. Quizá yo jamás habría llegado al pabellón Peacock y sólo existiría el recuerdo de una noche que con el tiempo se habría llegado a olvidar. —Su voz tomó un tono agudo y cogió las manos de McCreary—. La muerte es tan sin sentido, Mike. Es el fin de la esperanza, el fin del amor para el que queda vivo. Y esto es lo que quiero que me prometas… suceda lo que suceda, lo que haga Rubensohn para tratar de herirme, permanecerás vivo. ¿Me lo prometes, Mike?

—Te lo prometo, querida —dijo McCreary suavemente.

La rodeó con sus brazos y la acercó contra su cuerpo, de manera que su cabeza quedó apoyada en su pecho y su cuerpo pequeño y perfecto apretado contra el suyo. Pero por todo el amor que se desprendía de él, Lisette no pudo decirle la verdad… que su cuerpo y sus favores serían el soborno definitivo que ofrecería Rubensohn al sultán para cerrar el trato, y algo mucho más importante: para comprar la vida de McCreary…

X

Poco antes del mediodía, Miranha volvió a bajar a tierra y antes que pasara mucho tiempo, el «Ombligo del Universo» llegó al Corsair a rendir su visita de cortesía.

Le vieron por primera vez a gran distancia, llevado en un palanquín dorado a hombros de diez sirvientes, a lo largo de las terrazas del palacio; luego le vieron descender por el serpenteante camino hasta la llanura. Los guardias abrían y cerraban la marcha, cada uno con un kris llevado en bandolera y un largo mosquete de antiguo modelo sobre los hombros.

La procesión se perdió en la verde vegetación y no la volvieron a divisar hasta que la muchedumbre en la playa abrió una brecha súbitamente, cayó de rodillas y emitió un largo grito gimoteante que avanzó con lentitud por sobre las aguas hasta llegar a sus oídos. Una gran canoa surgió de la boca de un canal impulsada por diez remeros. Cuando llegaron ante la brecha abierta en la multitud, la encallaron suavemente en la playa y el «Ombligo del Universo» fue llevado en hombros hasta ella por sus sirvientes. Una vez que estuvo sentado, se le unieron los cortesanos, uno de los cuales sostenía un inmenso quitasol amarillo sobre su cabeza.

La canoa se echó al mar y los remeros la hicieron avanzar suavemente con largos y poderosos golpes de los remos de madera tallada.

La pasarela estaba abajo y un malayo esperaba con un garfio para ayudar al atraque de los visitantes. Arturo estaba en el escalón inferior para ofrecer su mano a los personajes. El resto de la tripulación del barco estaba formada en cubierta: los oficiales con sus uniformes almidonados; los marinos y lascares y la tripulación de la cocina vestidos con sus ropas de tierra y en posición firme. Janzoon y Alfieri ocupaban los puestos en lo alto de la pasarela, pero Rubensohn y Lisette no se veían por ninguna parte.

McCreary pensó que ésta era otra medida de astuta estrategia. El «Ombligo del Universo» debía ser llevado en presencia del gran hombre, solo y en la intimidad del salón. Lisette sería exhibida como una preciada pertenencia. Sintió una malvada satisfacción al pensar que muy pronto esta ficción también sería destruida y Rubensohn perdería a Lisette con todo el resto… al menos así lo tenía proyectado.

Cuando la pequeña procesión llegó al punto más alto de la pasarela, McCreary vio, con gran sorpresa para él, que el sultán era un hombre joven (de treinta años, máximo) de hermosos y finos rasgos *balineses*, ahora transformado en una rígida máscara ceremonial. Su aspecto era tan llamativo como un ave de la selva, vestido con sus más ricas sedas bordadas de hilos de plata y oro. Llevaba joyas en el cuello y en las manos. Una daga de empuñadura de oro asomaba de su faja y en el centro de su casquete redondo brillaba un inmenso rubí con sangrientos reflejos.

Tras él apareció un hombrecillo gordo y chato, que más parecía chino que malayo y que McCreary tomó por el visir. El traje de seda flotaba en torno a su cuerpo como el velo de una viuda, pero sus ojos oblicuos eran astutos y sabían apreciar. El resto de los cortesanos eran hombres morenos, de baja estatura, como su amo, y sus vestiduras y joyas iban en disminución en orden descendiente de magnificencia.

Cuando llegaron a cubierta, Alfieri ordenó la posición firme a los oficiales y la tripulación completa hizo una profunda reverencia. El capitán Janzoon saludó formalmente, luego extendió la mano y lanzó un breve discurso en malayo.

El sultán agradeció la bienvenida en pocas palabras y Janzoon condujo a la comitiva al salón. Alfieri dio las órdenes respectivas a la tripulación con objeto de que prepararan la cubierta de popa para la comida y McCreary y Guido se dirigieron a proa para fumar un cigarrillo en privado.

—McCreary, ahora usted también es socio. ¿No debiera estar abajo mientras se entablan las negociaciones? —preguntó Guido.

McCreary se encogió de hombros.

—El negocio ya se cerró hace mucho tiempo, Guido. Esto es sólo un ceremonial. Se están alabando mutuamente y apreciando sus maravillosas cualidades y midiendo quién ha acumulado más riquezas y gloria.

—Pero la chica está allí… su chica.

—No es toda mía… aún. Ambos sabemos que debemos esperar y proyectar para que eso suceda, Guido.

Guido le lanzó una mirada de soslayo, extrañado.

—Ha dicho esas palabras como un hombre enamorado.

McCreary se volvió rápidamente.

—¿Y qué demonios crees que me sucede?

—No lo sé. —Guido hizo una horrible mueca y estudió a McCreary con mirada confundida—. Sé que la quiere; por cierto, ya sé que se siente uno satisfecho al arrancarla del lado de un *maledetto* como Rubensohn. ¡Pero amor! Eso es algo muy serio, amico. El amor llega más lejos, más arriba de la cintura y se clava como un cuchillo. Lo siento por usted.

—¿Por qué lo sientes?

Guido meneó la cabeza tristemente.

—El mundo está lleno de mujeres… y usted se enamora de una que es un paquete de líos. Dígame… —cambió el tema abruptamente—. ¿Janzoon le ha hecho la proposición?

—No. Aún no. Está esperando a que salte el gato. Hasta el momento, entre Rubensohn y yo no ha habido una verdadera comprobación de fuerzas. Eso es lo que espera Janzoon.

—No creo que tenga que esperar mucho.

Había cierta entonación en la voz de Guido que hizo pensar a McCreary en la realidad de su posición. El pequeño napolitano no estaba bromeando. Su rostro

reflejaba duda e indecisión. McCreary le interrogó duramente.

—Tienes algo en la mente, Guido. Vamos, ¿de qué se trata?

—¡No! —La negativa de Guido fue determinante—. Tengo una idea, pero es mía y es privada. Si estoy en lo cierto, no hay nada que pueda hacer. Si me equivoco, entonces se gastaría por nada cuando debiera estar preocupado por otras cosas. Pero esto puedo decirle: si no me equivoco, la primera comprobación de fuerza con Rubensohn se llevará a efecto esta noche.

Y McCreary tuvo que contentarse con esto. Antes de que tuviera tiempo de hacer otras preguntas, se escucharon voces en cubierta y el capitán Janzoon apareció con el visir y los cortesanos de Karang Sharo. El sultán todavía estaba abajo con Rubensohn y Lisette.

Durante las dos horas siguientes, estuvieron sentados o tendidos bajo la lona, entreteniendo a los visitantes, mientras los camareros pasaban continuamente con platos y bandejas de bebidas. Los oficiales sólo hablaban el malayo suficiente para dar a entender las órdenes en el barco, y el peso de la conversación cayó sobre Janzoon y McCreary. Pero se les terminó muy pronto la paciencia ante la sonriente educación de los cortesanos que respondían indirectamente a las preguntas más simples y no contribuían en nada a los temas de la charla.

Cuando aparecieron Rubensohn y el sultán la situación empeoró aún más. El cortejo demostraba una actitud de total sumisión mientras el «Ombligo del Universo» comía y bebía y hablaba sólo con Janzoon y Rubensohn.

McCreary soportó todo lo que pudo y luego trató de escaparse para saber qué había sucedido con Lisette; pero Rubensohn captó su intención y le llamó para presentarle al sultán. A partir de ese momento, hasta el final de la ceremonia, se vio anclado, sudoroso e inconfortable, tratando de responder a cientos de preguntas sobre el mecanismo de la perforación de pozos petrolíferos, en un vocabulario limitado a las simples transacciones de la vida.

Por fin se terminó todo. Se reunieron en cubierta nuevamente para la despedida y el cortejo real volvió a subir aparatosamente a la canoa. Pero antes de que estuvieran a mitad de camino de la playa, las escotillas fueron abiertas y Alfieri, junto a los montacargas, vigilaba la tarea de descarga de los regalos que tendrían que ser presentados en palacio en la recepción de la noche.

Escucharon el tosido entrecortado de la lancha de Miranha y le vieron arrastrando una serie de rústicos pontones, cada uno cargado de un grupo de muchachos para soltar los garfios y estibar la carga para llevarla a tierra.

Rubensohn mantuvo a Janzoon y a McCreary a su lado hasta que estuvo satisfecho de la forma en que se llevaba a cabo la tarea. Entonces dijo vivamente:

—Señores, tenemos que hablar de negocios. Vamos a su cabina, Janzoon. Lisette está descansando y no deseo interrumpir su reposo. Deseará lucir más bella que nunca esta noche.

McCreary le lanzó una rápida mirada, pero no descubrió malicia en sus ojos.

Janzoon les acomodó en su cabina y sirvió tres vasos de *whisky* de su propiedad. Él y Rubensohn encendieron cigarros y McCreary fumó un cigarrillo. Rubensohn entró en materia de inmediato.

—Vamos bien, señores. El sultán está encantado con los regalos que le hemos ofrecido y con nuestra promesa de un derecho a pagar sobre el petróleo producido, que a su debido tiempo le será depositado en un banco americano.

—Derecho que jamás obtendrá —dijo McCreary.

—¡Precisamente! —Rubensohn blandió el cigarro—. Pero cuando se dé cuenta de este hecho estaremos muy lejos y con las ganancias en el bolsillo. Y entonces Scott Morrison podrá comenzar a preocuparse.

Janzoon rió entrecortadamente.

—Me gusta ese toque. Es el clavo final para tapar el ataúd.

Rubensohn continuó rápidamente:

—Esta noche, en el palacio, se nos presentará el documento de concesión. Legalmente no tiene valor, pero de hecho será una evidencia más que podremos presentar a nuestro amigo Morrison.

Y no podrá quejarse de su autenticidad.

—¿Cuándo puedo comenzar a descargar el equipo? —preguntó McCreary.

—A primeras horas de la mañana. Miranha saldrá al amanecer con los pontones. Primero se llevará todo lo que esté embalado. El resto lo dejará para cuando usted esté presente en cubierta para vigilar el desembarco, lo que me imagino será mucho, mucho más tarde.

—¿Por qué lo dice?

Rubensohn sorbió *whisky* de su vaso y sonrió por encima del borde del mismo.

—Porque esta noche, McCreary, verá otra de las maravillas que le tenía prometidas. Seremos entretenidos en palacio. Se nos llevará por el cerro en literas, se nos festejará, se nos entretendrá y cada uno recibirá un regalo real, se nos traerá de vuelta y entonces… sospecho que la resaca no será muy liviana.

Janzoon se atragantó con el cigarro en la boca.

—McCreary, cuidado con el vino de palma. Como quiera que lo disfrazan con especias o dondequiera que lo sirvan, trae un centenar de dolores de cabeza.

—Lo recordaré —dijo McCreary.

Rubensohn se volvió hacia Janzoon.

—Hay cambio de órdenes, capitán. Hasta que no se pueda hacer otro arreglo a bordo, los oficiales podrán traer mujeres al barco.

—¿Está bien eso? —Janzoon frunció el entrecejo y pareció confundido—. Me gusta divertirme como cualquier otro hombre, pero más aún me gusta tener el barco limpio.

—¿A no ser que tenga otras sugerencias? El sultán me ha informado que a cada oficial se le ofrecerá una concubina para su uso durante la estancia en Karang Sharo. Me parece que es una costumbre muy antigua que, desgraciadamente, ha caído en

desuso en otras partes del mundo. Creí que no sería justo rechazar el ofrecimiento, pero debo depositar mi confianza en usted, Janzoon, para que se mantenga la disciplina y se tomen las medidas necesarias a fin de que cuanto antes se construyan residencias en tierra. Nos estamos desempeñando bien, McCreary, ¿no cree?

—Demasiado bien —dijo McCreary—. ¿Para qué tomarse tantas molestias por un puñado de intrusos que de todas formas sacan una buena tajada?

Rubensohn apartó la objeción con un gesto airoso.

—Quizá soy buen negociante. Quizá el «Ombligo del Universo» ha cerrado un trato mejor del que esperaba. En cualquier caso, ¿quiénes somos nosotros para lamentarnos?

—¿Quién, en realidad? —dijo McCreary dubitativamente. Pero al recordar la advertencia de Guido y el ruego de Lisette, se sintió de todo menos tranquilo. Deseaba ver a Lisette con desesperación. Pero Rubensohn y Janzoon no le permitieron despegarse de ellos en toda la tarde. Cuando llegó la hora de arreglarse, Lisette aún permanecía en su cabina y Rubensohn estaba con ella, de manera que no tuvieron oportunidad de verse.

El sol se hundió rápidamente tras la cresta de las montañas y la oscuridad cubrió la isla y el mar con la misma rapidez. Se encendieron las estrellas y las antorchas amarillas en los kampongs y el resplandor del volcán contrastaba suavemente en el cielo de la noche.

Entonces, como obedeciendo a una misma señal, se encendieron las antorchas… primero en la playa, luego en toda la senda tortuosa que llevaba al palacio por las terrazas. Sus llamas danzaban y ondeaban en las manos de los portadores, de manera que desde lejos parecía una larga e inmensa serpiente que se arrastraba por la ladera de la montaña.

Cuando McCreary subió a cubierta, ya vestido para la cena, encontró que los otros oficiales observaban el espectáculo, inmaculados como pichones, en sus uniformes de gala almidonados.

La pasarela estaba abajo y el bote se bamboleaba junto al último escalón, con los remos a bordo y el contramaestre esperándoles pacientemente. Cada oficial tenía nombrado un tripulante y éstos aguardaban aparte, muy conscientes de su papel, con sus uniformes limpios, los ojos brillantes de excitación y susurrando continuamente en la oscuridad.

Alfieri se acercó a McCreary y le dijo en tono cortante:

—Señor McCreary, órdenes del capitán. Bajará a tierra en el primer bote con los otros oficiales. Les esperarán las literas y subirán de inmediato al palacio. Su sirviente le acompañará al lado de la litera y estará junto a usted durante la ceremonia.

Pronunció un nombre y un peón de cocina chino de rostro de luna se adelantó para unirse a McCreary.

Guido le cogió por el codo y le dijo en voz baja:

—Yo también voy en el primer bote, McCreary. Me gustaría estar cerca.

—Me viene muy bien, Guido. Necesito compañía.

—Así pensé.

Luego, Alfieri les llamó con voz perentoria y desfilaron por la pasarela hacia el bote, con sus sirvientes a la zaga.

Cuando alcanzaron la playa, encontraron las literas alineadas entre los portadores de antorchas y tras las luces pudieron ver los obsequios amontonados para ser llevados a palacio, cubiertos con lonas. En uno de ellos, McCreary pudo adivinar la forma de un pequeño coche atado a largas varas para ser transportado por el camino de la montaña. Más adelante, una fila de guardias de palacio sujetaban a la muchedumbre de la cual surgía un murmullo como el zumbido de una colmena. Las luces de las antorchas jugueteaban en sus rostros morenos y brillantes, y producían curiosos efectos al reflejarse en sus ojos abiertos en extremo.

Un portador de litera tocó a McCreary suavemente en un brazo y le indicó su lugar. McCreary trepó torpemente sobre la plataforma y se instaló en una silla baja cubierta de bordada seda y perfumada de especias y sándalo. Poco más adelante, vio a Guido que le alzaban en vilo hasta ocupar su sitio.

Luego, a una orden, los portadores se inclinaron y cogieron las varas llevándoselas hasta los hombros y McCreary se encontró elevado sobre las antorchas como un capitán recibido en pleno y apoteósico triunfo.

Todo el camino de la montaña estaba iluminado por antorchas y bordeado de curiosos isleños. Las luces quemaban incienso y el aroma se mezclaba con el olor de la muchedumbre, el polvo y la cálida exhalación de los kampongs y de la selva.

Sobre su cabeza los árboles se elevaban inmóviles en la atmósfera pesada y sobre las hojas estaba el cielo y las estrellas bajas y de resplandor suave. En algunas ocasiones captó el trino de un ave nocturna, pero era un sonido apagado en contraste a los gritos de los aldeanos que reían, cantaban y palmoteaban al paso de los invitados del sultán.

La luz de las antorchas iluminó una ancha extensión de agua estancada en la ladera, donde los nenúfares lanzaban destellos y las flores gigantes cerraban sus cálices para su sueño nocturno y, debido a que ahora la multitud había disminuido, pudo escuchar el aleteo profundo de los insectos atraídos por las luces y el croar de las ranas en los bordes frondosos de la laguna.

Unos pasos más adelante, Guido se volvió y con ambas manos entrelazadas sobre su cabeza, le gritó:

—*Che passegiata, amico*! ¿Se divierte?

McCreary le hizo señas con la mano y le advirtió:

—¡Cuidado, Guido! Te caerás y te partirás tu maldito cuello.

Y entonces, abruptamente, llegaron frente a la entrada.

Dos grandes pilares de teca se erguían con sus tallados de flores y monstruos retorcidos y terminaban en las alas extendidas de un pájaro. En cada pilar había guardias que hicieron señales para que continuara la procesión y al pasar, McCreary vio las grandes puertas de madera, esculpidas con tanta laboriosidad como un par de pantallas, y tras ellas, los jardines colgantes, fila tras fila, por donde tendrían que pasar en su camino al palacio.

Cada ventana, cada arco y cada columna estaba iluminado, de manera que el trabajo en la piedra parecía un encaje tan liviano que podría ceder ante la primera brisa. Pero no había brisa. La atmósfera se notaba pesada con el perfume de las flores, el incienso y la música débil y metálica de las campanillas orientales.

Mecido por el bamboleo de la silla, McCreary sintió que flotaba incorpóreo en un sueño provocado por el opio, incapaz de decidir o de actuar.

Por fin el sueño se terminó.

La procesión se detuvo. Las literas se bajaron a tierra y al descender con los miembros adormecidos, se encontraron en el interior de un patio abierto en cuyo extremo opuesto una gran escalinata conducía a las grecas iluminadas del palacio. En lo alto de la escalinata les esperaba el gordo visir con una comitiva para recibirles.

Subieron los peldaños lentamente con los sirvientes a un paso más atrás. El visir les dio la bienvenida en malayo de tono suave y les condujo bajo el pórtico, a lo largo de una elaborada fila de columnas esculpidas a la manera del arte indio y luego dentro de una gran cámara bordeada de pilares, en cuyo final se alzaba un trono que contrastaba con el fondo de una pantalla de piedra trabajada.

Se miraron mudos de asombro.

El salón era del tamaño suficiente para albergar un ejército. Los muros, los pilares y el trono mismo debían haber sido esculpidos por los artesanos que llegaron en el siglo IX juntamente con los gobernantes indios de las islas de las especias.

El cuadrado central estaba iluminado brillantemente y rodeado de mullidos cojines y mesas bajas de madera tallada e incrustadas de perlas. Tras los pilares, en las sombras, los sirvientes vestidos de blusas bordadas y *sarongs* de fuertes colores, esperaban en silencio y a la izquierda del trono la orquesta tocaba su ritmo monótono y metálico. Desde el otro lado de la pantalla de piedra esculpida, les llegó el murmullo de voces femeninas y una risilla ahogada ocasional, como si las mujeres del palacio estuvieran observando la llegada de los invitados.

Había espacio libre frente al trono y entre las mesas para permitir el paso de los sirvientes y de las atracciones, y el trono mismo estaba iluminado con luces cambiantes cuando las joyas lanzaban sus destellos al reflejarse en ellas las luces vacilantes de las lámparas que colgaban del techo y de los pendientes de los pilares.

A la derecha del trono principal se erguía otro más pequeño, con menos joyas: obviamente transportable. McCreary se preguntó si estaría dispuesto para Rubensohn o para el miembro menor del palacio. Estos sultanes de juguete no tenían ningún

protocolo fijo. Sus costumbres eran una mezcla barroca de los manerismos de los emigrantes y de la extraña confusión de religiones.

El visir les condujo a la fila de cojines inmediatamente frente al trono y les hizo sentar un poco a la izquierda del trío central. Guido se sentó junto a McCreary y observó con los ojos desorbitados mientras el visir palmoteaba las manos y llamaba a un pequeño grupo de sirvientes; cada uno traía una bandeja de plata sobre la cual estaba el vino de palma en copas de oro y una caja de dulces extraños y empalagosos.

Hicieron una profunda reverencia, presentaron sus ofrendas y se retiraron. Mientras sorbían el líquido azucarado y de extraño sabor, Guido rió impíamente y bromeó:

—¡Pobre Arturo! Le ha tocado el turno de guardia en una noche como ésta. Siento lástima por el pobre diablo.

—Es mejor así —dijo McCreary con una sonrisa—. Me han dicho que los resultados de esta noche pueden ser desastrosos. ¿Dónde podrá estar Rubensohn?

Guido se encogió de hombros teatralmente.

—¡Ya llegará! Hará la gran entrada, con Janzoon vestido con todas sus condecoraciones y su chica colgada de su brazo. No me sorprendería que se subiera directamente al trono y dejara al sultán sin asiento.

—Tampoco me extrañaría a mí —dijo McCreary—. Pero no lo hará esta noche.

Guido sonrió y se volvió para charlar en italiano a los otros oficiales. McCreary sorbió su licor y se rindió a la contemplación del brillante esplendor que le rodeaba.

Ahora, pensó, podía comprender los sueños de los antiguos aventureros. Esto era lo que les había atraído, siglo tras siglo, bajo estandartes extranjeros, en cáscaras de nuez, con tripulaciones harapientas… esta visión de tronos esplendorosos y dioses con joyas por ojos y tesoros ocultos bajo los palacios encantados.

Para ellos, el poder era algo tangible, medible por el peso del oro y de la plata, por el número de esclavos, por el tamaño y magnificencia del palacio o del mausoleo.

Ellos eran los primitivos, ahogados por la civilización. No había descanso para ellos en las ciudades, ni esperanza en el viejo mundo. Y si morían demasiado pronto, morían con el aroma de incienso en las narices y la música de lenguas extrañas en los oídos.

Rubensohn tenía esta ambición y era la mejor parte de su complejo carácter. Lo demostraba en momentos de exaltación y en el atrevimiento frío de sus inmensos proyectos. Era un hombre ambicioso; incluso podría haber llegado a ser muy grande si no fuera por ese tinte de crueldad y perversión.

La música se detuvo súbitamente y luego volvió a comenzar a un ritmo nuevo y más fuerte. Se escuchó el crujido de sedas y el murmullo de voces y los cortesanos entraron en el salón, engalanados como papagayos con sus blusones de seda y chaquetillas bordadas y los *sarongs* estampados con burdos dibujos selváticos. Hicieron las reverencias del caso y mostraron sus dientes manchados de betel en amplias sonrisas, luego ocuparon sus puestos a ambos lados del cuadrilátero vacío.

Aparecieron nuevamente los sirvientes con las bebidas y dulces y volvieron a retirarse tras la arquería envuelta en sombras.

Momentos después, entró el visir y esta vez le seguían Rubensohn, Janzoon y Lisette.

La belleza de Lisette cortaba el aliento. Su pequeño cuerpo estaba vestido con un sari dorado y un velo ceremonial le cubría la cabellera y caía en suaves pliegues hasta sus sandalias de oro. Llevaba esmeraldas en el cuello y en las muñecas y su piel resplandecía como el alabastro.

Su rostro era la máscara de una escultura: inmóvil, perfecto. Sus ojos eran lo único que indicaba vida.

Rubensohn y Janzoon la condujeron hasta el cojín central y la ayudaron a sentarse cómodamente. Luego ella se cubrió el rostro con el sari y se quedó allí sentada, esperando a que comenzara la ceremonia.

El gordo visir se aproximó al pie del trono y esperó. Sonó un gong, potente y terrible, que despertó ecos entre las columnas y las figuras esculpidas del techo. Todos los reunidos se pusieron de pie y esperaron inclinados y con los ojos cerrados, mientras el visir cantaba los diez títulos ceremoniales del sultán de Karang Sharo, terminando con el más importante de todos: «Ombligo del Universo».

Al alzar la vista estaba de pie en el tablado; una figura pequeña e infantil contra el gran despliegue del trono; con sus guardias rodeándole y la silla a su lado aún vacía. Se sentó. Los presentes esperaron hasta que alzó la mano y, entonces, ellos también se acomodaron en sus cojines.

McCreary pensó que se trataba de un imponente acto de demostración de poder. Se preguntó si Rubensohn no habría tomado parte en su organización. Tenía la boca seca y el sabor empalagoso de los dulces continuaba adherido a su lengua.

A continuación, el individuo gordo volvió a ocupar el escenario.

Hablaba, dijo, indignamente en nombre del poderoso señor cuya voz era un trueno que podría despertar la montaña sumida en profundo sueño. Su voz (que rogó pudiera ser como flores en su boca) se alzó de tono para dar la bienvenida a los extranjeros cuya llegada traería prosperidad a la tierra y riquezas al pueblo. Venían como amigos y traían obsequios que eran una muestra de las promesas de dones aún mayores. Pero el poderoso señor, el de los diez títulos y el mayor título de todos, no se quedaría corto en su generosidad.

Y ahora, a cada uno de los extranjeros, le presentaría su propio obsequio… una joya para lucir en el corazón… una flor para perfumar la almohada…

Alzó una mano regordeta y los gongs volvieron a sonar. De las columnas envueltas en tinieblas surgieron varias muchachas, pequeñas y perfectas; cada una llevaba un cojín con una joya dispuesta, hecha con la maravillosa filigrana del artesano local. Se hincaron ante Rubensohn, ante McCreary y ante cada uno de los oficiales y les ofrecieron su obsequio. Luego se hincaron tras los cojines en actitud de sumisión a sus nuevos amos.

Los gongs sonaron una vez más y Rubensohn se puso de pie. McCreary le observó fascinado. Aunque le odiara, no podía negarle el poder que emanaba de su presencia. Parecía vestir de harapos en comparación a la riqueza de los asiáticos, sin embargo dominaba a todos los reunidos y parecía empequeñecer incluso al mismo trono. Hizo una pausa y luego comenzó a hablar en perfecto malayo.

Dijo que estaba agradecido por los honores principescos ofrecidos a él y a sus amigos. Los obsequios que él había traído eran pequeños y poco dignos en comparación a los regalos del sultán, pero eran sólo una promesa de otros mayores. Por otra parte, procedían de un nuevo mundo donde las maravillas surgían como palomas en manos de un mago…

Mientras hablaba, los sirvientes comenzaron a entrar obsequios por el extremo más apartado del salón y los depositaron junto al trono, un poco hacia un lado.

Había una caja que traería las voces de todo el mundo al palacio de Karang Sharo. Una máquina que iluminaría todo el palacio con la simple presión de un dedo. Un palanquín dotado de ruedas que llevaría al «Ombligo del Universo» donde deseara, en cuanto se hicieran los caminos requeridos. Armas para la armería real y vajillas de cristal como las que utilizaban los príncipes de Europa. Sedas para el palacio y joyas para las esposas reales. Obsequios para cada uno de los cortesanos…

Se detuvo, mientras las últimas cajas se ordenaban en torno al coche pequeño, incongruente y risible en medio de esta antigua magnificencia.

Y finalmente, el mejor y mayor obsequio que podía ofrendarle; una perla de incomparable calidad; un obsequio personal para el «Ombligo del Universo», a quien rogó humildemente que le permitiera presentárselo en persona…

Lentamente hizo poner de pie a Lisette y la condujo, paso a paso, al espacio vacío al pie del trono.

McCreary intentó ponerse de pie, pero Janzoon y Guido le cogieron y le obligaron a sentarse. La voz de Guido le habló ansiosamente al oído.

—¡Ahora no, por el amor de Dios! ¡Le matarían y no hay nada que pueda hacer por ayudarla! ¡Contrólese… por el bien de ella!

McCreary se hundió en los cojines, sintiendo que los dedos de Guido y Janzoon se hundían en su carne y observó a Lisette postrarse como una esclava a los pies del sultán. Luego vio que las manos morenas la hacían ponerse de pie, descubrían el velo y la conducían al trono junto al suyo.

Vio Rubensohn hacer una reverencia y volver lentamente a su lugar, con una débil sonrisa en los labios y los ojos brillantes de malvado triunfo. McCreary quiso saltarle al cuello y destrozarle, pero Guido y Janzoon aún le sostenían.

A continuación se presentó el documento de concesión y comenzó nuevamente la música y con ella, la larga procesión de sirvientes con bandejas de bebidas y comida. Salieron los juglares, los acróbatas y los bailarines, moviéndose como muñecos articulados en los ritmos de los antiguos mimos.

Pero McCreary nada vio de todo esto. Se hundió en un silencio sepulcral, llenándose de licor y observando a Lisette en su trono mientras, como un pájaro, era alimentada de manos del sultán.

Cuando terminó la velada, le alzaron en vilo, totalmente borracho, y le subieron a la litera; y una vez en el barco, Guido y la pequeña morena esclava le desvistieron y le acostaron en su cama.

XI

Se despertó con una resaca de los mil demonios. La cabeza estaba a punto de estallarle y sentía que la lengua no le cabía dentro de la boca. Tenía la piel pegajosa y olía a licor rancio y las sábanas le envolvían como una mortaja. Se dio cuenta de que la cabina estaba totalmente iluminada por la luz del sol y que una muchacha morena le observaba con ojos solemnes y muy abiertos desde la silla.

Entonces recordó… y el recuerdo fue como un golpe bajo. Se levantó de la cama y avanzó con dificultad hasta el cuarto de baño. Al cabo de unos instantes la muchacha entró y le ayudó a lavarse y afeitarse. Su servicio era simple y sin preguntas. Sus manos eran suaves, sus movimientos eran sordos y McCreary descubrió que era un pequeño alivio en la inmensidad de su desgracia.

Había tocado fondo y lo sabía. También sabía que su propia fe ciega en la suerte del irlandés le había llevado hasta el fondo. Había tratado de abrirse camino y salir de su clase y había terminado en la lona con Rubensohn pateándole los dientes y Lisette entregada como parte de un trato de un negocio de petróleo, sin posibilidad de ayuda. Se preguntó por qué ella nunca le había dicho cuáles eran los proyectos de Rubensohn respecto a su persona. La respuesta era muy simple. Ella sabía que él nada podría hacer para remediarlo y que probablemente actuaría como un irlandés obstinado y le matarían por entrometido. Lo que le dejaba donde se encontraba ahora, con un fuerte dolor de cabeza y preguntándose cuál sería su próximo paso. Rubensohn y Janzoon también se estarían preguntando lo mismo. Esperarían su reacción, le juzgarían según ella y se prepararían para contraatacar.

¿Qué podrían esperar? A un rebelde de ojos enrojecidos con una resaca endemoniada, cargando con la cabeza baja y presa fácil para abatirle con otro golpe en los dientes. Esto no ayudaría a Lisette y tampoco a él mismo. Necesitaba tiempo para planear sus movimientos antes de encontrarse con Rubensohn.

La muchacha morena le ayudó a vestirse y luego la envió a la cocina a buscar café y desayuno para un hombre enfermo. Ella respondió rápidamente en su propio malayo, pero McCreary estaba demasiado aletargado como para captar su exótico dialecto isleño.

Al parecer, los camareros estaban haciendo lo mismo por otros en estado similar. Le enviaron una gran cafetera llena de café, papaya y un trozo pequeño de pescado al horno con tostadas con mantequilla. A la vista de la comida sintió náuseas pero se esforzó por comer y cuando hubo terminado la última taza de café, ya se sentía mucho mejor. Al mirarse en el espejo, se sintió peor nuevamente. Tenía la piel amarillenta y manchada; los ojos eran como dos agujeros de cigarrillo dejados en una manta. Y cuando trató de encender un cigarrillo, las manos le temblaron como si tuviera un ataque de malaria.

Envió a la muchacha a la cocina para que le trajera más café y desayuno para ella. Luego se sentó y trató de recuperar fuerzas. En el exterior escuchó el ruido de las grúas y los gritos de los tripulantes. Miranha estaba trabajando y ya estaría en camino a tierra la primera parte del equipo. Tendría que subir pronto a cubierta para vigilar la carga de los motores y de los generadores y entonces, pensó, comenzaría la verdadera prueba.

A pesar de su estómago y de su corazón enfermos, tendría que enfrentarles con una sonrisa, no darles la seguridad de una victoria e inquietarles sobre sus acciones futuras. Aún le quedaba una carta… sin él no podrían obtener el petróleo. Todo dependía de cómo y cuándo la jugaría.

La muchacha volvió con el café y un plato de arroz para ella. Se sentó a sus pies en la forma nativa y mientras comía, McCreary la interrogó gentilmente.

—¿Cómo te llamas, pequeña?

—Me llamo Flor de Fuego, *Tuán*.

—Es un nombre hermoso.

—Me alegro de que así lo encuentres, *Tuán*[9].

—¿Comprendes que ahora me perteneces?

—Lo comprendo, *Tuán*.

—Dentro de poco tendré que comenzar a trabajar. Mientras esté fuera lavarás mi ropa y cuando esté seca la pondrás en la maleta como yo te indicaré. Nos marcharemos de aquí.

—¿Dónde iremos, *Tuán*?

—De vuelta a Karang Sharo. Viviremos allí un tiempo.

—¿Y yo seré la mujer del *Tuán* y le cuidaré y…?

—Sí, cuidarás de mí, pequeña —dijo McCreary rápidamente, y agregó para sí—: y el resto es mejor que lo dejemos para más tarde. Tengo suficientes problemas tal como están las cosas.

Bebió la última taza de café, se puso de pie, tiró la ropa sucia a un rincón y le mostró la bolsa donde tendría que guardarla. Luego cogió unas gafas de sol para ocultar en parte los destrozos de la noche anterior y subió a cubierta.

Alfieri estaba junto a las grúas gritando órdenes a los tripulantes. Saludó a McCreary con marcado disgusto y se alejó rápidamente. McCreary le deseó que se sintiera tan verdoso como lo mostraba su aspecto exterior.

El capitán Janzoon se paseaba por la cubierta de proa. McCreary le hizo señas y le gritó un saludo. Janzoon alzó la vista sorprendido y vaciló antes de responder a su saludo con un movimiento de la mano. No había oficiales a la vista, pero un par de muchachas estaban sentadas junto a un mamparo comiendo en unas escudillas arroz y charlando animadamente con sus voces agudas de pájaros.

McCreary se acercó a la barandilla y observó a los muchachos isleños sobre los pontones que se bamboleaban al compás de las olas. Ellos tiraban de las cuerdas para bajar la pesada carga mientras Miranha, sentado en su lancha, les gritaba las órdenes.

Su vista se alzó de las aguas y se dirigió al palacio incrustado en la montaña y pensó en Lisette. Al cabo de unos momentos, sintió la voz chillona de Rubensohn junto al oído:

—Se ha levantado temprano, McCreary.

—Es cosa de costumbre —replicó McCreary fríamente—. La mañana es la mejor parte del día.

—¿Se divirtió anoche?

—Por cierto. Fue una velada magnífica.

Rubensohn le estaba tentando, pero McCreary se obligó a sonreír, al mismo tiempo que agradecía que sus ojos estuvieran velados tras las gafas oscuras.

—Opino que Lisette estaba hermosísima —dijo Rubensohn.

—Lo mismo opino yo.

—¿No desaprueba mi convenio?

—Creo que es un bastardo —dijo McCreary—. Pero esto lo sabía ya desde hace mucho tiempo. Por otra parte, no es de mi incumbencia. Tuve mi parte antes de que abandonara el barco.

Era una crudeza premeditada, pero no veía nada vergonzoso en ello. Sintió una especie de cruel satisfacción cuando se dio cuenta de que Rubensohn enrojecía y luchaba por contenerse.

—Es más duro de lo que pensaba, McCreary. —Las palabras salieron en un susurro sibilante, suave como la seda.

—No puedo ser de otra forma —dijo McCreary—. Estoy metido en un club donde todos son duros. A propósito de negocios, tenemos que solucionar unos pequeños detalles del contrato antes de comenzar a trabajar.

—Lo tendré a su disposición en una hora dijo Rubensohn.

—Y antes de firmarlo…

—¿Sí?

—Me gustaría ver su pasaporte.

Rubensohn fue cogido totalmente por sorpresa. Retrocedió imperceptiblemente, entrecerró los ojos y su voz desagradable denotó cierto temblor.

—¿Por qué?

McCreary se recostó sobre la barandilla y le sonrió.

—Quiero un documento legal con una firma válida. Por esto deseo ver su pasaporte. Supongo que lo habrá firmado.

Rubensohn le estudió durante largos segundos y luego, sorprendentemente, sonrió.

—Se lo dejaré ver antes de firmar. ¿Alguna otra cosa?

—Sí. Janzoon me ha hecho una proposición.

—¿Qué clase de proposición?

Esto también era una novedad para Rubensohn y a pesar del dominio que tenía sobre sí mismo, no pudo ocultar la sorpresa.

—Es una proposición doble —dijo McCreary irónicamente—. Por ahora no se ha decidido, ya sea por comprar mi parte en el negocio y garantizarme protección en contra de usted o unirse a mí para dejarle fuera a usted. Probablemente podríamos hacerlo.

—¿Y entonces por qué me lo dice?

—Usted es un tipo grande, Rubensohn. Creo que puede hacer mucho por nosotros —dijo McCreary deliberadamente—. Pero incluso los grandes hombres cometen errores que, a fin de cuentas, pueden destruirlos. Su gran error fue elegir al tipo equivocado para patearle la cara. Janzoon lo soportará, y lo soportará porque está asustado Yo no lo estoy. No tengo nada que perder ni nada que ganar. Ya le he dicho lo mismo antes. Ya es hora de que lo comprenda. —McCreary deseó tener tanta confianza en sí mismo como ahora lo estaba aparentando.

—Ha cambiado mucho desde esa primera noche en Yakarta.

—Aprendo con rapidez —dijo McCreary.

Rubensohn asintió lentamente y se apoyó en la barandilla, absorto en una nueva idea privada. Al cabo de unos momentos, se volvió hacia McCreary.

—Me sentiría mejor si pudiéramos confiar más el uno en el otro.

—Yo también —dijo McCreary. Cambió el tema bruscamente—. Se terminará de descargar en un par de horas. En cuanto tengamos redactado y firmado el contrato, me gustaría bajar a tierra. Por cierto, ¿usted bajará continuamente para vigilar los trabajos?

—Todos los días —respondió Rubensohn—, hasta que salte el pozo.

—¿Y entonces piensa matarme?

—He pensado en ello —dijo Rubensohn, con sorprendente franqueza—. Pero ahora he cambiado de idea. En cambio, haré que usted mate a Janzoon.

—Ésa es otra mentira —dijo McCreary amistosamente.

—Cuidado, McCreary…

—¿Por qué no admitirlo? Le gustaría que ambos desapareciéramos del mundo de los vivos para apropiarse de todo. En caso contrario, ¿por qué le ofreció a Alfieri el cargo de capitán?

—¿Se lo dijo Alfieri?

—Me lo ha dicho un pajarito.

—¿Se lo ha dicho a Janzoon?

—He pensado en ello —dijo McCreary cuidadosamente—. Como también he pensado en hacer correr la noticia por la isla de que la nueva esposa del sultán procede del pabellón Peacock de Saigón; y también he pensado en dejarle un mensaje a Scott Morrison advirtiéndole de que el negocio es falso y que hay un muerto en Yakarta para probarlo. Igualmente, he tomado todas las medidas posibles para que no saque una gota de petróleo si hay una media posibilidad de que me mate cuando llegue la hora. Ahora bien, ¿no cree que ha llegado la hora de jugar limpio por una vez?

Y luego le dio la espalda a Rubensohn y se alejó hacia los montacargas para vigilar la operación de descarga del primer generador. No contaba mucho con los resultados que podría obtener su bravata. Era un hermoso gesto irlandés y esperaba que diera a Rubensohn un par de dolores de cabeza, pero era algo así como el viejo Paddv Moynigham, borracho perdido, blandiendo la cachiporra entre las vacas. Si uno se acercaba a él, le llegaban uno o dos golpes, pero siempre terminaba en la misma forma: con la cabeza rota y la nariz sangrando, tendido en una acequia donde se le encontraba a la mañana siguiente.

Dos horas después, acompañado de Guido y Agnello, el oficial ingeniero, y de Flor de Fuego y la chica de Agnello, McCreary abandonó el barco para establecerse en el lugar de trabajo. Llevaba los mapas de reconocimiento en el bolsillo y también el contrato que le diera Rubensohn, a cambio de los servicios prestados: una cuarta parte de las ventas y el derecho a cobrar pago directo de manos del comprador.

No se hacía ilusiones sobre la validez del documento. No existe ley en el mundo que pueda obligar el pago a un elemento criminal. Estaba más interesado en el hecho de que Rubensohn se llamaba realmente Rubensohn y que tenía su firma verdadera en el contrato, verificada con la del pasaporte. Si las cosas salían bien, como esperaba, necesitaría tener la seguridad absoluta de que Rubensohn utilizara su verdadera firma en unos papeles que McCreary le obligaría a firmar… y uno de ellos sería el testamento de Rubensohn…

El pasaporte le proporcionó otra información. Rubensohn era súbdito británico; polaco de nacimiento pero se había nacionalizado unos diez años antes. Tenía cuarenta y ocho años y sus nombres eran Joseph Ladislas. El pasaporte mismo era un arma de doble filo para enfrentarse con la peripatética existencia de Rubensohn.

Cuando alcanzaron la playa, Miranha les estaba esperando con un par de muchachos para llevar las maletas, bolsas y el aparato de radio. El resto del equipo ya estaba en camino, llevado en largas varas y en cajas de bambú a hombros de los hombrecillos morenos.

Partieron por el polvoriento camino que conducía a través de las aldeas del litoral hacia la punta de tierra tras la cual se encontraba el lugar de perforación.

Agnello abría la marcha con Miranha. Guido y McCreary caminaban juntos y las muchachas les seguían al trote como niños excitados.

El polvo se alzaba en pequeñas nubecillas bajo sus pies, les resecaba los labios y les tapaba las narices. Las grandes hojas de la vegetación colgaban inmóviles y la atmósfera estaba cargada de chirridos de insectos y de los ruidos típicos de las aldeas.

Lentamente, la bebida ingerida la noche anterior fue desapareciendo con el sudor y McCreary comenzó a sentirse cautivado por la vida estridente y llena de colorido de las chozas que bordeaban el camino. Las mujeres, desnudas hasta la cintura, amamantaban a sus hijos en la puerta o estaban metidas hasta la rodilla en las lagunas junto al camino, lavándose ellas y la ropa de la familia. Un herrero daba forma a la hoja de un kris sobre un pequeño fuego de carbón. Un mercader pasó a su lado con

unas largas varas sobre los hombros de las cuales pendían racimos de plátanos y cestas de habichuelas y arroz moreno. Las muchachas siempre sonrientes tejían las grandes esterillas de palma que servirían de muros a las casas y también de lechos sobre los cuales dormían. Se vio a un búfalo conducido por un rapazuelo perezoso con un largo bambú aguzado y una bandada de golondrinas bajó del cielo azul y se hundió en las sombras del sendero. A gran altura, en las ramas desnudas de un árbol de fuego, un muchacho cogía las llamativas flores rojas y las iba acumulando en una cesta colgada del cuello. Un orfebre viejo y de ojos legañosos golpeaba una escudilla con un martillo pequeño y a su lado, un muchachito de piel trigueña y manos diminutas como de mujer, daba forma a un peine de madera blanca y blanda.

Guido también se sintió atraído por el espectáculo durante unos instantes, pero luego abordó el tema que le tenía preocupado.

—Anoche la cosa estuvo muy mal, *amico*.

—Muy mal, Guido.

—Comprenderá… entenderá que no me quedó otra solución. De otra forma le habrían dejado seco.

—Lo sé, Guido. Y te lo agradezco.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Trabajar —dijo McCreary con voz tensa—. Trabajar y tratar de sacar a Lisette y hacer pagar a Rubensohn.

—¿Sacarla? ¿Cree que podrá hacerlo?

—Lo intentaré.

—Pero, ¿cómo? Ya vio cómo es el palacio. Las mujeres están encerradas en sus habitaciones. Los guardias…

—Ya lo sé, pero podemos intentarlo. Estas chicas… —señaló a las dos muchachas que les seguían alegremente—, vienen del palacio, ¿recuerdas? Saben cuál es la forma de entrar y salir. Pueden ayudarnos.

—Si lo desean, sí.

McCreary le lanzó una mirada aguda.

—¿Qué quieres decir con eso de… «sí»?

Guido le sonrió como una cabra.

—McCreary, también son mujeres. Parecen niños, pero podrían tener de quince a veinticinco años. Han sido obsequiadas a los *Tuáns*… se consideran nuestras mujeres y nos consideran como sus hombres. No estará de más que recuerde esto. Si necesita ayuda, tendrá que pagarla, de una forma u otra. Si desea tener a Lisette a su lado, debe contar con un aliado, no con un enemigo. Además…

—¿Sí?

—Saca a su Lisette del palacio. Pero esto no basta. Hay que sacarla de la isla o terminarán ambos en manos de los torturadores. ¿Cree que Rubensohn les va a dar así como así un billete gratis en el Corsair?

—Lo dudo.

—Entonces, también lo ha pensado. Recuerde que somos tres… usted, yo y la chica… anclados en una isla; y el hombre que posee los medios de transporte es alguien que desea matarle.

—He pensado en ello —dijo McCreary—. He pensado en ello una y otra vez y siempre llego a la misma respuesta. Algún día, muy pronto, voy a matar a Rubensohn… si él no me mata antes a mí, naturalmente. Pero antes de hacerlo, le quitaré todo lo que posee. No me preguntes cómo, pero intentaré hacerlo.

—Le deseo suerte —dijo Guido, no muy convencido.

McCreary bajó la voz e indicó con un movimiento de cabeza a la pareja que marchaba más adelante.

—Dime, Guido. Este Agnello… ¿qué clase de hombre es? Trabajará conmigo gran parte de su tiempo. Me gustaría pensar que puedo confiar en él.

Guido se encogió de hombros y lanzó una patada a una gallina.

—Usted ya conoce a los ingenieros. Comen esparadrapo y se bañan en aceite de motor. Algunas veces he llegado a creer que sólo piensan en llegar a casarse con una máquina y tener pequeños dientes de rueda. Agnello es así. Tiene una cara tan triste como la de un caballo y jamás pronuncia más de dos palabras. Usted mismo tiene que descubrir lo que piensa o lo que siente. Si consigue hacerse su amigo, el grupo será más fuerte. Sin él no pueden hacer navegar el barco.

—Le dedicaré un tiempo —dijo McCreary.

La última aldea quedaba a sus espaldas y comenzaban a dar el rodeo a la punta de tierra que separaba el lugar de trabajo del resto de la isla. El sendero seguía a través de selva virgen y poco más adelante un pequeño arroyo caía entre rocas verdes semicubiertas de helechos y de las raíces espectrales del árbol del pan.

Al cabo de una media hora de marcha, llegaron al área misma de trabajo: un claro amplio que por el Este daba al mar y al archipiélago. Por el Oeste se erguía la cresta serrada de las montañas que albergaban al palacio y que terminaban en el alto cono del volcán.

El claro bullía de actividad. Los hombrecillos morenos habían apilado el equipo a un costado con todo orden y limpieza.

McCreary estudió la zona con mirada práctica. Era un buen lugar y fácil de trabajar. El agua era limpia, libre de la contaminación de los kampongs. La madera de buena calidad estaba al alcance de la mano y el bambú y las palmas servirían para las construcciones más ligeras de las chozas. Al terminar cada día, podrían sentarse a admirar el mar sin ser molestados por los mosquitos y si se trepaba por la ladera de las montañas, no se tardaba en tener el palacio bajo la vista. Quizás, incluso, podría ver a Lisette mientras se paseaba por los jardines amurallados en compañía de las otras mujeres. Se acordó de pedirle a Guido que le trajera unos binoculares del barco.

Miranha se le acercó haciéndole señas con un brazo y luego saltando de un pie a otro mientras le hablaba con su tono quejumbroso de mercachifle.

—Aquí estamos, señor. Usted es el número uno en este lugar, según me han dicho. Allí tiene el equipo, señor, y los hombres. Usted le dice a Miranha qué desea y comenzamos a trabajar, ¿eh?

—Exacto —dijo McCreary con dureza.

Llamó a Guido y a Agnello y comenzó a distribuir las partes del equipo en sus diversas secciones.

—La torre de perforación irá aquí, en el centro. Las casetas para los motores aquí; lubricantes, combustibles y todos los utensilios de manutención, aquí. En las listas está todo numerado, Agnello, y también un diagrama de trabajo. Las grúas llevan el número correspondiente para que coincidan con la misma lista. Escoja a sus hombres y comience a trabajar. Las chozas… que serán dos… se construirán contra la falda de este cerro, mirando al mar; junto a las chozas se hará un almacén para los recambios, un simple techo protector para las tuberías y las piezas de mayor tamaño. Aquí irá la cocina. La radio se instalará en mi choza, Guido. Y bajo la torre se pondrán los resguardos para la mano de obra. Aquí, los vaciaderos de combustible… bastará un tejado de hojas para ello…

Al comienzo, todo fue un caos indescriptible, pero al atardecer ya estaban distribuidos en grupos y McCreary y Guido pudieron observar que el trabajo tomaba forma de tal. Agnello y sus hombres estaban encargados de los cimientos para las grandes patas de la torre; desde la selva se traían gruesos troncos que luego se cortaban para formar las bases de los motores; la obra gruesa de las chozas y de los refugios ya estaba en posición y las figuras morenas hormigueaban sobre los techos depositando grandes hojas y hierbas.

McCreary se sintió satisfecho de esta especie de bullente hormiguero. Lo había visto antes en innumerables ocasiones, en muchos lugares, pero cada vez era algo nuevo, porque cada pozo era un desafío y el día en que la perforadora mordiera la tierra por primera vez siempre tenía una especie de excitación muy propia. Durante algunos momentos casi pudo olvidarse que en torno a todo esto rondaba la muerte.

Guido se sentó en el suelo y mascó reflexivamente una brizna de hierba. Dijo con vacilación:

—He estado pensando, McCreary.

—¿En qué?

Guido señaló con su mano la ladera del cerro donde la figura zaparrastrosa de Miranha se destacaba entre un grupo de muchachos que segaban pasto para los techos de las chozas.

—Ése es un hombre que puede ayudarle. Conoce bien la isla; conoce todas las entradas del palacio. Tiene una lancha… esa ruina que está anclada junto al muelle. Es un comerciante, ¿no es verdad? Conoce estas aguas. Al menos podría llevarle hasta Timor.

—No confío en él —dijo McCreary—. Es una rata de muelle. Vendería a su propia madre.

—No tiene por qué confiar en él —insistió Guido—. Sólo tiene que asustarle.

—¿Y cómo podría hacerlo?

—Muy fácil. Cuando esta cosa estalle, que lo hará un día, como una bomba, ¿quién estará aquí? No será Rubensohn ni nosotros… ¡Miranha! Si el sultán desea asarle los pies a alguien, ¿a quién tendrá más al alcance de la mano? ¿Quién es el intérprete y el agente? ¡Miranha! Creo que si le habla un día y le establece algunos hechos desagradables y le ofrece una hermosa suma, tendrá en él un aliado… y también una lancha.

McCreary observó al napolitano y rió abiertamente.

—Es mejor que cambiemos de lugar, Guido. Parece que eres el único que piensa por estas latitudes.

—Conmigo no —dijo Guido decididamente—. No dormiría en su cama por un millón de dólares. Todas las noches tendría pesadillas en las que me cortarían el cuello.

—Yo ya las tengo —dijo McCreary.

XII

El sol se ocultaba y ya se habían construido las chozas y el almacén principal. El marco de la torre se erguía en su lugar; los troncos de teca, cortados a medida y descortezados, yacían en sus posiciones para sostener los motores. Miranha había dirigido a sus hombres y luego les reunió, les hizo devolver las herramientas a la choza, y les llevó de vuelta a sus hogares. Guido le acompañó después de instalar el aparato de radio e instruir detalladamente a McCreary para su operación. Dejaron establecido un horario matinal, en el cual Guido llamaría a McCreary y durante media hora practicarían la clave, al mismo tiempo que aprovecharía para transmitirle cualquier noticia desde el barco.

Guido quiso pasar la noche en tierra, pero McCreary no se lo permitió. Era demasiado pronto para que Rubensohn viera entre ellos una amistad tan unida. El sistema de comunicación estaba ya bastante esquematizado, y tendrían que mantenerlo abierto a toda costa.

Las chozas eran modestas, pero habitables. Cada una tenía dos literas de bambú y cubiertas de palmas entrelazadas. También había una mesa rústica y dos sillas de bambú que fueron hechas por los hombres de Miranha con increíble rapidez. En cuanto al resto, el barco les había proporcionado cubiertas limpias para la cama, utensilios para comer, mosquiteros y los elementos indispensables de un botiquín de primeros auxilios, tabletas para la malaria y licor; media docena de cajas de cerveza y dos botellas de *whisky* por persona. La comida sería a base de conservas en lata, proporcionadas por Miranha bajo contrato.

McCreary y Agnello, sentados juntos fuera de la choza del primero, bebían cerveza y observaban por sobre la selva las aguas luminosas de la pequeña rada entre los dos brazos de tierra. A unas veinte yardas de distancia, las dos muchachas charlaban junto al fuego del cual surgían los aromas exóticos de la cocina nativa. Ésta sería la primera comida que servirían a sus amos y las chicas estaban empleando todos sus recursos.

Los hombres bebían sus cervezas, fumaban sus cigarrillos y hablaban muy poco.

El ingeniero de rostro alargado poseía una capacidad de abstracción y descanso que contrastaba fuertemente con el temperamento bullente de Guido. Casi no hablaba, como si fuera un hombre contento de su propia compañía; y sus simples palabras expresaban su propia y callada convicción. McCreary encontró en él un compañero muy adecuado para las largas horas de la noche durante las cuales, él también, estaba ocupado con sus propios pensamientos.

Iban ya por la mitad de la segunda botella de cerveza, cuando Agnello dijo con voz calmada:

—Me gusta esto. Me satisface.

—¿Qué cosas…? ¿La cerveza? —McCreary estaba a millas de distancia… con Lisette en lo alto de la montaña.

—No. Este trabajo. Ver que algo surge de entre las manos. Perforar un pozo en la tierra y observar el chorro de petróleo que surge de él. Soy ingeniero y siento respeto por el petróleo.

—También lo sienten muchos otros —dijo McCreary.

—No. Lo consideran como una comodidad, como una fuente de beneficios. Un ingeniero lo considera como una fuente de vida para las cosas que ama por encima de todo en el mundo… un buen motor que marcha suavemente en sus cojinetes.

—Es una hermosa idea —dijo McCreary—. Mejor que la mayoría de las que he escuchado últimamente. Dígame, Agnello, ¿cómo llegó a formar parte de esta tripulación? ¿Por qué se queda en ella?

—Es muy simple. Aquí soy el número uno. En un barco grande sería el número dos. Nadie me molesta y me pagan bien. Eso es importante. En Florencia tengo esposa y dos hijas que muy pronto tendrán que recibir sus dotes. Por estas razones, este trabajo me viene muy bien.

—Usted es un tipo con suerte.

Agnello fumó de su pipa, bebió un sorbo de cerveza y observó el espectáculo de la luna que estaba apareciendo. McCreary pensó que, a pesar de su rostro apagado y sus ojos melancólicos, debía ser un individuo singularmente feliz. La pregunta siguiente hizo que McCreary sonriera. Agnello tosió, se movió algo inquieto y señaló con el pulgar a las muchachas junto al fuego.

—¿Qué…, qué se espera que haga con eso?

McCreary rió entrecortadamente.

—Eso depende de usted.

—Lo sé, pero… pero no estoy interesado. Cuando era más joven, me gustaba hacer el loco. Ahora, cuando veo a mis amigos que entran en las casas cercanas al muelle, cuando veo esas cosas como las que sucedieron anoche en el palacio, pienso en mis hijas y no me divierte en absoluto. Es sólo una pregunta. No quiero criticar cuál sea su forma de proceder; pero para mí…

McCreary sonrió en la oscuridad y dijo:

—Por mi parte, no hay problema, Agnello. Mientras usted esté aquí dormiremos en mi choza. Así me ayudará a no meterme en líos. Las chicas pueden dormir juntas.

Por primera vez el rostro del ingeniero se iluminó con una sonrisa.

—Mil gracias, amigo. Ahora podré gozar de la comida; o al menos mi conciencia podrá hacerlo.

Las muchachas acercaron una de las mesas de la choza y depositaron en su cubierta unos platos con arroz humeante y pescado con *curry* rodeado de otras especias y carnes, todo esto adornado con verdes hojas. Luego se sentaron sobre la hierba y observaron a los hombres que escarbaban delicadamente en los platos poco familiares y finalmente se decidían a saborearlos.

Rieron coquetamente cuando McCreary alabó la cena y les dio permiso para que prepararan la suya. Flor de Fuego vaciló unos instantes y preguntó:

—¿Cuándo vendré junto al *Tuán*?

—Esta noche no —dijo McCreary gentilmente. Cuando envíe a buscarte. Ahora tengo que hablar ciertas cosas con mi amigo.

—¿Toda la noche? —los ojos infantiles se agrandaron con incredulidad.

McCreary sonrió y le acarició el cabello liso y perfumado.

—No. No toda la noche. Pero estamos fatigados y mañana debemos comenzar a trabajar temprano. Necesitamos dormir.

La muchacha asintió y su rostro pequeño y moreno se abrió en una brillante sonrisa. Esto podía comprenderlo. Mientras gustara y complaciera al *Tuán*, siempre habría un mañana y las noches después. La verdadera vergüenza era cuando una mujer carecía de los poderes para atraer a un hombre y ella estaba ansiosa de atraer a este hombre de voz suave y ojos alegres.

Se alejó para reunirse con la otra muchacha y, mucho más tarde, mientras Agnello roncaba profundamente, McCreary escuchó sus voces desde la otra choza. Le recordaban a Lisette, reunida con las otras mujeres en el palacio de encaje, construido en la montaña. Y este pensamiento fue como un puñal clavado en la carne.

A la mañana siguiente, temprano, cuando Agnello trabajaba con Miranha y sus hombres, Guido le llamó por el transmisor.

—Rubensohn va a visitarle. Me ha entregado un radiomensaje para Morrison.

—¿Qué dice? —señaló McCreary torpemente.

Hacía mucho tiempo que no empleaba el Morse y sus dedos respondían con lentitud y los grupos salían inciertos.

—Texto comienza… «Operaciones en marcha, punto. Se espera resultado pronto, punto. Informaré más tarde, punto»… Fin del mensaje. Lo he enviado.

—Está bien. ¿Otras noticias?

—Discusión Janzoon-Alfieri sigue adelante. Tema comando del Corsair. Diré más cuando nos veamos. El correo de palacio llegó al amanecer con noticias para Rubensohn. Terminan las noticias.

—Gracias. Recuerda los binoculares.

—Los llevaré esta tarde. Practique el Morse. Es difícil de leer.

—¡Vete al infierno! —transmitió McCreary.

Y luego apagó el conmutador, dejó a un lado los auriculares y encendió un cigarrillo. Estaba sonriendo para sí. Su conversación con Rubensohn comenzaba a tener efecto. Para encubrir sus propias maniobras, Rubensohn debía haber hablado con Janzoon y darle una versión particular de las ambiciones de Alfieri. Esto formaba parte de su técnica: enlodar las aguas y aprovecharse de la confusión de sus subordinados.

Bien, McCreary había contribuido en parte a estas aguas poco claras y como buen celta, gozaba con ello. Salió de la choza bajo el sol despiadado, llamó a Flor de Fuego

para que limpiara y ordenara la choza y luego bajó la ladera, silbando, para reunirse con los hombres de la cuadrilla.

Silbaba una antigua melodía de Kerry titulada Los sabuesos de Glenloe. Se refería a la cacería que trepaba cerros y se lanzaba pendiente abajo, mientras el astuto zorro viejo les observaba divertido. Desde hacía mucho tiempo que McCreary experimentaba gran simpatía por el Hermano Zorro.

Miranha dirigía un grupo de muchachos que ordenaban los grandes tambores de petróleo bajo un techo de hojas. Cuando McCreary se le acercó, mostró los dientes en una sonrisa manchada de betel e inmediatamente se lanzó en un áspero monólogo.

—Lo estamos haciendo bien, ¿verdad, señor? ¡Mire! Ya comienzan a tomar forma. Pero tiene que comprender a este pueblo. Se les sonríe, pero no hay que dejar de tenerles un ojo encima. Espero que esté satisfecho. Si necesita cualquier cosa, dígaselo a Miranha. Se la proporcionará de inmediato. Prometí cooperación al señor Rubensohn. Prometí servicio completo. Y cuando lo dije, lo decía de verdad. Valor a cambio de dinero, ¿eh? Eso es un buen negocio para ambos.

—Por cierto —dijo McCreary—. Lo está haciendo muy bien. Siga así. Ya le haré saber si necesito algo.

Miranha se humedeció los labios. Sus ojos enrojecidos miraron a ambos lados a la vez. Dijo en un susurro confidencial:

—Señor… este… ¿No podría venderme una botella de *whisky*, señor? Este vino de palma arruina los intestinos. Estoy dispuesto a pagar.

—Le daré una botella —dijo McCreary, cortante.

Miranha comenzó con un rosario de agradecimientos, pero McCreary le detuvo sin miramientos.

—Dígame, ¿cuánto le pagan por su trabajo?

—Tres libras esterlinas al día, en rupias indonesias. Por cierto, es una miseria, pero…

—Pero es más de lo que ganaría de otra forma y obtiene un recorte de la paga de los muchachos y un beneficio de todo el material que proporciona y de los alimentos que nos vende.

Miranha se encogió de hombros y abrió los brazos.

—Oh, un poco por aquí y otro poco por allá. Pero es un comercio normal, ¿eh? Eso es lo que busco… un comercio. Este trabajo me aparta de mis viajes habituales. Se me dará una pequeña parte de los beneficios, ¿no es verdad?

—No me pregunte a mí, Miranha. Su contrato es con Rubensohn. Yo sólo trabajo aquí. —Extrajo el paquete de cigarrillos y ofreció uno a Miranha—. Dígame, ¿dónde vende su género normalmente?

Miranha lanzó una nubecilla de humo y habló como un príncipe mercader, sin darle importancia a sus palabras.

—Oh, en Ambón, en Buru, hacia el Este en Kai Ketjil y hacia el Sur en Timor Laut y en Timor.

—¿Qué clase de género?

—Alimentos, especias, telas, cosas normales… Aquí, la mayoría se hace por trueque. Algunas veces por unas piedras o por oro y objetos de plata. En Dilli hay un pequeño mercado para las cosas europeas. Algunas veces una o dos chicas para mantener feliz al sultán. Usted ya sabe cómo van estas cosas.

—Seguro —dijo McCreary.

—Quizá… —vaciló Miranha—. ¿Quizá usted hace un negocio de vez en cuando?

—Un poco.

—¿Quizá podría darle alguna idea?

—¿Qué tiene en mente?

—Esto —Miranha señaló con el pulgar los tambores de petróleo—. En Dilli es lo mismo que el oro. Allí es la única parte donde puedo comprarlo. Y entonces no puedo traer lo suficiente en mercaderías porque me quita la mitad del espacio. Eso me hace gastar el doble de tiempo y baja mis ganancias a la mitad. Allí tiene más del necesario. Puedo hacerle una gran oferta. Piedras, jade, hermosas figuras y algunas otras cosas. Si le interesa, podría mostrárselas.

—Llévemelas a la choza una noche y hablaremos.

Miranha mostró sus dientes manchados en una sonrisa amplia y comprensiva.

—¡Bien, bien! Creo que le gustará lo que le llevaré. Y lo mantendremos en privado, ¿eh? Otra cosa… Si quiere una chica…

—Tengo una chica —dijo McCreary—, y es más de lo que puedo mantener. Ahora a trabajar. Quiero que en veinte minutos estén estos tambores ordenados. Luego podrá comenzar con las secciones de acero.

—Sí, señor.

Miranha se retiró, maldiciendo a los malayos en dialecto fluido y obsceno y McCreary le observó con irónica satisfacción.

Luego vio que Rubensohn se aproximaba al claro, como un rajá llevado en un palanquín por seis hombres. Vestía un traje de tusor y un panamá blanco y fumaba uno de sus inmensos cigarros.

Bajaron el palanquín y descendió torpemente, luego estudió el claro unos instantes, calculando el progreso de las obras con mirada crítica. McCreary tiró la colilla del cigarrillo y se acercó a él. Rubensohn le recibió con un alegre saludo.

—Esto es lo que me gusta ver, McCreary. Buena organización y trabajo rápido. ¿Tiene todo lo que desea?

—Por ahora, sí.

—¿Cuándo piensa comenzar a perforar?

—Es demasiado pronto para decirlo. Pero de aquí a una semana estaremos dispuestos. Quizá seis días.

—Bien. ¿Está satisfecho de Miranha?

—Hasta el momento, sí.

—¿Dispone de toda la mano de obra necesaria?

—Sí.

—Una cosa, McCreary. Lo siento, pero tendré que quitarle a Agnello por un par de días.

—¿Por qué?

Rubensohn se encogió de hombros y blandió el cigarro.

—Recibí un mensaje del palacio. Uno de los obsequios del sultán era un equipo mecánico: una planta eléctrica por una parte y el coche… Desea tener ambos en funcionamiento. La planta es el trabajo más importante… hay muchos cables que tender y…

—No puede tener a Agnello —dijo McCreary.

Rubensohn frunció el entrecejo.

—No comprende, McCreary. Esto es…

—Comprendo perfectamente bien. Me dio libertad de trabajo y de acción en este lugar. Está viendo en la etapa que nos encontramos. Si no dispongo de Agnello, no podré poner en funcionamiento el equipo dentro de un plazo conveniente. Es tan simple como todo eso.

Rubensohn se mostró súbitamente apologético.

—Lo siento, McCreary. Pero usted ya sabe cómo se llevan las cosas en esta isla. El sultán es el «Ombligo del Universo»… primo hermano de Dios Todopoderoso. No puedo negarme a su petición. Nos podría expulsar con un simple movimiento de la mano.

McCreary pensó unos instantes. El punto central estaba muy claro, pero si alguien iba a ir al palacio, tendría que ser una persona que aprovechara la ocasión para ayudar a Lisette y a él mismo.

Dijo con irritación:

—¿Para qué perder un buen ingeniero en un trabajo tan simple como ése? Cualquier aprendiz de electricista podría hacerlo. ¿Por qué no me deja a Agnello y envía a Guido? Es el operador de radio… y puede tender los cables y conectarlos al generador. Y también puede conducir un coche. ¡Maldita sea, Rubensohn, tengamos más cuidado en estas cosas! Me importa un pepino si el sultán continúa acostándose a la luz de una vela durante el resto de sus días, pero a ambos nos importa que este pozo comience a ser perforado según lo determinado previamente. Agnello debe quedarse.

Rubensohn se mostró muy contento con la sugerencia.

—Por cierto. ¿Por qué no se me habrá ocurrido? Guido es el hombre indicado. Le enviaré esta misma tarde.

—Es mejor que lo haga mañana —dijo McCreary—. Esta tarde vendrá al campamento. Mi transmisor no está bien y necesito que lo revise.

Rubensohn le dio unas palmaditas en la espalda.

—Me gusta su forma de trabajar. Me hace sentirme confiado en el futuro.

—Estoy seguro que así es —dijo McCreary amargamente—. Ahora bien, si desea echar un vistazo, puedo darle diez minutos. Agnello no sabe suficiente malayo y tengo que enseñar a una docena de muchachos a montar y unir las secciones de la torre.

Pero Rubensohn no era una persona fácil de sacudírsela de encima. Incluso después que McCreary le dejara para comenzar a trabajar en el montaje de la torre, se paseó por el claro observando el trabajo con mirada astuta y apreciativa. McCreary temió que no se marcharía antes de la llegada de Guido y que perdería esta primera y débil oportunidad de comunicarse con Lisette.

Sin embargo, poco antes del mediodía, Rubensohn comenzó a dar muestras de fatiga. El traje de tusor estaba manchado de sudor bajo las axilas y su rostro pálido perlado de transpiración. Se sentó en un tronco y se enjugó las mejillas y trató de fumar otro cigarro. Entonces, abruptamente, se rindió. Hizo señas a los portadores y se marchó en su palanquín, desapareciendo al cabo de pocos minutos tras la punta de tierra.

McCreary bajó de la armazón y llamó a Agnello para que se le reuniera.

—Agnello, vamos a beber una cerveza.

—Como quiera. Pero aún no es el mediodía.

—Los muchachos trabajan bien. Podemos dejarles. Quiero hablarle.

Subieron juntos la pequeña pendiente que los separaba de las chozas y llegaron rendidos a la sombra que olía a hojas, a hierba fresca y al perfume de Flor de Fuego.

McCreary trajo las cervezas, brindaron y bebieron el primer vaso de un solo trago.

—¿Quiere otra, Agnello?

—Gracias. Baja con tanta facilidad…

Esta vez la sorbieron lentamente, saboreándola con agrado. McCreary dijo sin preámbulos:

—Tengo que decirle algunas cosas, Agnello. Es una larga historia.

Agnello asintió.

—Anoche me despertó. Gritaba en sueños.

—¿Dije mucho?

—Bastante.

—Le contaré el resto. Una vez que termine, usted decidirá si puede ayudarme o no. Comprenderé su posición si se niega a hacerlo, pero debo contar con su reserva.

—Puede contar con ello —dijo Agnello en su voz grave y práctica.

McCreary le contó todo. Cuando terminó, el rostro de Agnello estaba más largo que nunca y sus ojos reflejaban ira. Dijo simplemente:

—Es un negocio sucio. Y vender en esa forma a una mujer es lo más sucio de todo. Tengo dos hijas… buenas chicas. Es lo que más siento.

—¿Me ayudará entonces?

—Lo haré, si puedo. ¿Qué desea hacer?

McCreary le informó sobre los deseos del sultán y la forma en que había convencido a Rubensohn para que enviara a Guido. Luego continuó:

—Creo que Guido podrá ponerse en contacto con Lisette. Al menos podrá hacerse una idea de la distribución del palacio y, especialmente, de las habitaciones de las mujeres. Esta tarde, cuando venga, le llevaré a lo alto de la montaña para ver qué espectáculo ofrece el palacio desde allí. En los próximos días, quizá tenga que pasar más y más tiempo en ese lugar. ¿Puede hacerse cargo del campamento y vigilar el trabajo? ¿Y responder a las preguntas de Rubensohn si llega cuando yo no me encuentro presente?

—No hay ningún problema —dijo Agnello—. Pero debe pensar más adelante y proyectar sus planes.

—Lo sé —dijo McCreary—. Pero aún no puedo proyectar mucho. Tengo que jugar las cartas a medida que me van llegando. El mayor problema es salir de la isla una vez que tenga a Lisette… Miranha tiene una lancha…

—No puede confiar todo esto a Miranha.

—No tengo que hacerlo. Quiere que le venda combustible. Le hice notar que no podía hacerlo abiertamente o todo de una vez. Le sugerí que llevara su cáscara de nuez a la rada pequeña de forma que pudiera entregarle un tambor ahora y luego el resto. Podrá bajar el combustible durante la noche. Se quedará allí en tanto crea que exista una posibilidad de sacar más. Así entonces tendremos nuestra lancha llena de combustible y pronta a zarpar en el momento que la necesitemos.

Agnello silbó suavemente.

—*Madonna mia*! Puede resultar. Y si se consiguiera una de las canoas de los nativos y se dedicara a la pesca nocturna, así podrían acostumbrarse a verle de noche…

McCreary sonrió ante su entusiasmo.

—Bebamos otra cerveza.

—No, gracias —dijo Agnello con su media sonrisa—. Bajaré a vigilar el trabajo. Estos muchachos son inteligentes… pero son como en el sur de nuestro país. Prefieren cantar y tomar el sol a trabajar honestamente un sólo día.

McCreary le observó alejarse lentamente por la pendiente en dirección a la armazón de la torre, fumando su pipa, con su aspecto de cándida alegría; el hombre que se encargaba de los motores del barco mientras los pasajeros se dedicaban a beber y a seducirse las mujeres mutuamente.

Volvió a entrar en la cabaña, cogió lápiz y papel y comenzó a trazar un dibujo rápido del campamento.

La muchachita morena llegó y se sentó a sus pies, observándole con mirada expectante y los ojos muy abiertos. McCreary le acarició la cabeza con un gesto ausente y ella se reclinó contra él.

McCreary la ayudó a ponerse de pie y cogiéndola suavemente la sentó sobre la mesa. Se quedó allí sentada, sonriendo como una pequeña muñeca morena, con sus

senos pequeños y altos y la piel color de miel, y sus manos delicadas y expresivas.

Le preguntó gentilmente:

—¿Qué hacías en el palacio?

—Servía a las mujeres del sultán. Algunas veces, cuando una estaba enferma, bailaba en las danzas *djoyed*.

—¿Vivías dentro como las esposas del sultán?

Ella rió ante su ignorancia.

—No. Sólo las esposas y las concubinas viven así. Nosotras quedábamos en libertad de entrar y salir. No estábamos casadas ni éramos prometidas ni concubinas.

—¿Qué te hubiera sucedido si no estuvieras conmigo?

Se encogió de hombros con indiferencia.

—Uno de los sirvientes podría haberme pedido en matrimonio. Quizás el sultán me habría dado como obsequio a uno de los cortesanos. Éramos su propiedad y podía disponer de nosotras.

—¿Naciste en el palacio?

—No. Nací en la aldea. Pero mis padres me llevaron al palacio porque eran demasiado pobres para pagar los impuestos del sultán.

—¿Qué hacen las mujeres… las esposas del sultán?

—Se sientan y charlan. Escuchan música tras las pantallas. Comen y tienen hijos. Algunas veces se pasean por el jardín a la sombra de los grandes árboles. Y ningún hombre se acerca a ellas… sólo el sultán. Ningún hombre. Hay guardias en las puertas y la muerte espera a cualquiera que entre.

—¿Nunca tienen amantes?

Sus ojos se abrieron desmesuradamente por la sorpresa y se notó en ellos cierto temor.

—¡Oh, no! ¿Quién podría arriesgarse a sufrir las torturas y la horrible muerte?

—¿Qué quieres decir?

Se lo dijo, acompañándose de elocuentes gestos con sus manos pequeñas y graciosas.

—Si una mujer fuera infiel al sultán, ella y su amante primero sufrirían torturas uno frente al otro. Luego se les ataría juntos y se les lanzaría dentro de Gurung Merapi, la montaña de fuego.

Era suficiente para calmar el ardor de los amantes, pensó McCreary. Se imaginó a Lisette entre las otras concubinas dentro del jardín amurallado y sintió una oleada de ira contra Rubensohn por lo que le había hecho. Flor de Fuego le observaba confundida. Cogió un cigarrillo y lo insertó en un extremo de la boca. Cuando se movió para encenderlo, la muchacha le quitó el mechero de las manos y rió alegremente cuando logró sacarle una llama. Fumó unos momentos en silencio, pensando en la forma de pronunciar la siguiente pregunta. Recordó la advertencia de Guido diciéndole que ésta también era una mujer… totalmente capaz de sentir celos y de vengarse. Entonces se le ocurrió una idea. Dijo midiendo las palabras:

—La mujer que fue obsequiada al sultán era mi hermana.

Para sorpresa suya, Flor de Fuego rió alegremente y palmoteo las manos.

—Entonces ambos sois afortunados. Es un gran honor ser la esposa del sultán.

—No —dijo McCreary gravemente—. Siento nostalgia de ella. Éramos como dos flores con un mismo tallo… como judías de un mismo plato. Ella no deseaba ir al palacio. Quería casarse con uno de su propia clase. Yo quería tenerla a mi lado cuando también llegara la hora de casarme. ¿Puedes comprender todo esto?

—Sí. Algunas veces había mujeres que no deseaban entrar en el palacio. Estaban tristes y lloraban muy seguido… pero sólo cuando el sultán no estaba presente.

—Quiero enviar un mensaje a mi hermana —dijo McCreary cautelosamente—, y que ella me envíe un mensaje a mí. Pero sólo una mujer puede entrar en las habitaciones de las esposas. Si supiera que está feliz yo también lo estaría. ¿Sabes cómo podría hacerle llegar el mensaje?

—Yo puedo llevárselo.

—¿Podrías hacerlo?

—Por cierto. Así es como entran y salen las noticias del palacio. Nosotras pertenecemos al palacio. Podemos volver en cualquier momento. Los guardias nos conocen y nos dejan pasar libremente.

—Vaya, que me aspen —dijo McCreary, en inglés—. Y es tan simple como todo eso.

—Y cuando sepas que ella es feliz —dijo Flor de Fuego cándidamente—, ¿comenzarás a sentirte feliz conmigo?

Entonces se dio cuenta de que no era tan simple. Era todo bastante complicado. Si no tenía cuidado con esta muchacha, le envenenaría el arroz y Lisette podría terminar su vida en manos del verdugo del sultán.

XIII

—¿Qué ves, Guido?

—Es angosto —dijo Guido ocultamente—. Angosto como la manga de un barco. Cuando se mira de frente, se ensancha a todo lo largo de la ladera del cerro. Pero desde aquí, no tiene profundidad. El cerro es como un farallón y la meseta es muy angosta. Es el jardín lo que engaña.

Estaban tendidos en la parte alta de la cresta de la entrante sobre el campamento y observaban el palacio del sultán por la ladera del cerro. A sus pies yacía la selva y sobre ellos la vegetación menor de las alturas. Dos peñas inmensas les ocultaban y los binoculares acercaban el edificio casi al alcance de la mano.

—¿Ves algo más, Guido?

—A este costado del palacio hay unas columnas y el jardín tiene una fuente semioculta por los árboles. ¡No… espere! Este jardín está totalmente amurallado. No se une a los jardines colgantes del frente.

—¿Puedes ver a alguien?

—No. Todo está en sombras.

—Son las tres. Flor de Fuego dijo que salían a pasear en las horas de mayor frescor.

—Pero quizás éste no es el jardín de las mujeres.

—Tiene que ser —dijo McCreary—. Está al mismo lado de la pantalla que vimos. No se comunica con los otros jardines. Tiene que ser.

—Tenga, mire usted mismo.

Guido le alcanzó los binoculares, se apoyó en la roca y encendió un cigarrillo. McCreary enfocó nuevamente y estudió con detención el jardín manchado de sombras tras el alto muro y las elaboradas columnas que cerraban la extensión. De la fuente brotaba un chorro de agua cristalina, pero a no ser que estuvieran ocultas entre los árboles, en el jardín no había ninguna mujer. Se verían con toda claridad con sus vestidos de brillantes colores. Quizá si esperaba un poco, las vería salir del palacio. La tarde recién comenzaba.

Cambió de posición y comenzó a escudriñar la verde ladera que se extendía entre el punto de observación y las inmediaciones del palacio.

Éste sería el camino a recorrer cuando sacara a Lisette… por la ladera de la montaña, subir luego los cerros secundarios y descender por la entrante hacia el campamento. El recorrido normal les estaría vedado por los guardias y por los aldeanos que les verían fácilmente.

Estudió la ladera con cuidado, paseando su vista por el borde de la selva y por la montura donde la vegetación escaseaba más. No había ninguna brecha. La alfombra

verde era infranqueable, como si por costumbre o por orden superior, esta parte del palacio estuviera prohibida a los pobladores de Karang Sharo.

McCreary bajó los binoculares y se restregó los ojos.

—Nada todavía. Esperaremos un poco más.

Descanse, *amico*. Dígame qué quiere que haga mañana.

McCreary apoyó la espalda contra una roca y comenzó a darle las instrucciones, en voz clara y precisa. Tenía todo pensado con cuidado.

—Primero, subirás al palacio en la mañana para instalar una planta eléctrica. No es muy grande, de manera que no alcanzará a iluminar todo el palacio. Creo, y podría estar errado, que se te hará iluminar las habitaciones del sultán. Espero que se te pida extender los cables hasta los aposentos de las mujeres. Antes tendrás que buscar un sitio para el motor, fuera del palacio y luego tendrás que trabajar en un plano para las extensiones de los cables. Eso te proporcionará una excusa para usar lápiz y papel y dibujarme algunos planos… salidas, entradas, posiciones de los guardias y, lo más importante, las diversas formas de entrar en las habitaciones de las mujeres. Te podría ayudar bastante el hecho de buscar un lugar accesible para el tablero de conmutadores. ¿Está claro hasta ahora?

—Como el cristal —dijo Guido alegremente.

—¿Sabes suficiente malayo?

—Sólo… sólo para las necesidades principales. Ya lo sabe… dinero, comida, licor…

—Y mujeres. Bien, es una lástima que seas tan ignorante, de otra forma podrías haber obtenido muchas informaciones al charlar con los sirvientes o con el visir o con cualquiera que tuvieras a tu lado.

—Déjelo por mi cuenta, *Compar’*. Podría sorprenderle.

—Así lo espero. Ahora, escúchame, Guido, ésta es la parte más importante. No sé las posibilidades que tengas de entablar contacto con Lisette… probablemente ninguna, maldita sea. No puedes arriesgarte a enviar una nota. No puedes arriesgarte a hablar directamente con ella, aun cuando la veas. Pero, de alguna forma, tienes que intentar decirle que estamos proyectando sacarla de allí y que debe observar esta parte del palacio y cuando reciba un mensaje de mi parte, debe actuar de inmediato, sin importarle cómo.

—Se lo cantaré —dijo Guido, con voz cargada de ironía.

—Eso es exactamente lo que vas a hacer —dijo McCreary sutilmente—. Y por el amor de Dios, cántalo en inglés y no en napolitano. ¡Incluso el Papa de Roma no podría entenderte!

—¡Me ofende, *amico*! El napolitano es el idioma de los enamorados. Hasta la muchacha que tengo para mí está aprendiéndolo. Y a propósito de enamorados, no me ha dado tiempo para hablarle de nuestros amantes del *Corsair*.

—¿Y quiénes son ésos?

—Janzoon y Alfieri. —Guido se apoyó en la roca y rió de buena gana—. ¡*Mamma mia*, qué espectáculo! Comenzó en el instante mismo que Rubensohn abandonó el barco. Mi cabina está cerca del puente de mando. Escuché a Janzoon que llamaba a Alfieri por el altavoz. Y cuando llega, *Janzoon* le dice que el amo le ha contado que Alfieri le ha pedido el puesto de capitán una vez que se retire Janzoon. Alfieri maldice y lo niega. Le gustaría decir que el amo es un mentiroso, pero no se atreve. Janzoon le desnuda como un plátano, le da trabajo extra, le cancela las bajadas a tierra y le dice que anotará todo su comportamiento en la bitácora. Durante todo el tiempo, Alfieri se mira su nariz de veneciano y calla porque no sabe de qué parte está jugando y quién va a ser el que pague los platos rotos al final. Oh, y otra cosa…

—¿Sí?

—Janzoon me dio un mensaje para usted. Bajará a tierra en la mañana. Vendrá a hacerle una pequeña visita.

—¡Vaya! —exclamó McCreary entre risas—. ¿Por qué lo hará?

Volvió nuevamente a enfocar los binoculares hacia el jardín del palacio. En su punto más bajo, el muro parecía tener tres o cuatro metros de altura; y en el punto más alto, la caída era al menos de quince metros hasta los árboles de la selva. Se necesitaría de cuerdas y de garfios para escalarlo. Sería más fácil salir que penetrar en el recinto. Cerca del ángulo inferior había un árbol inmenso y sus ramas eran gruesas y colgaban casi hasta el mismo suelo del jardín. De pronto, sus ojos fueron atraídos por el brillo de colores entres las sombras de las columnas. Lo perdió unos instantes y luego apareció nuevamente y surgieron dos figuras vestidas con brillantes *sarongs* que caminaban cogidas de la mano hacia la fuente. McCreary le alcanzó los binoculares a Guido y le dijo agudamente:

—Observa, Guido, y dime… ¿son hombres o mujeres? A esta distancia se ven todos completamente iguales.

—Para mí no, *amico* —dijo Guido con la convicción de un gran conocedor—. Déjeme ver… No, son mujeres. Y ahora salen dos más, pero ninguna es Lisette.

—¡No nos hemos equivocado! —exclamó McCreary con excitación—. Ésos son los aposentos de las mujeres y su jardín. Ahora sabemos dónde buscarla.

Pero, aun cuando esperaron y esperaron, turnándose en los binoculares, no pudieron distinguir a Lisette entre las mujeres que se paseaban por las sombras del jardín con sus brillantes atavíos. Al cabo de mucho tiempo, dieron por agotadas las posibilidades y se alejaron lentamente en dirección al campamento.

Los isleños deambulaban como hormigas por el claro y la armazón de la torre de perforación se erguía como una tela de araña gigante contra el cielo color melocotón.

Esa misma noche, después de cenar, llegó Miranha a verle.

Agnello guiñó un ojo solemnemente a McCreary y salió al exterior a fumar su pipa. Las dos muchachas entraron en la choza y se sentaron en la cama, curiosas como un par de chicuelos, mientras Miranha esparcía su mercadería sobre la mesa iluminada por la lámpara de petróleo.

Lo primero fue una bolsa de piel llena de diamantes de río, en bruto y sin brillo, que Miranha desplegó sobre la cubierta. McCreary los estudió con oculto interés. Un lapidario podría haber calculado su valor aproximado, pero, para McCreary podrían haber sido un puñado de guijarros. Había otras piedras, esmeraldas y rubíes, cortadas en cabujón y dispuestas en la débil filigrana de la artesanía nativa; dos figuras de jade pequeñas, talladas exquisitamente; un juego de marfiles indios representando las manifestaciones de *Siva*[10]; una serie de ornamentos elaborados de fina artesanía y un par de dagas enjoyadas.

McCreary estudió las piezas en su mano, atraído por su belleza extraña y exótica, sin embargo, tuvo cuidado de ocultar su interés a los ojos atentos de Miranha. Dijo con indiferencia:

—¿Cuál es su valor?

—Es mayor para usted que para mí. Verá que le soy honrado. Mi mejor mercado es Dilli: allí me ofrecen quizá la décima parte de su valor y tengo que aceptarlo. Pero usted, cuando se marche, podrá sacar un gran beneficio. Es buena calidad, puede verlo.

—¿Cuál es su valor para usted, ahora?

—Digamos, ¿trescientos galones? ¿Treinta tambores?

—¡Trescientos! —McCreary rió en sus barbas y apartó la mercadería sobre la mesa—. ¿Por quién me ha tomado, Miranha?

—¿Veinte tambores?

—Digamos quince y podríamos hacer negocio. Dije «podríamos». —McCreary blandió un dedo a modo de advertencia—, porque existe un riesgo en esto. Si Rubensohn lo descubre, yo voy al fuego y usted también. Yo pierdo mi trabajo, usted su ganancia y el combustible. Esos tambores son de diez galones. ¿Cómo espera llevárselos sin que lo descubran? No puede hacerlos rodar hasta la playa bajo las narices de Rubensohn.

—Podría venir de noche y sacar el combustible con una manguera.

—Al infierno con esa idea. Una vez que comencemos a perforar, sólo Dios sabe quién estará de noche. No, si quiere hacer el trato, lo haremos de la siguiente forma. Saque su lancha de la bahía principal y la ancla en la rada de aquí abajo. Luego puede subir de noche y coger un par de tambores cada vez. Y tampoco todos en una semana. Cualquier idiota con un solo ojo podría descubrirlo si se los llevara todos de una vez. Si lo hace durante un mes o seis semanas, nadie lo notará. Los motores trabajarán de día y de noche durante el período de perforación y quiero que esto pase como un gasto normal.

Miranha no pareció satisfecho y trató de regatear.

—Quince tambores… ciento cincuenta galones… es muy poco para lo que pago.

McCreary le despidió con un gesto.

—No es nada para mí, Miranha. Usted abrió las negociaciones. Tómelo o déjelo.

—¿Quizá… quizá por otra botella de *whisky*…?

—Aceptaré lo del *whisky* porque soy irlandés y generoso. ¿Está claro?

—Esto es un robo —dijo Miranha lastimosamente—. Pero, en todo caso…

—Sabe que está haciendo un magnífico negocio —dijo McCreary con una sonrisa —. La mitad no tiene valor alguno y la otra mitad me costará la suela de los zapatos y cientos de comisiones para…

Se escuchó un estruendo como el que hace al pasar un tren expreso y la tierra se estremeció violentamente bajo sus pies. Las muchachas chillaron y la lámpara se balanceó en el techo de un lado a otro. Luego pasó el ruido y la tierra dejó de moverse y se miraron mutuamente con ojos asustados.

—Temblores de tierra —dijo Miranha con inquietud—. Los tenemos a veces. Estamos en la zona. Pero éste fue grande. En algunas ocasiones… —Se humedeció los labios y señaló hacia la pared posterior de la choza—. En algunas ocasiones me he preguntado si el Gurung Merapi va a despertar y nos hará volar a todos al mismo infierno. Su sueño ha durado mucho últimamente.

McCreary se acercó a la puerta y llamó en la oscuridad:

—¡Eh, Agnello! ¿Se encuentra bien?

La voz de Agnello le llegó desde la torre.

—Sí, estoy bien. La armazón no ha sufrido. La revisaré mañana por la mañana. No hay otros daños.

McCreary volvió a la choza para recoger las piezas traídas por Miranha y le entregó una botella de *whisky*.

—Mañana —dijo Miranha ansiosamente—. Mañana por la noche traeré la lancha por el extremo del cabo y podré comenzar la cosecha, ¿eh?

—Exacto. Pero, recuerde, tiene que hacerlo poco a poco. Mientras más tarde, más me gustará.

—Y si saca petróleo, quizá podría ofrecerme un trato mejor, ¿eh?

—Si saco petróleo —dijo McCreary—, le regalaré todos esos malditos tambores.

Metió la botella de *whisky* bajo el brazo de Miranha y le empujó fuera de la choza. Luego se sentó junto a la mesa y estudió con mayor detención las piedras y figuras y recorrió con sus dedos la suave superficie del jade. Las dos muchachas llegaron a mirar por sobre su hombro y susurraron excitadas.

Le entregó a cada una un broche de oro, luego les dio unas palmadas en el trasero y les ordenó que se fueran a la cama. Era una de las formas de mantenerlas felices, pero necesitaría ser mucho más rico que ahora para continuar en esta forma.

Envolvió el resto en una camisa sucia y metió el bulto en su bolsa, luego salió al exterior bajo la suave luz de la luna para fumar un cigarrillo con Agnello.

Se pasearon lentamente por el claro, buscando señales de algún daño sufrido a causa del temblor, pero no encontraron nada. Mientras caminaban, McCreary resumió brevemente a Agnello los acontecimientos del día.

Cuando hubo terminado, el ingeniero dijo en tono grave:

—Hasta ahora todo marcha bien. Tiene dos posibilidades de comunicación con el palacio… Guido y la muchacha. Tiene una lancha, pronta y llena de combustible para sacarle de la isla. Cuenta con dos amigos… Guido y yo. Posee una pequeña fortuna en piedras para comenzar en alguna parte. ¿Sabe qué haría yo ahora si estuviera en sus zapatos?

—¿Qué cosa?

—Me marcharía —dijo Agnello impasiblemente—. Trazaría un plan rápido y seguro, cogería a la muchacha y abandonaría la isla. Olvídese del petróleo. Olvídese de Rubensohn. —Con el extremo de la pipa señaló el cono de Gurung Merapi, cuyo penacho de humo parecía más enfadado ahora, después del temblor—. Escuche, si desea un consejo, allí lo tiene. Está sentado en la boca de un volcán. Váyase antes de que se destape.

—¡No! —dijo McCreary en tono amenazador—. Quiero a Rubensohn. Le quiero ver desposeído y desnudo del todo, tal como es, y quiero llevarme todo lo que es suyo.

—¿Por qué? —El rostro graciosamente largo de Agnello demostraba confusión e inquietud.

—Creo —dijo McCreary, sonriendo—, que ésa es la pregunta clave, ¿verdad? No estoy seguro de conocer la respuesta, pero podría ser algo así. Existen millones de mujeres en el mundo con las cuales uno se podría acostar, tener hijos y vivir dentro de una felicidad moderada. Pero sólo existe una que es tan adecuada y perfecta para uno que todas las otras resultan indiferentes y sin sabor. También existen veinte millones de bastardos en el mundo que uno gozaría con romperles todos los dientes. Pero siempre está el número uno, el mayor de todos. Cualquier cosa que haga este tipo, para uno es dos veces peor. Se le odia el doble y se le desea ver dos veces muerto y que sufra una docena de veces más. Probablemente —concedió McCreary con amargura—, sea porque es tan similar a la propia imagen secreta de uno que no se puede soportar ni siquiera verle. Tampoco estoy seguro de esto. Pero así es como me siento ante Rubensohn. Si me largo ahora… incluso con Lisette… Rubensohn seguirá su camino, intocado e intocable. Hasta podría utilizarle a usted para perforar el pozo y sacar el petróleo una vez que se hayan comenzado los trabajos dirigidos por mí. O podría traer a otra persona para hacer lo mismo. Le costaría tiempo y dinero, pero él continuaría en su senda mientras nosotros vagábamos por el mundo como un par de fugitivos. Aun cuando lográramos escapar… ¿dónde podríamos dirigirnos… sin dinero, sin identidades legales? Estoy acusado de asesinato en Yakarta… y eso significa que el cargo existe en tres mil islas entre Nueva Guinea y Singapur. Lisette ha sido vendida por un trozo de papel para que Rubensohn pueda sacar unos pocos millones. No le dejaré escapar con ello. No puedo hacerlo. Y éste, Agnello, amigo mío, es el discurso más largo que he pronunciado en mi maldita vida.

Si Agnello encontró una respuesta, no tuvo tiempo de articularla. El rugido se escuchó nuevamente y la tierra se estremeció bajo sus pies y aterrorizó a las

muchachas que salieron a escape de la choza y corrieron a reunírseles en el claro.

Cuando volvió el silencio y la tierra se calmó, Agnello miró la encolerizada montaña y dijo suavemente:

—Algún día hará volar todo por los aires. Espero que ese día no esté presente.

XIV

Al día siguiente, los isleños de Sharo llegaron temprano y se les puso a trabajar de inmediato en la torre misma, para reforzar los cimientos contra los temblores de tierra y unir las secciones de acero en el alto y típico cono. McCreary y Agnello se dedicaron a los lechos que servirían de base a los motores, enterrando sólidamente los troncos en la tierra y uniendo los bloques con la mayor firmeza posible a las muescas talladas en la madera.

Rubensohn llegó cuando el sol ya estaba alto, sudoroso y ansioso por saber los efectos de los temblores. Le prestaron muy poca atención y al cabo de media hora ya se había marchado.

Miranha, con los ojos enrojecidos y su aspecto de espantapájaros y la botella de *whisky* bajo el cinto, deambulaba entre las cuadrillas maldiciéndoles groseramente para que trabajaran más de prisa, mientras los muchachos cantaban suavemente y le sonreían cubriéndose el rostro con las manos.

McCreary trabajó con intensidad, sin consideración, tratando al mismo tiempo de apartar sus pensamientos de Lisette y preguntándose a cada momento qué estaría haciendo Guido en el palacio.

Al mediodía bebió una botella de cerveza, comió una porción de papaya y a los veinte minutos estaba de vuelta, trepando por la armazón de la torre y revisando el trabajo de los isleños.

A las tres de la tarde, apareció el capitán Janzoon.

McCreary le condujo a un lado del claro, se sentó sobre un tronco y le ofreció un cigarrillo.

El rostro de Janzoon estaba congestionado y cubierto de sudor. Su barba aguda se estremecía violentamente y la voz gruesa le salía tartamudeante.

—La proposición, McCreary… he pensado en ello, como se lo prometí. Creo… creo que ahora podemos hacer negocios.

—Ahora lo cree —dijo McCreary secamente—. ¿Y cuál es su ofrecimiento?

—Podemos unirnos —dijo Janzoon rápidamente—. Trabajamos juntos y nos deshacemos de Rubensohn y partimos mitad y mitad. Ésa fue su propia idea, ¿recuerda?

McCreary rió. Janzoon le observó, furioso y confundido, mientras las aves asustadas chillaban en las grandes ramas del árbol a sus espaldas.

—Si hay algo que le divierte, ¿por qué no me lo dice?

—Me río de usted, Janzoon.

—¿Por qué?

—Rubensohn me pidió que nos uniéramos y que nos deshiciéramos de usted.

Janzoon abrió la boca sin poder evitarlo. Para ser un hombre tan alto y con el grado de capitán en sus charreteras, presentaba muy poca lucha. Dijo en tono vacilante:

—¿Lo… lo dice en serio?

—Así es —dijo McCreary—. Me pidió que le matara. Pensó que Alfieri podría hacerse cargo del barco y que podríamos repartirnos su tajada.

—Pero… pero, usted no cree eso. Usted sabe lo que está tratando de hacer, ¿verdad? Dejarnos a los dos fuera del juego: que nos destruyamos el uno al otro.

—También lo sé. —La voz de McCreary tuvo un tono muy duro—. De manera que es mejor que yo cuide de mí mismo. Seguiré mi propio camino y al infierno con ustedes dos.

—¡Pero, escuche, McCreary! —El inmenso puño de Janzoon le cogió de una manga.

McCreary le apartó la mano bruscamente y se encaró.

—Es mejor que usted me escuche a mí, Janzoon. Hace un par de días atrás podríamos haber entrado en tratos. Ahora no. Usted sabía lo que iba a sucederle a Lisette, sin embargo nada me dijo. Y más importante aún, ni siquiera alzó una mano para impedirlo. La llevó al palacio con Rubensohn y presenció cómo era entregada como si se tratara de una mercancía. Y aún trata de aprovecharse de la situación. Y lo gracioso es que jamás sabrá quién fue el que apretó el gatillo… yo o Rubensohn. Ahora salga de aquí. Tenemos mucho trabajo.

McCreary le observó mientras se alejaba; era un hombre del tamaño de un toro, ambicioso, pero cobarde. No sintió lástima. Ni siquiera podía utilizarle. Estaba cansado de los susurros misteriosos y de las intrigas. Se estaba preparando para la lucha… y cuanto antes comenzara a perforar antes sería el comienzo. Tiró la colilla del cigarrillo y se dirigió donde Agnello se esforzaba por colocar un compresor en los agujeros de los pernos.

Hacia el atardecer se había terminado de construir el armazón principal de la torre y los motores descansaban sobre sus bases. El trabajo había sido hecho con rapidez y estaban satisfechos de lo logrado. McCreary le gritó a las muchachas para que le llevaran ropa limpia y bajaron al arroyo para bañarse, limpiarse y refrescarse para la cena. Dejaron que el pequeño chorro de la cascada les cayera sobre el cuerpo mientras las muchachas les observaban desde la orilla y hacían comentarios en su dialecto local.

Luego, secos y vestidos, tiraron las prendas sucias a las chicas y las dejaron lavándolas y restregándolas contra la suave superficie de las piedras del arroyo. Cuando surgieron de los matorrales, vieron a Guido que ascendía por el sendero.

McCreary corrió a su encuentro.

—¿Qué novedades tienes, Guido? ¿Pudiste verla? ¿Lograste enviarle un mensaje…?

Guido detuvo la andanada de preguntas con un gesto cansado.

—No la vi, pero creo que pude enviarle un mensaje. Y si no puedo lavarme y beber una cerveza de inmediato, jamás sabrá el resto. *Che brutta giornata*! ¡Maldito día!

Le llevaron junto al arroyo y esperaron a que se bañara. Luego volvieron rápidamente a la cabaña, le sirvieron un par de vasos de cerveza y sentaron junto a la mesa bajo la lámpara de petróleo, mientras trataba de organizar los acontecimientos del día y sus descubrimientos.

—Primero, entramos, igual que la noche de la fiesta, sólo que esta vez es de día y puedo ver dónde pongo los pies. Las puertas son de teca lo mismo que los muros; de cuatro metros de altura y terminadas en agudos pinchos. Todo el muro del frente es muy ancho, como una rampla, y los guardias se pasean por allí continuamente. Tal como usted vio, tienen unos arcabuces inmensos. Sólo Dios sabe si han disparado alguna vez, pero es a los *kris* a los que hay que temer. Ahora, los jardines… son sólo terrazas y peldaños entre medio. Me llevaron por la misma entrada… puertas talladas, abiertas, pero con guardias… un hombre a cada lado. Ahora ya estoy dentro. Es una entrada, de manera que… —La describió rápidamente—. A la izquierda, puertas pantallas guardadas. Más tarde supe que conducían a las habitaciones del sultán y, más arriba, a las habitaciones de los cortesanos. Bien, veamos esto primero. Me costó trabajo descubrirlo, pero es importante. Toda la planta con todas sus habitaciones es para el sultán… sus aposentos particulares, las salas de recepción, las habitaciones de las mujeres y las cocinas. Todo el resto está en los otros pisos… dos, tres pisos, porque el «Ombligo del Universo» no puede hacer nada que le fatigue, como subir peldaños. Bien, ya llegamos. Debo instalar luces en el gran salón del trono… es un magnífico espectáculo cuando el sultán está allí con toda su Corte. Creo que tiene miedo de desplegar estas novedades extrañas en sus habitaciones privadas. Es una gran desilusión pero, recuerdo que tras la pantalla están las habitaciones de las mujeres. Luego trato de explicar que necesito encontrar un lugar para el motor y el generador. Se sonríen, charlan, pero para mí no tiene ningún sentido. Luego, por fin, me conducen al jardín… no al jardín de las mujeres, pero a la terraza bajo el mismo, de manera que alcanzo a ver el muro y el gran árbol. Instalo los aparatos y extiendo el cable principal por todo lo alto del muro para permitirme una ligera visión del interior. También mido la altura y es lo mismo que vimos con los binoculares. Cualquiera puede salir trepando por las ramas del gran árbol y por sobre el muro, pero entrar es muy difícil si no se cuenta con cuerdas y un garfio.

—¿Quieres decir que Lisette podría salir por sí misma?

—*Sicuro*! —asintió Guido vigorosamente—. Y si alguien la espera en el exterior, aún será más fácil.

—Continúa.

—Después entro para extender los cables. El trabajo lo hice burdamente, con los cables que cuelgan de un pilar a otro y las bombillas desnudas entre medio… pero a nadie le importa. Piensan que es una maravilla. Y mientras trabajo, canto a todo

pulmón, fuerte y claro, de manera que al comienzo me creen loco, pero después se ponen a reír. Invento una letra que vaya con la canción «Marechiare» y me refiero a una chica que va todas las noches a un jardín a observar la montaña donde su amante la espera y le hará una señal con una linterna… una sola vez, nada más. Luego me refiero a un día en que tendrá un mensaje y la misma noche la señal será tres veces el destello de la linterna, lo que significa que su amado estará dentro en una hora y que ella debe trepar por las ramas del árbol y saltar el muro para reunírsele. Canté una y otra vez, con voz fuerte y clara, de manera que lo deben haber escuchado incluso en el barco.

—Espero que no —dijo McCreary—. Y luego, ¿qué sucedió? ¿Tuviste alguna respuesta?

—No sé cómo podría llamarse —dijo Guido con una ligera sonrisa—. Pero después de terminar, escuché unas risillas y voces tras la pantalla y al cabo de unos momentos, apareció una chiquita con una flor roja en sus manos y dijo, alto y fuerte, pero sin saber el significado: «Para el hombre». Y escuché que reían nuevamente, de manera que le acaricié el cabello a la pequeña niña y le regalé mi linterna. Fue una idea posterior, pero de esta forma podría hacer señales a su vez. Entonces los hombres rieron y todo el mundo cree que soy un *pazzo*[11], pero les gusta. Me ofrecen de beber y unos dulces que me sientan como patadas. Echo a funcionar los motores, enciendo las luces y les muestro cómo trabajan, pero comprendo que no entienden nada. Entonces me dan una litera para que me lleve de vuelta al barco, pero antes, a mitad de camino, la envío de vuelta al palacio y me vengo aquí. Y ésas son las noticias. ¿Le agradan?

—¡Son magníficas! —dijo McCreary suavemente—. Me agradan más que todo lo que he escuchado durante mucho tiempo. Agnello, dale de beber a este hombre. Sírvele todo lo que desee. Y una vez que termine de cenar, le daré…

—Oh, hay otra cosa… —Los ojos de Guido brillaban de malicia—. Sólo para probar que sucedió realmente…

Hurgó en un bolsillo de la camisa y extrajo un pequeño hibisco rojo, aplastado y marchito, pero aún brillante, y lo depositó en la palma de la mano de McCreary.

—Seguramente se lo enviaba a usted. Mi voz no es tan buena, especialmente si canto en inglés.

—Gracias, *Compar'* —dijo McCreary.

Agnello se sacó la pipa de la boca y dijo calmadamente:

—Bien, quizá me puedan decir algo. Ahora ya saben la forma de salir con la chica de la isla. ¿Qué sucede entonces?

—La muerte —dijo Guido con fruición—. La muerte y la batalla. Han robado la novia del sultán. *Mamma mia*! Y entonces llaman a la guardia… esos chicos con las grandes espadas.

—Exacto. —El rostro de Agnello se había alargado aún más—. Y el *Corsair* está en la bahía con una tripulación mixta de blancos, chinos, lascares y malayos. ¿Qué les

sucede a ellos? Todos, con excepción de Rubensohn y Janzoon están aquí como simples marinos. No toman parte de este negocio inmundo. ¿Qué les sucede cuando salgan a relucir las grandes espadas y los aldeanos recorran la isla en busca de la novia del sultán? ¿Han pensado en eso?

—Yo lo he pensado —dijo McCreary.

—Usted lo ha pensado —repitió Agnello—. ¿Y…?

—Y ahora se lo diré a ustedes. Y durante las próximas semanas, cada día y cada noche, despiertos o durmiendo, pensarán en ello, de manera que cuando se presente la ocasión no cometan un solo error.

Se inclinó hacia delante, tenso y silencioso, y comenzó a explicarles:

—En primer lugar, quiero quedarme hasta extraer petróleo. Me preguntarán por qué, ¿por qué no me largo ahora? ¿Por qué no saco a Lisette del palacio y cojo la lancha de Miranha? Se lo diré… Quiero que Rubensohn obtenga su petróleo. Quiero que lo vea y lo olfatee y se ahogue en él. Luego quiero quitárselo.

—Es una agradable venganza —rió Guido.

—Quizá pague un precio demasiado alto —dijo Agnello—. Quizá lo paguemos todos.

—No. —McCreary habló con decisión—. Nos vengamos, pero obtenemos algo más. Quiero el *Corsair*. Lo necesitamos para ponernos a salvo de la isla. Lo necesitamos con los documentos en regla y un verdadero capitán que nos pueda llevar a cualquier puerto del mundo sin nada que temer.

—¿Cómo puede lograr eso… si lo obtiene por un acto de piratería? —Agnello hizo la pregunta con su voz fría y medida.

McCreary se echó hacia atrás en su silla y le observó con ceñuda diversión.

—No será un acto de piratería. Será una transferencia perfectamente legal… al menos, exteriormente. Ahora escúchenme y les diré cuáles son mis proyectos.

Todos se apoyaron, tensos y atentos, sobre la mesa de bambú y McCreary les relató exactamente lo que sucedería el día que surgiera el chorro de petróleo.

XV

La perforación comenzó tres días después.

Rubensohn deseaba hacer toda una ceremonia en base a este acto: reunir a los oficiales y a la tripulación, invitar al sultán y a su Corte, servir champaña y luego echar a funcionar los motores y observar el taladro que mordía la tierra por primera vez. En su fuero interno corría un cierto dramatismo y un humor pervertido.

McCreary rechazó la idea de plano. Su actitud fue bastante menos que educada.

—Escuche, Rubensohn, si se tratara de un proyecto normal, de acuerdo. Es un acto magnífico para la publicidad; los accionistas quedan felices y el mercado se interesa. Pero esto no es normal. Es un robo sucio que comenzó con un asesinato. Usted desea su petróleo y yo intento dárselo. ¿A qué perder todo un día con esta clase de estupideces? Si quiere tirar el champaña, envíelo a mi choza. Tendré mucho tiempo para beberlo.

Rubensohn le miró agudamente y luego se encogió de hombros.

—Como guste, por cierto. ¿Pero por qué le ha picado tanto? ¿Le preocupa algo?

—Maldita sea si me preocupa algo. —McCreary estaba dispuesto a no ahorrarle un segundo de intranquilidad—. Cualquiera de estos temblores de tierra puede echar abajo la armazón y entonces tendríamos que comenzar todo de nuevo. Si se ponen peores, podrían hundir el pozo y perderíamos todas las puntas y todos los recubrimientos.

—¿Cree que podrán empeorar?

—¿Cómo puedo saberlo? Ya le dije que puedo evitar ciertos desperfectos técnicos y adelantarme a ellos, pero no puedo evitar los designios de Dios. Si observa esa montaña, verá que está más caliente y brillante que el día de nuestra llegada. Eso es normal también… es una especie de válvula de seguridad. Pero lo que sucede bajo tierra es lo que arma todos los líos.

Rubensohn frunció el entrecejo y se alejó. McCreary sonrió. El hombre estaba sudando. No existía ningún seguro para esta clase de trabajo y había invertido mucho dinero en la empresa. Ése era el problema de los juegos sucios. El pozo era cuantioso, pero un hombre podía salir con úlceras mientras esperaba el turno. McCreary lo sabía. Estaba él mismo en el juego.

Por lo tanto, cuando se pusieron en funcionamiento los motores y el gran taladro comenzó a morder la primera superficie blanda de la tierra, sólo se encontraban presentes McCreary, Agnello, Rubensohn y Janzoon, con las muchachas y un grupo de hombres.

Después de observar el funcionamiento durante algún tiempo, McCreary les condujo a una de las chozas, les sirvió de beber y dijo con voz dura:

—Desde ahora en adelante es cuestión de esperar. Estarán ansiosos y yo también, pero no deseo que se me moleste con ninguna otra cosa que no se refiera a la perforación. Agnello podrá venir cada tres días a revisar los motores y el resto del equipo. Envíenme una máquina de escribir y papel. Diariamente escribiré una bitácora y detallaré el proceso de perforación en un mapa que corresponda con la elevación hecha por los investigadores. Se les enviará cada día por medio de un correo, para que así sepan el adelanto del trabajo. Guido me llamará todas las mañanas por el transmisor y cada noche, por si se tuviera algún mensaje. Si necesito cualquier cosa del barco, depende de ustedes que me llegue cuanto antes. En cuanto al resto, deseo que se me deje solo. ¿Está claro?

—Bastante claro —dijo Rubensohn—. Pero estará aquí durante mucho tiempo. ¿No necesitará compañía?

McCreary sonrió.

—Tengo a Flor de Fuego… y a Miranha, si alguna vez quiero escuchar historietas groseras. Cuando venga Agnello, se quedará a dormir. Fuera de todo esto, quizá me dedique a la pesca o a caminar y si aún me siento solo, me haré el invitado y subiré a bordo a cenar.

—Hágalo —dijo Rubensohn—. Nos alegrará verle.

—No lo dudo —dijo McCreary.

—¿Trabajará de noche también? —preguntó Janzoon.

—Yo no —respondió McCreary—, pero la planta sí. Desde el barco podrán ver las luces de la torre y pensar en los millones que tendrán cuando surja el primer chorro.

—Usted también los tendrá, McCreary —dijo Rubensohn—. No se olvide.

—No me olvidaré —dijo McCreary—. Pensaré en ellos todo el tiempo.

Rubensohn le observó unos instantes y luego dijo suavemente:

—Nada le enternece, ¿verdad, McCreary?

—Algunas cosas —le sonrió McCreary—. Pero me gusta dejarlas para mí solo.

—¿El amor, por ejemplo?

—Hace mucho que pienso en ello.

—¿La amistad? Me parece que tiene buenas cualidades para eso.

—Si tiene algo en mente, Rubensohn, lárguelo. Tengo mucho trabajo.

—Guido podría estar en mi mente —dijo Rubensohn—. Un tipo extravagante, estúpido, que fácilmente podría ser llevado y arrastrado a meterse en líos. También está Miranha en mi mente… un tunante venal a quien podría tratar de comprar. Pero recuerde que siempre podré pagar un precio más alto.

—Páguelo y váyase al infierno —dijo McCreary—. Pero si desea obtener su petróleo no se inmiscuya en mis asuntos. ¡Y ahora largo de aquí!

—Volveré —dijo Rubensohn y saludó con un gesto irónico. Luego se alejó por la pendiente con Janzoon.

Cuando se perdieron de vista, McCreary se detuvo en medio del claro y escuchó el acompasado golpeteo de los motores. Y contempló el largo huso de acero que se despeñaba como una aguja brillante desde lo más alto de la torre. Había cierta satisfacción en ello; la satisfacción simple y profunda del profesional. Pero quedaba borrada por la idea de que este proyecto jamás pasaría más allá de su infancia. Las tuberías no correrían hasta el borde del agua; no habría tanques de almacenamiento y bombas; ningún pueblo surgiría junto a la playa y no habría barcos en la bahía. La armazón de la torre se oxidaría bajo las lluvias torrenciales y la selva volvería a invadir las pequeñas y banales reliquias de su estadía.

Cuando llegó la noche, trepó una vez más a la montura del valle donde él y Guido observaran el palacio por primera vez. Llevaba consigo los binoculares y una linterna eléctrica en el bolsillo. Caminó con paso rápido y midió el tiempo cuidadosamente: veintitrés minutos.

Al llegar junto al refugio de las dos rocas, se tendió boca abajo y escudriñó el jardín y las columnas. Había luces encendidas en el palacio, pero el jardín y las columnas estaban envueltas en tinieblas. Si Lisette se encontraba allí, no tenía esperanzas de verla.

Extrajo la linterna del bolsillo y la encendió cuidando que nada estorbara el foco, ni ramas ni piedras. La encendió sólo un segundo… y luego otra vez. Esperó. Entonces, de entre las sombras del jardín surgió un débil resplandor luminoso, como una estrella solitaria. Desapareció con tanta rapidez que podría haberlo soñado, pero le dijo lo que deseaba saber. Lisette estaba allí. Había captado el mensaje. Tenía la linterna de Guido. Esperaría hasta que tuviera todo preparado para llevársela de allí.

Alzó nuevamente los binoculares y escudriñó las sombras entre su punto de observación y el muro del jardín. Una milla y media, más o menos… Pero no existía ningún sendero y la selva crecía con toda su frondosidad: vegetación menor y enredaderas. Se cerraría sobre su cabeza como una tela y tendría que avanzar guiándose por la pendiente del terreno. Necesitaría práctica… un recorrido y otro, y otro, hasta que formara huella y redujera el tiempo lo más posible. Una vez que se descubriera la desaparición de Lisette, se daría la voz de alarma y la isla sería un hormiguero humano de perseguidores.

Bien, éste era el comienzo. Se puso de pie, estudió nuevamente los cerros y trató de determinar una ruta por la pendiente que finalizara justo bajo el muro que cercaba el jardín. Y entonces partió. Un minuto después, la selva le había engullido.

Tardó ochenta minutos en hacer el recorrido. Las enredaderas se engarfiaban a sus pies, los troncos cubiertos de musgo le hacían resbalar, las espinas le desgarraban la ropa y las ramas le azotaban las mejillas. Las aves en sus nidos chillaban alarmadas y unos insectos monstruosos aleteaban furiosos ante su rostro. Tenía el cuerpo bañado en transpiración y las ventanas de la nariz taponadas del polvillo de la vegetación en descomposición.

Cuando vio finalmente las húmedas piedras del muro, se dio cuenta con horror que estaba a unos treinta metros de su objetivo y que un guardia armado de un largo mosquete se destacaba en lo alto del parapeto. Se arrastró nuevamente hacia la vegetación como un animal asustado y tardó otros quince minutos en llegar junto al inmenso magnolio que sobrepasaba el parapeto.

Escuchó. No se oía el menor ruido en el jardín, sólo el débil tintineo de la música procedente del interior del palacio. Observó las rocas húmedas del muro cubiertas de musgo. Su aspecto era mejor que mirado desde lejos. No tenía más de tres metros de altura. Las ramas estaban lo suficientemente bajas como para que un hombre las alcanzara de un salto y luego se izara hasta lo más alto del muro. Luchó contra el impulso irresistible de intentarlo entonces. Lisette estaba tan cerca…

Vio la hora en su reloj y luego volvió a introducirse en las sombras sudorosas de la selva.

Cuando llegó al campamento, encontró a Flor de Fuego sentada fuera de la choza y con los ojos muy abiertos de terror. Había estado ausente durante cuatro horas. Con suerte y práctica, pensó, podría reducir el tiempo a dos horas y media. Si no podía lograrlo, sus posibilidades de sobrevivencia se reducirían al mínimo.

Mientras descendía camino del arroyo para bañarse y cambiarse de ropa, vio con sorpresa que Rubensohn y Janzoon subían la pendiente en dirección a las chozas. El temor le hizo sentir un nudo frío en el estómago al comprender que, si hubieran llegado unos minutos antes, no le habrían encontrado. Entonces, el temor dio lugar a la ira y al llegar frente a él, les recibió en tono cortante.

—De vuelta otra vez, ¿eh? ¿Qué demonios quieren ahora?

Los labios encarnados de Rubensohn sonrieron, pero sus ojos tenían la frialdad de la roca.

—La noche es calurosa y el barco parecía un horno. Pensamos que podría ofrecernos un trago.

—La caminata es muy larga para una botella de cerveza. Pero si lo desean… —Indicó con el pulgar por sobre el hombro—… Flor de Fuego les servirá una. He tenido un día agotador. Me lavaré y luego me acostaré.

—Mañana tendrá ayuda —dijo Rubensohn—. Vendrá Agnello.

—Tengo trabajo para él. ¿Alguna otra cosa?

—Un mensaje del sultán.

—¿Y yo debo interesarme en ese mensaje?

—Nos interesa a todos —dijo Rubensohn fríamente—. Al sultán le han agradado los obsequios… especialmente la mujer. Nos agradece los servicios prestados… y nos ordena quedarnos en el territorio destinado a los trabajos; es decir, la bahía, la aldea de la playa y el campamento.

—Con eso me basta —dijo McCreary con calma.

—Bien. Entonces le dejaremos para que se bañe y la muchacha nos podrá servir una cerveza. Buenas noches, McCreary.

—Buenas noches.

Al descender hacia el arroyo pudo sentir que sus ojos le seguían. Sabía el objetivo de la visita. Era una advertencia y sabía que si cometía el menor error, le borrarían del libro como una palabra inútil y grosera.

Al volver a la choza, los visitantes ya no estaban y Flor de Fuego le tenía la cena preparada. Se sentó a sus pies mientras McCreary comía y cuando terminó, le trajo un cigarrillo y se lo encendió. Nunca dejaba de divertirla este milagro del mechero, pero esta noche su rostro pequeño e infantil demostraba preocupación. Le miró unos instantes y luego dijo con voz vacilante:

—¿*Tuán*?

—Sí, pequeña. ¿Qué deseas?

—Ahora que el otro *Tuán* se ha marchado ¿dormiré contigo?

McCreary la observó. Era joven, madura y perfecta como una flor tropical y él estaba solo y susceptible. En su época había vivido y amado sin importarle los resultados. ¿Por qué vacilaba ahora? Podía poseerla sin ningún problema. Era un obsequio que estaba a su disposición. Podría poseerla, dejarla embarazada y olvidarla; como todos los otros extranjeros cuya descendencia poblaba las islas y las costas asiáticas. Lisette no le culparía. A nadie le importaría. Sólo a él mismo.

Y le importaba, en forma extraña y profunda. Tuvo una visión momentánea de ella en la noche de las espadas, expuesta ante los verdugos del sultán con el hijo de McCreary en su seno.

¿Pero cómo explicárselo en su defectuoso malayo? ¿Cómo hacerle comprender sin avergonzarla y poner en peligro su vida y la de Lisette? Dijo midiendo las palabras:

—¿Sabes dónde estuve esta noche, pequeña?

—¿Dónde, *Tuán*?

—Estuve caminando por la selva.

—¡No, *Tuán*! —Se llevó la mano a la boca—. Los espíritus de la muerte andan sueltos en la selva y la Diosa de la Muerte cabalga en una bestia.

Era el eco antiguo de las creencias indias, distorsionadas pero aún persistentes en estas islas esparcidas.

McCreary asintió.

—Caminé por la selva y llegué junto al muro del jardín del sultán y oí llorar a mi hermana al otro lado. No me atreví a llamarla y sólo pude sentarme a escuchar. Al cabo de un rato, ella se alejó.

—¿Y entonces, *Tuán*? —Sus ojos brillaban de compasión.

—Hice la promesa a mis dioses de que no tocaría a una mujer hasta que mi hermana saliera del palacio y se me devolviera a mis brazos.

—Pero eso no sucederá nunca, *Tuán*. Ninguna mujer abandona el palacio, nunca.

—Esta vez sucederá. Una noche ella saldrá y yo la llevaré lejos de Karang Sharo y tú me acompañarás a un lugar donde el sultán jamás nos encuentre.

—¿Lo juras, *Tuán*?

—Lo juro.

—Entonces… entonces… si no puedo estar contigo, ¿puedo dormir en tu choza? Cuando estoy sola y tiembla la tierra, me aterrorizo.

McCreary le sonrió y le acarició el cabello liso y perfumado. Dijo en inglés:

—Haga lo que haga, eres siempre una espina clavada en mi carne. Supongo que es mejor que vengas a mi choza.

—¿Qué dices, *Tuán*?

—Dije que te llevaría conmigo. ¿Te hace esto feliz?

—En tanto esté junto al *Tuán*, soy feliz.

McCreary pensó que si todas las mujeres del mundo fueran como ésta, las cosas serían mucho más fáciles para los hombres. Se desvistió y se tendió en su lecho y Flor de Fuego se acostó en la litera destinada a Agnello.

Durante mucho tiempo McCreary estuvo despierto, escuchando su respiración fácil y acompasada y el golpeteo constante de los motores que movían el taladro. Luego se quedó dormido, agotado. Durante la noche hubo otros dos temblores de tierra, pero ninguno de los dos despertó. A la mañana siguiente encontró la torre aún intacta y el taladro ya perforaba la primera capa de rocas.

En las semanas que siguieron, los días de McCreary se limitaron a una rutina estrictamente profesional. Se levantaba temprano y se bañaba en el arroyo, luego volvía a la choza y Flor de Fuego le servía el desayuno. Guido le llamaba por el transmisor y charlaban en Morse cautelosamente, por temor a que alguien les interceptara desde el barco.

Rubensohn no había recibido ningún mensaje, excepto un cable que envió a la compañía de Singapur pidiendo créditos de carbón para el *Corsair* en Luzón y Hong Kong. McCreary lo dejó pasar sin ningún comentario. Los créditos podrían servir más tarde.

Después de la transmisión de la mañana, bajaba a la torre y llenaba de combustible los motores, los ponía a tono y dirigía el pequeño grupo de isleños que había dejado para la mantención del trabajo. Descubrió que aprendían con rapidez. Sus manos tenían habilidad mecánica y con una sonrisa y un poco de adulación se les podía dirigir fácilmente.

Mientras las bocas del taladro mordían cada vez a mayor profundidad y les seguían los recubrimientos, McCreary comenzó a tomar muestras y las comprobó con las investigaciones de los geólogos para descubrir cualquier variación en los estratos.

De noche escribía en la bitácora y marcaba el mapa, luego ascendía la pendiente y desde su lugar de observación hacía señas a Lisette… una sola vez. Después de haber captado la pequeña luminosidad de respuesta, se lanzaba a la selva y cronometraba el recorrido hasta el muro del jardín y regreso. Al cabo de una docena de viajes,

descubrió que podía seguir un curso más determinado y hacer el recorrido de vuelta en dos horas y media. Pensó que sería conveniente reducirlo a dos horas.

En las noches, cuando Miranha venía a recoger sus latas de petróleo, McCreary bajaba a la playa con él y se pasaba una hora pescando en las plácidas aguas entre la playa y el lugar de anclaje de Miranha.

Miranha le había pedido dos botellas más de *whisky* y ahora tenía una canoa oculta entre los matorrales y disponible en todo momento. Era grande y pesada para ser conducida por un solo hombre, pero, cuando llegara la hora, tendría que transportar una carga completa.

Cada tres días, Agnello llegaba al campamento y pasaba el día entre las bocas del taladro, el motor y los circuitos eléctricos. Después de la cena, subía con McCreary al puesto de observación y le esperaba a que volviera de su recorrido. Después se quedaban en la choza, bebiendo tranquilamente y fumando, revisando sus planes para el día final.

Agnello tenía un nuevo aliado… Arturo, el joven oficial de cubierta. Le necesitarían la noche del desenlace final. En cuanto al resto, las noticias recibidas en el barco no tenían importancia. Rubensohn pasaba casi todo el tiempo en su cabina, escribiendo y estudiando los informes de McCreary. Janzoon y Alfieri estaban a punto de pelearse.

McCreary no podía evitar la risa al escuchar los secos informes de Agnello. Sabía que el humor de Rubensohn no debía ser el mejor bajo la tensión de la espera. Sólo lamentaba no poder adelantar el momento.

Al parecer, una cosa les preocupaba a todos por igual… el volcán.

Su actividad había aumentado desde el día de la llegada a la isla. Se le escuchaba declamar en algunas ocasiones con un ruido atronador, como un gigante que roncara en sueños. De noche, un resplandor rojizo y brillante encendía el cono y, de vez en cuando, se veía una lluvia de fuego que surgía de la boca y se esparcía en el aire como fuegos de artificio. Los temblores de tierra habían disminuido en intensidad pero aumentado en frecuencia y la radio informaba de otras ondas de choque en zonas diversas.

—Quizá no signifique mucho. —Agnello fumaba su pipa y hablaba en su tono calmado y grave—. El Etna hace sus malas pasadas de cuando en cuando. El Estrómboli está siempre gruñendo. Pero cuando lo hace… ¡Madre de Dios!

—¡Olvidémoslo! —dijo McCreary, sintiéndose intranquilo—. Esperemos estar a millas de distancia cuando explote.

Pero no pudo olvidarlo y más de una vez se despertó con sus propios gritos en medio de una pesadilla en la cual veía a la montaña vomitar fuego y envolver el palacio y los jardines mientras se escuchaba la voz de Lisette pidiendo ayuda y él era sostenido por manos invisibles.

Finalmente, una tarde, extrajo otra calidad de muestras. Era negra y porosa y parecía un trozo de cemento viejo. Al tomarla en sus manos le dejó una mancha

alquitranada de color marrón. McCreary observó la muestra durante largo tiempo, sus labios se movían sin emitir sonidos y el corazón le saltaba dentro del pecho. Sabía lo que era, ya que lo había visto en innumerables ocasiones.

Las bocas del taladro habían encontrado un estrato poroso que algunas veces cubría un yacimiento de petróleo principal y que en otras ocasiones era el yacimiento mismo. Para dar salida al pozo sería necesario bajar una larga sección de recubrimiento cargada con balas de camisas de acero. Cuando estos proyectiles se disparaban por medio de un contacto eléctrico, se rompía la costra y dejaba en libertad al petróleo que surgía a la superficie como un manantial de gran poder. Los investigadores habían tenido razón. La corazonada de Rubensohn no falló. En Karang Sharo existía petróleo y Mike McCreary tendría el primer pozo perforado mañana. ¡Mañana!

Durante el resto de la tarde y mucho después de la puesta del sol, McCreary condujo a su cuadrilla a un ritmo enloquecedor de trabajo. El taladro se detuvo y se izó a la superficie. Se cargaron los largos proyectiles de acero en las tuberías de recubrimiento y se conectaron las cargas. El recubrimiento se descendió lentamente por el eje y una vez hecho este trabajo, McCreary extendió un par de cables hasta su propia choza y llevó allí la caja de contacto y la ocultó bajo su cama.

A continuación despidió a los muchachos y se quedó largo tiempo observando la torre con su estructura desnuda que se destacaba contra el cielo cubierto de estrellas. ¡Mañana!

Pero incluso ahora en la noche quedaba mucho por hacer. Pulsó el conmutador del transmisor, se puso los auriculares y al cabo de unos instantes escuchó la señal impaciente de Guido. Se había retrasado en el horario.

—Mañana… —transmitió las letras con dedos temblorosos—. Advierte a Agnello. Baja a tierra por la tarde, temprano. No decir palabra a nadie. Eso es todo. Eso es todo por esta noche.

—Comprendido —respondió a su vez Guido—. Comprendido.

McCreary se sentó junto a la mesa, acercó la máquina de escribir y con lentitud y torpeza comenzó a escribir las cartas. En total, fueron dos documentos muy largos y uno muy breve. Cuando terminó, los dobló cuidadosamente y los introdujo en su cartera que escondió bajo la almohada. ¡Mañana!

Flor de Fuego le trajo la cena y comió tal como estaba, sudoroso y sucio. Bebió dos botellas de cerveza y se fumó tres cigarrillos.

Sacó la pistola, la engrasó con todo cuidado, probó el mecanismo, la cargó, la aseguró y la ocultó bajo la almohada junto a su cartera.

Estaba agotado. La cabeza le zumbaba y le temblaban las manos y todo el cuerpo le dolía de fatiga. Bajó al arroyo, se bañó y Flor de Fuego le siguió. Cuando se puso bajo el chorro del agua, la muchacha se acercó, le enjabonó y le restregó el cuerpo con sus manos delicadas y suaves, luego le secó y le llevó hasta la choza como un hombre que caminara en sueños.

Al llegar a la choza, insistió para que se acostara y durmiera, pero él se negó. La alzó en vilo, la sentó sobre la mesa con mucha gentileza y le dijo en palabras muy medidas lo que tendría que hacer al día siguiente. Debía llegar hasta el palacio, entrar en las habitaciones de las mujeres y entretenerlas con las historias de su vida con el *Tuán*. Y debía decirle a Lisette, tontamente, como si se tratara de un juego de niños: «Esta noche… tres luces… espera».

Hizo que repitiera las palabras una y otra vez, como un papagayo, para que no hubiera posibilidad de error. Luego le dijo cómo debía salir del palacio a primeras horas de la tarde y volver para confirmarle la recepción del mensaje por parte de Lisette. La chica asintió y él le hizo repetir las instrucciones lenta y cuidadosamente; al preguntarle las palabras del mensaje una vez más, ella las repitió con claridad y sin vacilar.

—Esta noche… tres luces… espera.

Ahora ya no le quedaba más por hacer hasta el día siguiente. Se tendió en la cama, totalmente vestido y se quedó dormido de inmediato. Pero Flor de Fuego le escuchó murmurar y luchar en sus pesadillas, se acercó a él y le calmó con su voz acariciadora y sus manos suaves y, al cabo de unos instantes, se tendió a su lado y apoyó su cabeza en su pecho, de manera que al temblar la tierra nuevamente, no la escuchó y al despertar ya era… mañana.

XVI

Los isleños llegaron por el cerro, riendo y charlando, como todos los días. McCreary les puso a ordenar los almacenes, limpiar los motores y a cortar madera… todo lo que pudo inventar para crear una atmósfera de actividad normal.

Cuando llegó Miranha, con sus ojos sanguinolentos y curiosos como una comadreja, McCreary lo llevó hasta la choza y le dijo lo que deseaba de él. Debía trasladar a su familia a la lancha, volver a la playa en el bote de remos y dejarlo oculto junto al campamento y presentarse a él antes de la puesta del sol. Y entonces le dijo las razones.

—¡Madre de los desamparados! No puedo hacerlo. ¿Sabe lo que esto significa? ¡Es la ruina para mí! Perdería todo.

—¡Tiene sólo una choza y un montón de basura! —dijo McCreary brutalmente—. Le pagaré el doble de su valor. Tiene una mujer e hijos que no puedo pagarle por ellos y su cochino cuello que no salvaría si pudiera. Si se queda, le asesinarán. Si trata de traicionarme, le mataré con mis propias manos. Decídase.

—¡No… no… no! —Miranha temblaba de terror—. Lo que usted diga. Pero, ¿me pagará por la lancha y me dará una nueva oportunidad de comenzar?

—Sí. Ahora escúcheme atentamente. Lleve a su mujer y a sus hijos a la lancha… aún no, más tarde, al atardecer. Luego suba al campamento. Si no ha llegado para cuando se ponga el sol, enviaré a Guido para que le mate. ¿Está claro?

—Claro, sí… pero, ¿cómo puede estar seguro?

—Estoy seguro —dijo McCreary—. Ahora largo de aquí y vuelva al atardecer. Quiero que lleve un mensaje al barco.

McCreary le observó mientras se alejaba por el sendero y entonces se volvió a Flor de Fuego. Rápidamente, le hizo repetir por última vez lo que debía hacer y las cuatro palabras que debía decir a Lisette. Entonces, ella también se alejó y unos ojos siguieron su figura pequeña y atractiva que brillaba como el plumaje de un papagayo entre las primeras ramas bajas de la selva.

Poco después del mediodía llegó Guido, sudoroso y excitado.

Sus primeras noticias fueron inquietantes y su relato no perdió el suspenso en ningún momento.

—¡Este Miranha, Mike! ¡Es un simio! Un simio pequeño y malvado que cambia de lealtad como de color del trasero. Venía del barco hacia el campamento. Paso por la aldea y veo que Miranha se aleja de prisa por el otro extremo… hacia la playa. No quiere encontrarse conmigo, pero, por el cuerpo de Baco, yo pensé que debía encontrarme con él…

Hizo una pausa para recuperar el aliento, pero McCreary le indicó que continuara con impaciencia.

Guido rió alegremente e hizo unos gestos amplios y teatrales.

—Me desvío del sendero para hablarle. Le cojo de un brazo como a un hermano. Trata de escabullirse. Me dice que tiene una cita urgente con el señor Rubensohn a bordo del *Corsair*. Esto era justamente lo que yo sospechaba…

—¿Y entonces? —Los ojos de McCreary reflejaban dureza.

—Entonces, le llevo conmigo a un lugar callado y apartado al pie del cerro. —Guido señaló vagamente hacia los árboles al pie de la pendiente—. Me imaginé que no desearía tener una escena en el campamento. Y entonces le digo cuáles son las verdades de la vida; con voz fuerte y clara. Luego pienso que esta lección no es suficiente para individuo tan torpe. Y entonces le golpeo un poco para asegurarme que no se ha olvidado de nada. Le digo que Rubensohn ya tiene un pie en la tumba, pero que Miranha será enterrado primero a no ser que recuerde siempre cuáles son sus amigos.

—¿Dónde está ahora?

—Allí abajo, entre los árboles, atado con lianas como un pollo. ¿Quiere verle?

—¿Está seguro?

—Tan seguro como un cadáver —rió Guido—. Quizás un poco incómodo debido a las hormigas.

—Que sude un poco, entonces —gruñó McCreary—. Más tarde, podrás acompañarle a advertir a su mujer y sus hijos, y llevarles a bordo de la lancha. Luego le traes aquí. ¿Qué está sucediendo a bordo del *Corsair*?

—¡Grandes cosas, *amico*! ¡Día de fiesta! Pero en el barco duermen y beben y se muerden unos a otros como si se tratara de cualquier otro día del mes. Yo me río de ellos y les cuento cómo el Vesubio se destapó un día. A ellos les gusta esto… tanto como el veneno. Los ojos se les saltan de las órbitas y les da indigestión al pensar en lo que puede suceder.

—No tendrán que preocuparse mucho más, Guido. Esta noche verán el fin de sus temores.

—Así lo espero —dijo Guido—. Incluso para mí se está poniendo feo.

—¿Todo preparado en el barco?

—Todo. Agnello y el joven Arturo son muchachos de primera. Conocen los movimientos y el horario.

—El horario… todo depende de ello.

Se sentaron para revisarlo nuevamente.

Poco después de las cuatro, apareció Flor de Fuego. Volvía de las habitaciones de las mujeres. La recibieron magníficamente, la lisonjearon y escucharon con avidez sus historias con el *Tuán* y sus extrañas costumbres. Recitó las palabras a Lisette y las otras mujeres rieron ante su mímica, sin comprender una sola palabra.

Al llegar la hora de marcharse, le hicieron varios obsequios: frutas y alimentos dulces, un peine para su cabello y un brazalete. El pañuelo llevaba un mensaje en grandes y brillantes letras trazadas con barniz rojo:

«Mike, ven temprano. Dos horas después de la puesta del sol, como máximo».

McCreary sonrió débilmente. Dos horas después de la puesta del sol y estaría de vuelta en el campamento con ella, en la choza, esperando a Rubensohn y a Janzoon. No quedaban márgenes en el horario. Esperaba y rogaba para que Rubensohn y Janzoon llegaran a la hora.

A las cinco despidieron a todos los obreros y a los diez minutos el claro estaba desierto.

A las cinco y treinta, Miranha fue puesto en libertad, con los ojos enrojecidos y el cuerpo entumecido. Su familia estaba a bordo de la lancha. Él mismo deseaba reunírseles. Estaba preocupado… no le gustaban este tipo de cosas… ¿estaban seguros de cumplir con la promesa de pagarle por las pérdidas y darle una nueva oportunidad?

Estaban seguros. Y estaban mucho más seguros aún de matarle si perdía la calma y trataba de traicionarles nuevamente. McCreary se sentó y escribió una nota para Rubensohn.

—Urgente conferencia en campamento esta noche. Usted y Janzoon. Se esperan buenas noticias, McCreary.

La dobló y se la entregó a Miranha.

—Saldrá de aquí a las seis por el reloj de Guido. Caminando a velocidad normal, podrá estar a bordo antes de las siete. No pierda tiempo, no se apresure, y sobre todo, que no le distraiga nada. Si comete un error en el horario, moriremos todos. Pero usted morirá mucho antes. ¿Entendido?

Miranha comprendió, pero necesitaba licor y cigarrillos y una mezcla de amenazas y estímulos para despertar su escaso valor.

Aún faltaban veinte minutos para las seis cuando McCreary ascendió por el sendero a su puesto de observación. En sus bolsillos llevaba la linterna y la pistola. Los binoculares colgaban de su cuello y al hombro, en la forma usada por los alpinistas, llevaba una cuerda que terminaba en un garfio. Agnello lo había fabricado, cubriendo el garfio con caucho para que no emitiera sonido alguno al golpear contra las piedras del muro.

Ascendió la pendiente a paso vivo, pensando en Lisette, pensando en todo lo que debía hacer dentro de las próximas horas y cómo unos pocos minutos podrían hacer toda la diferencia entre el éxito y el fracaso.

Cuando llegó junto a las rocas, la oscuridad ya envolvía a la isla y el cono de Gurung Merapi resplandecía furiosamente contra el cielo nocturno. Se escuchó un estruendo profundo y la tierra se estremeció bajo sus pies; luego se calmó lentamente. De la boca del volcán surgió una fuente de fuego que volvió a hundirse en la nube de humo.

Se puso de pie contra las rocas con los binoculares en una mano y la linterna en la otra. Cuidadosamente, como si apuntara con una pistola, la introdujo en la brecha dejada por ambas rocas y la encendió… una vez, dos y otra más. La respuesta no se

dejó esperar esta vez. Tres resplandores cortos, aumentados ligeramente por los binoculares, pero aún débiles e inciertos, como su propia esperanza.

Se introdujo la linterna en el bolsillo y comenzó a descender la pendiente, adentrándose en la frondosa vegetación. La práctica continua le había dado seguridad en su paso y los instintos le llevaban rápidamente de este árbol caído al grupo de lianas, por la depresión y sobre el montículo y luego por el arroyo de la izquierda…

Tropezando y con la respiración agitada, llegó junto a la base del muro y se apoyó en él, luchando por recuperar el aliento. Miró el reloj. Había cubierto toda la distancia en cuarenta minutos. El margen había mejorado ligeramente, pero no podía arriesgarse a perderlo.

Se deslizó cautelosamente en dirección al inmenso magnolio que sobrepasaba el muro. La tierra era resbaladiza debido al drenaje de la humedad de la montaña y tenía que avanzar cuidadosamente para no caer rodando por la pendiente.

Descolgó la cuerda y desenrolló un trozo, sosteniendo siempre el garfio en sus manos. Lanzó el primer intento, pero fue demasiado cauteloso y el garfio cayó a sus pies con un sonido sordo. Intentó nuevamente; el garfio quedó asentado en el muro, pero al probar su resistencia, se desprendió un trozo de muro y las piedras cayeron en una lluvia sobre la tierra húmeda. McCreary se aplastó contra el muro, temblando de ansiedad. Pero no se escuchó ningún ruido en el jardín, fuera del sonido distante y mudo de la fuente.

Hizo un nuevo intento. Esta vez el garfio soportó su peso. Dio un fuerte tirón, otro y otro. Continuaba firme. Se colgó de la cuerda y comenzó a ascender cuidadosamente por el muro a la sombra de las ramas.

Cuando llegó al punto más alto se detuvo unos instantes para observar el jardín entre los intersticios dejados por las hojas.

El propio sultán estaba en el jardín y Lisette charlaba con él, mientras se paseaban lentamente en torno a la fuente, bajo los árboles en flor.

No se atrevió a asomarse más. No podía volver a bajar por temor a que Lisette abandonara el jardín sin que él lo supiera. Quedó allí, colgando, sosteniéndose de la cuerda hasta que sus músculos comenzaron a ceder y el sudor le brotó en todo el cuerpo y tuvo que morderse los labios para no gritar. El tictac de su reloj era tan sonoro como un toque de difuntos y tuvo conciencia que tanto el tiempo como sus fuerzas le estaban abandonando.

Se detuvieron en su paseo. La pequeña figura del sultán se alejó un poco, pero, como obedeciendo a un segundo pensamiento, volvió sobre sus pasos, habló a Lisette unos instantes, luego la cogió de un brazo y ambos se dirigieron lentamente fuera del jardín y bajo las sombras de las columnas.

Éste era el primer fallo en el horario preparado con tanto cuidado por McCreary. Si Lisette no volvía al cabo de pocos minutos, tendría que ir en su busca. Si no podía sacarla del palacio y volver al campamento antes de la llegada de Rubensohn, todo su plan quedaba arruinado. Podría significar el fin para Lisette y para él mismo.

Con un gran esfuerzo subió un poco más por la cuerda hasta que pudo divisar la figura grotesca del guardia que se paseaba lentamente a lo largo del almenaje del muro más apartado. El centinela se detuvo y pareció mirar directamente al lugar donde se encontraba. McCreary se aferró a la cuerda con sus manos llagadas y esperó el grito de alarma. Pero no se escuchó ningún grito; sólo los ruidos crepitantes de la selva y el leve rozar de las hojas que se movían debido a la suave brisa. Entonces, el centinela se alejó recorriendo con su mirada las terrazas de la montaña que caían en dirección al mar.

McCreary alcanzó con todo el cuerpo la parte más alta del muro. Probó el garfio para ver si no se había soltado y luego se ocultó entre las anchas hojas del magnolio. A sus pies se extendía una alfombra enmarañada de ramas y ramillas a través de las cuales podía divisar manchones del jardín.

Descendió trabajosamente por una rama hasta lograr un apoyo firme para sus piernas en torno a otra rama gruesa. Apartó las hojas con cuidado y observó el jardín y las columnas tras las cuales estaban las habitaciones de las mujeres. No había señales de Lisette.

Le invadió una furia enfermiza. No sabía si arriesgarse o no a bajar al jardín, entrar en el palacio y sacar a Lisette. Incluso, mientras lo pensaba, supo que sería el desastre total. El palacio era como una pequeña ciudad, llena de sirvientes que iban y venían por sus pasillos. Las habitaciones de las mujeres estarían cuidadas por guardias y si llegaba a ceder a la tentación, tanto Lisette como él mismo terminarían en manos de los torturadores del sultán.

Trepó un poco más alto por la misma rama y luchó por recuperar el aliento suficiente para emitir un silbido. Salió de sus labios con sorprendente agudeza que se abrió camino por el jardín desierto. Se preguntó si Lisette le habría escuchado en las habitaciones de las mujeres, donde la atmósfera era pesada debido al incienso y al humo, y las mujeres charlaban como cotorras. Le pareció que al cabo de mucho tiempo divisaba un movimiento borroso bajo las columnas y entonces Lisette salió al sendero y caminó lentamente en su dirección.

Silbó nuevamente. Vio que Lisette se detenía y que su rostro quedaba iluminado por la luna. Lanzó una mirada rápida y asustada hacia las columnas y avanzó paso a paso hacia el gran magnolio.

—¿Eres tú, Mike? —Su voz fue un susurro, pero a él le pareció que resonaba más fuerte que mil tambores.

—Soy yo. —Su propia voz salió ronca y tensa—. Debes trepar por el árbol. ¡De prisa!

Esperó el tiempo suficiente para verla que trepaba a las primeras ramas con el corazón apretado temiendo que el menor crujido de una ramilla despertara la voz de alarma y tuviera a los guardias corriendo y gritando tras ella. Luego descendió por la cuerda y esperó, tenso como un muelle, hasta que la vio aparecer en el muro libre ya de las sombras de las hojas, como una palomilla blanca.

—Salta. ¡Yo te cogeré!

Vio que vacilaba unos instantes, luego saltó. El impacto le hizo rodar por la resbaladiza pendiente, pero se puso de pie inmediatamente y la arrastró a las sombras, tropezando ambos en la vegetación rastrera de la selva.

Antes de cubrir una milla de camino, ella respiraba con agitación y la fatiga estaba a punto de vencerla. McCreary se detuvo y la apretó contra su cuerpo, sosteniendo su peso sobre los hombros y el pecho, sintiendo que su pequeño cuerpo se estremecía con débiles sollozos de cansancio. Miró el reloj. Las siete y tres minutos. No había tiempo que perder si deseaban volver antes de la llegada de Rubensohn.

Cogió su rostro entre sus manos y la besó gentilmente. Luego le habló con rapidez y cierta dureza.

—Escucha, Lisette. Tenemos el tiempo en contra. Sólo disponemos de una hora para volver al campamento y después una media hora para algo que he dispuesto especialmente para ti. Partiremos a continuación, inmediatamente. Te cargaré en mis hombros parte del camino, pero luego quiero que camines con todas las energías que posees.

La alzó sobre sus hombros y la llevó un trecho hasta que pudo recuperar sus energías, luego caminó tras él, con pasos firmes y persistentes, hasta que llegaron al campamento, con diez minutos disponibles antes de la llegada de Rubensohn y Janzoon.

Guido rió, pateó, maldijo y les abrazó a ambos, mientras Flor de Fuego observaba a estas dos apariciones con asombro indescriptible. McCreary se volvió hacia ellos con impaciencia.

—¡Basta ya! ¡Recuerden el tiempo, ambos! ¡El tiempo! Flor de Fuego, lleva a Lisette a la otra choza. Ayúdala a lavarse y préstale ropa limpia. Lo siento, cariño, pero quiero que luzcas como una reina cuando llegue Rubensohn.

—Estaré pronta.

Irguió la cabeza y pareció que el cansancio desaparecía de su cuerpo.

—Quédate en la choza hasta que envíe a buscarte. No salgas. ¡De prisa ahora! ¡Guido!

—¿Sí, *amico*?

—Conecta la caja de detonación.

—Ya lo he hecho, Mike… está junto a la puerta. Pensé que desearías tenerla allí.

—Magnífico. En mi bolsa hay unas piedras y figuras de jade. Llévaselas a Flor de Fuego. Dile que se encargue de ellas cuando bajemos al bote.

—Sí, Mike. ¿Alguna otra cosa?

—Sí, Guido. —Ahora el tono de su voz fue suave y muy deliberado—. Tendremos una pequeña ceremonia cuando lleguen. No quiero correr ningún riesgo. Si Rubensohn hace el menor movimiento, mátale. Sin preguntas, sin vacilar. Mátale.

—Será un placer, *Compar’* —dijo Guido, y lo sentía de verdad—. Será un inmenso placer.

McCreary sonrió y entró en la choza. Tardó tres minutos en cambiarse de ropa y lavarse, y cuando Rubensohn y Janzoon aparecieron en la pendiente con paso cansado, les estaba esperando con un cigarrillo entre los labios.

—¿Bien, McCreary? —La voz de Rubensohn sonaba aguda y tensa. Sus ojos brillaban de excitación y sus labios encarnados se destacaban vivamente contra la palidez de su rostro sudoroso—. Su mensaje indicaba buenas noticias. Espero que nos hará recuperar todo el dinero gastado.

—Creo que encontrarán que la caminata vale la pena —dijo McCreary con una sonrisa—. Me perdonarán por encontrarme un poco excitado yo mismo. Pero es el irlandés que llevo en la sangre. Entren, señores, y tomen asiento.

Les hizo entrar en la choza y se sentaron junto a la mesa de bambú de cara a la puerta de la cabaña. Transformó todo esto en un pequeño ceremonial, de manera que le miraron con curiosidad, preguntándose si estaba bebido. McCreary no dejaba de sonreír y se apoyó contra la puerta. Luego dijo en tono gentil:

—¡Señores, tengo buenas noticias! ¡Les entregaré un poco de petróleo!

—¡Dios mío! —La voz de Rubensohn sonó como el chirrido de un murciélago—. ¿Cuándo?

McCreary miró su reloj. Eran las ocho y quince.

El tiempo pasaba con rapidez. Dijo vivamente:

—¡Muy pronto! ¡Esta noche! Verán que me inclino sobre la caja de detonación y contarán tres… o quizá cinco… y presenciarán uno de los espectáculos más maravillosos del mundo: un chorro de petróleo negro y sucio que brota de la tierra hacia las estrellas. ¿Les satisface, señores?

—No sabe cuánto, McCreary —dijo emocionado Rubensohn.

—Pero antes —dijo McCreary—, hay algo más que deseo mostrarles, que es más maravilloso para mí que todo el petróleo del mundo. —Alzó la voz y gritó—: ¡Guido!

Al cabo de pocos segundos, Guido entró en la choza con Lisette.

Janzoon abrió la boca de asombro. Rubensohn saltó de la silla.

—Siéntese, Rubensohn —dijo la voz suave de McCreary—. Siéntese o le mataré.

Rubensohn vio el arma en su mano y se sentó. Lisette le observó. Tenía el aspecto de una pequeña reina con una extraña sonrisa que le bailaba en los labios.

—Está loco —gritó Rubensohn—. Está loco de remate. En cualquier momento sonarán los gongs del palacio y toda la isla se nos abalanzará encima como hormigas.

—Lo sé —dijo McCreary—. He pensado en ello… muchas veces. Quítale las armas, Guido.

Guido se movió rápidamente en torno a la mesa y volvió con dos pistolas. McCreary sonrió torcidamente.

—¿De manera que iba a matarme? Eso lo hace todo más fácil.

—Escuche, McCreary…

—Cállese, Rubensohn… —La sonrisa había desaparecido de sus labios que ahora se presentaban apretados de furia—. Cúbreme, Guido. Si se mueven, mátales.

—Lo sé —dijo Guido, sonriendo ligeramente—. También lo he pensado.

McCreary se llevó la mano al bolsillo de la camisa y extrajo una estilográfica y los escritos en los que había trabajado la noche anterior. Los desdobló y los puso sobre la mesa frente a Rubensohn.

—Firme los dos primeros, por favor.

—¿Qué es lo que debo firmar?

—El primero es un testamento. Servirán de testigos Guido y Agnello. Por medio de este documento deja toda su propiedad, real y personal, a Lisette Morand, de Saigón, a excepción del *Corsair* que quedará en mis manos porque me debe dinero y muchas otras cosas que no puede restituir. El segundo es una confesión, que será testimoniada en la misma forma, del asesinato del capitán Raka en Yakarta, el día diez de julio.

—Está loco, McCreary. No firmaré esos papeles.

McCreary miró su reloj.

—Si no lo hace —dijo McCreary lentamente—, Guido le matará a usted y a Janzoon en cinco segundos a partir de estos instantes. Y le garantizo que le sacaré la firma antes de morir.

—¿Y si firmo?

—Le entregaré el pozo perforado en sus manos y ambos podrán volver al *Corsair*.

—Ahora estoy seguro de que está loco —dijo Rubensohn—. Un testamento no tiene validez hasta la muerte de la persona.

—Usted ya está muerto —dijo McCreary suavemente—, pero aún no lo sabe. Comienzo a contar. Uno… dos…

—Firme, Rubensohn… ¡Por el amor de Dios, firme! —Janzoon estaba cubierto de sudor.

—Tres… cuatro…

—¡Déme esa pluma!

—Conozco su firma, Rubensohn —dijo McCreary sencillamente—, de manera que es mejor que se asegure de hacerla bien.

Rubensohn garabateó la firma en los primeros dos documentos. McCreary los cogió, los dobló cuidadosamente y se los metió en el bolsillo.

—¿Qué es esto? —Rubensohn observaba la última hoja de papel.

—Ése es un mensaje que Guido enviará a Scott Morrison en Darwin, diciéndole que no existe petróleo en Karang Sharo y que el contrato queda cancelado. Y como puede ver, llevará, como los otros, la firma de Janzoon.

El rostro de Rubensohn tenía el color de la ceniza; por primera vez desde que le conociera McCreary se reflejaba temor en sus ojos y en sus labios nerviosos.

—¡Pero… pero si aquí hay petróleo! Usted dijo…

—Lo sé —dijo McCreary—. Le prometí petróleo y se lo daré… en cantidad suficiente para ahogarle. Luego… ¡Escuchen!

Todos lo oyeron: el sonido de un gong poderoso que despertaba ecos en las tierras bajas desde el palacio en la montaña. El sonido continuó, esparciéndose por los cerros y cayendo en los valles, y de las aldeas surgió un griterío como de almas en pena.

—Ahí está —dijo McCreary—. La alarma. La esposa del sultán ha desaparecido. De aquí a veinte minutos registrarán toda la isla. Será interesante. Ambos estarán aquí para presenciarlo. Y entonces, por cierto, se les cogerá y les matarán. En estos momentos, el *Corsair* sale de la bahía con el joven Arturo al timón y Agnello en la sala de máquinas y Alfieri golpeándose la cabeza contra la puerta de su cabina. Si logro convencerle en los próximos días, quizá le entregue el mando del barco después de todo, ¿qué le parece, Janzoon?

Entonces, al parecer, todo el horror de la situación apareció con claridad ante Rubensohn y Janzoon. Janzoon trató de lanzarse hacia delante, pero Guido le obligó a retroceder, Rubensohn comenzó a suplicar gimoteante.

—¡Por el amor de Dios, McCreary! ¡Escuche! Le daré…

—No tiene nada para darme —dijo McCreary—. ¡No posee nada! El juego se ha terminado. Rubensohn. Está arruinado. Y aquí tiene un pequeño recuerdo del momento… el mechero de Raka. Lo saqué de su cadáver.

Tiró el mechero sobre la mesa. Entonces, mientras Rubensohn lo miraba fijamente, se volvió y sacó a Lisette fuera de la choza. Guido indicó a los otros dos que salieran con un gesto de su mano armada de la pistola.

Aún resonaba por toda la isla el clamor del gran gong, pero McCreary mantuvo la calma, con su mano sobre la palanca de la caja de detonación y Lisette a su lado.

—Observen —dijo McCreary—. ¡Observen! Cuenten tres o quizá cinco y le verán surgir. Aquello por lo cual asesinaron a un hombre y vendieron a una mujer… Aquello por lo cual van a morir. Rubensohn… ¡Petróleo!

Su mano bajó la palanca y escucharon el ruido sordo de la explosión. Esperaron… un segundo… dos… y entonces surgió el chorro con un rugido.

Un inmenso manantial de petróleo ascendió hacia las estrellas y le vieron, como una fuente de aguas negras, que caía sobre las copas de los árboles y sintieron que sus rostros recibían el impacto de la llovizna.

Janzoon y Rubensohn intentaron adelantarse, pero Guido les obligó a sentarse en sus sillas y McCreary les gritó por sobre el rugido del pozo.

—Ahí lo tiene, Rubensohn. ¡Se lo prometí y se lo entrego! ¿Ahora qué piensa hacer? ¿Ahogarse en él?

Pero antes de que Rubensohn tuviera tiempo para responder, la tierra se movió bajo sus pies y escucharon un sonido más potente que cien gongs y, mientras intentaban recuperar el equilibrio, vieron que la montaña se había destapado y que el aire estaba lleno de pequeñas partículas flotantes, como si el sol se hubiera desmenuzado y cayera en trozos sobre la tierra.

Y a continuación estaban todos corriendo sendero abajo. McCreary arrastraba consigo a Lisette, Guido con Flor de Fuego a sus talones y Rubensohn y Janzoon un poco rezagados, mientras las explosiones hacían temblar la tierra y las piedras incandescentes caían como rayos.

El sendero les prestó algo de protección contra las partículas ígneas, pero las escuchaban caer con sonido metálico y sisear entre los árboles arqueados, y si una llegaba a tocarles en su caída, les quemaba y daban gritos de dolor.

Cuando llegaron al sendero que conducía a la aldea, por unos instantes se les apareció todo el horror de la situación. A lo largo de toda la costa los *kampongs*[12] estaban envueltos en llamas debido a la lluvia de fuego.

Vieron las llamas y escucharon los gritos de terror; entonces McCreary les arrancó fuera del sendero y les condujo a través de la selva hasta la playa.

Los cuatro llegaron a la playa a unas cincuenta yardas de ventaja de Rubensohn y Janzoon. El mar era un torbellino y las olas saltaban y entrechocaban como en plena tempestad. Vieron que la lancha se bamboleaba peligrosamente en su lugar de anclaje, pero Miranha estaba oculto entre los matorrales, muerto de miedo. Le sacaron a patadas de su escondrijo y entre todos arrastraron la canoa por la arena hasta la orilla del agua.

Mientras subían a la canoa y partían, Rubensohn y Janzoon hicieron su aparición de entre los matorrales y corrieron por la playa.

—¡McCreary! —Era la voz de Rubensohn.

McCreary ni siquiera volvió la cabeza. Él y Guido se inclinaron sobre los remos e impulsaron la canoa contra las olas en dirección a la lancha que tensaba el cable del ancla en las agitadas aguas.

—¡McCreary! ¡McCreary!

Ahora gritaban ambos, con voces agudizadas por el terror y cuando por fin volvió la cabeza, les vio hundidos en el agua hasta la cintura…

Fue un trabajo desesperante y agotador el tratar de mantener la proa contra las olas y evitar que volcara la canoa; pero después de una eternidad de avanzar por las crestas de las olas, llegaron junto a la lancha. Treparon a bordo y encontraron a la esposa y a los hijos de Miranha chillando de terror. McCreary obligó a Miranha a ponerse a actuar de inmediato.

—¡Ponga en marcha esos malditos motores! ¡Guido, leva el ancla! El resto baje a la cabina si no quieren ser abrasados vivos. ¡De prisa!

Las partículas incandescentes llovían sobre cubierta que ya comenzaba a chamuscarse. La lancha brincaba como un potro salvaje mientras los fuertes temblores estremecían el lecho del mar y embravecían las aguas. Guido se esforzaba y maldecía como un condenado mientras izaba el ancla. A McCreary le pareció que transcurría toda una vida antes de que escuchara el tosido de los motores y los gritos de Guido y de que la lancha avanzara vacilante ante el primer empuje de las hélices.

El mar estaba muy agitado, en todas direcciones, pero cuando las grandes olas reventaban sobre las cubiertas, las agradecían porque de esta forma se apagaban las partículas de fuego.

Ahora Miranha llevaba los motores a todo gas y la pequeña embarcación saltaba y brincaba hacia delante, en dirección al *Corsair*, anclado en alta mar.

McCreary se quedó en la popa observando la línea de la costa donde Rubensohn y Janzoon seguían gritando, con el agua al cuello ahora.

En esos instantes, una nueva lluvia de partículas incandescentes cayó desde lo alto y sus voces se perdieron en un grito prolongado de agonía que quedó cortado abruptamente cuando fueron engullidos por el agua.

«Le he desnudado —pensó—. Le he desnudado hasta este punto… un rostro que no alcanzo a ver y una voz ahogada en pocos segundos. Le he arrebatado su mujer. Le he despojado de su dinero. Le he quitado la vida. Y aun cuando no me siento orgulloso de mí mismo, no puedo sentir lástima ninguna por él».

Rodearon el cabo de tierra y entonces vieron por primera vez todo el horror del espectáculo. El volcán continuaba escupiendo fuego; el aire estaba lleno de un fétido humo sulfuroso y toda la costa estaba envuelta en llamas.

Hombres, mujeres y niños de piel morena corrían como hormigas hacia el agua en medio del caos. Incluso por sobre el rugido de la montaña se escuchaban sus gritos que llegaban a sus oídos en agudos lamentos.

—¡Dios Todopoderoso! —La voz de McCreary fue un susurro ronco.

—¡Mike, Mike! ¿No podemos hacer nada por ellos? —Lisette estaba junto a él luchando por mantener el equilibrio—. ¿No podemos volver y recoger a algunos?

McCreary sacudió la cabeza negativamente y tuvo que gritar para hacerse escuchar.

—Nos quemaríamos y nos hundiríamos en pocos minutos. Lo mejor que podemos hacer es quedarnos lo más cerca posible con el *Corsair* y tratar de recoger los supervivientes. Mira…

Ella siguió su mano y vio que la primera canoa se alejaba de la playa y los pequeños praos se echaban al mar, mientras unas figurillas minúsculas luchaban por asirse a sus costados.

Antes de haber avanzado veinte yardas, las olas les izaron y volcaron, lanzando sus cuerpos como astillas y aplastando las cabezas con los pesados cascos de las embarcaciones.

—¡Es horrible, Mike! ¡Es horrible!

La estrechó contra su cuerpo manteniendo el equilibrio, mientras Miranha conducía la lancha hacia el *Corsair* en medio de feroces maldiciones.

—Cierra los ojos —le advirtió McCreary—. Ya has sufrido bastante y nada se puede hacer en este caos. Estréchate contra mí y quizá puedas sentir la brisa fresca que mece las hierbas y oirás el canto del mirlo y escucharás el batir de los cascos de

los caballos cuando las potrancas aparecen galopando en su camino a los establos por los cerros de Armagh. Escúchales. Escucha…

Pero, mientras hablaba, escucharon un estruendo como el de un trueno gigantesco y al mirar, mudos de espanto, vieron que se abría toda la ladera de la montaña y un río de fuego se abalanzaba sobre el palacio y sobre las aldeas y el mar.

FIN



MORRIS LAMGLOZ WEST, mundialmente célebre con el simple nombre de Morris West y, asimismo con el seudónimo de Michael East, (26 de abril de 1916 - 9 de octubre de 1999). Nació en St. Kilda, Victoria (Australia) y realizó sus estudios secundarios en el Christian Brothers College, East St Kilda. Ingresó en la Universidad de Melbourne en 1937 y trabajó como maestro en Nueva Gales del Sur y Tasmania.

Pasó 12 años en un monasterio de los Christian Brothers, llegando a tomar los votos anuales, aunque sin realizar los votos definitivos. Trabajó en el Servicio de Inteligencia durante la Segunda Guerra Mundial. Dejó Australia en 1955 y vivió en Austria, Italia, Inglaterra y los Estados Unidos. Volvió a Australia en 1980.

Sus libros a menudo se han enfocado en la política internacional y el papel de la Iglesia Católica en los asuntos internacionales. En uno de sus trabajos más famosos, Las sandalias del pescador, anticipó la elección de un papa eslavo, 15 años antes de la asunción de Karol Wojtyła como Juan Pablo II.

Morris West murió mientras trabajaba en su escritorio sobre los capítulos finales de su novela La última confesión, sobre el juicio y la prisión de Giordano Bruno, quien fuera quemado en la pira por herejía en 1600. Bruno fue una figura por quien West sintió una gran simpatía e incluso identificación. En 1969 había publicado una obra de teatro titulada El Hereje, sobre el mismo tema.

Un tema mayor al que la obra de West se refirió fue si era moralmente aceptable responder con violencia cuando las organizaciones oponentes utilizan extrema

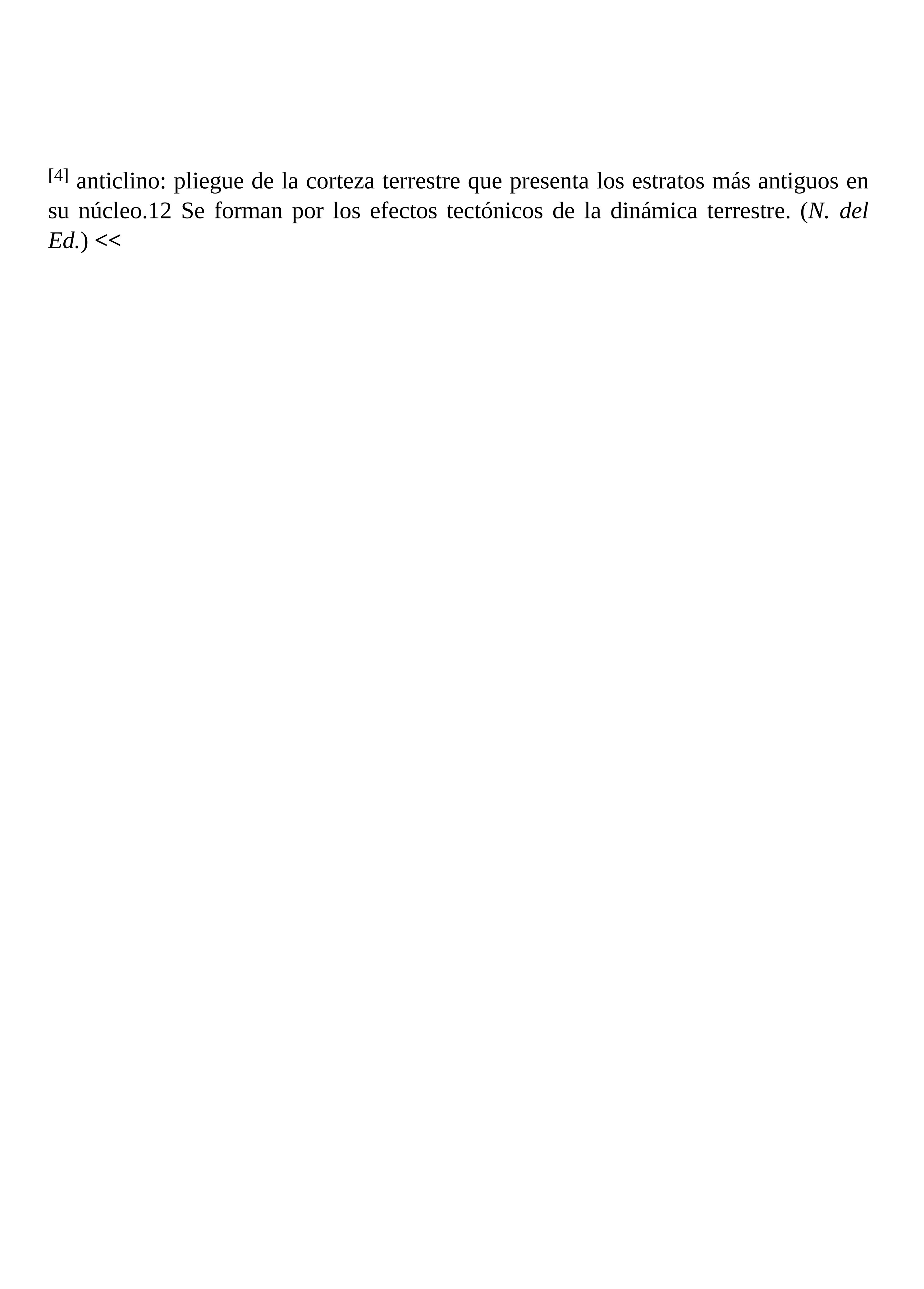
violencia con fines perversos.

Notas

[1] *eurasiana* mestiza (de europeo y asiática). (*N. del Ed.*) **<<**

[2] *sarongs*: pieza larga de tejido, que a menudo se ciñe alrededor de la cintura y que se lleva como una falda tanto por hombres como mujeres en amplias partes del sureste asiático excluyendo a Vietnam, y en muchas islas del Pacífico. La tela con frecuencia tiene colores vivos o tiene estampados intrincados diseños que representan animales o plantas, dibujos geométricos o de cuadros. (*N. del Ed.*) <<

[3] *Slainte*: palabra que se traduce literalmente como «salud» en varios idiomas gaélicos y se usa comúnmente como un brindis en Irlanda y Escocia. (*N. del Ed.*) <<



[4] anticlino: pliegue de la corteza terrestre que presenta los estratos más antiguos en su núcleo.12 Se forman por los efectos tectónicos de la dinámica terrestre. (*N. del Ed.*) <<



[5] *kris*: El kris o keris es una daga distintiva, asimétrica indígena de Indonesia, Malasia, Brunéi, Tailandia meridional y las Filipinas meridionales. (*N. del Ed.*) **<<**

[6] *batik*: técnica de teñido por reserva que se originó en la India hace unos 2000 años, si bien alcanzó su máxima expresión artística en Indonesia, particularmente en la isla de Java donde se cree que llegó en los siglos VI o VII. El Batik consiste en aplicar cera a ciertas zonas del tejido de forma que no permita que el tinte penetre durante los baños de teñido. Es una técnica de teñido muy laboriosa, por lo que antiguamente estaba considerada como una labor reservada a las mujeres de la aristocracia que podían permitirse pasar semanas y meses trabajando en la creación de una nueva pieza de Batik. (*N. del Ed.*) **<<**

[7] *lácares*: lacayos. (*N. del Ed.*) <<

[8] *Senz'altro*: sin duda, ciertamente (en italiano). (*N. del Ed.*) **<<**

[9] *Tuán*: señor, como forma de respeto en Indonesia y Malasia. (*N. del Ed.*) **<<**

[10] *Siva* o *Shiva* es uno de los dioses de la Trimurti («tres-formas», la Trinidad hinduista), en la que representa el papel del dios que destruye el universo, junto con *Brahmá* (el dios que crea el universo) y *Visnú*. Dentro del *shivaísmo* es considerado el dios supremo. (*N. del Ed.*) **<<**

[11] *pazzo*: loco (en italiano). (*N. del Ed.*) **<<**



[12] *kampongs*: aldeas tradicionales, especialmente de los pueblos indígenas de Malasia, Indonesia, Singapur, Camboya, Sri Lanka e Isla de Navidad. (*N. del Ed.*) **<<**